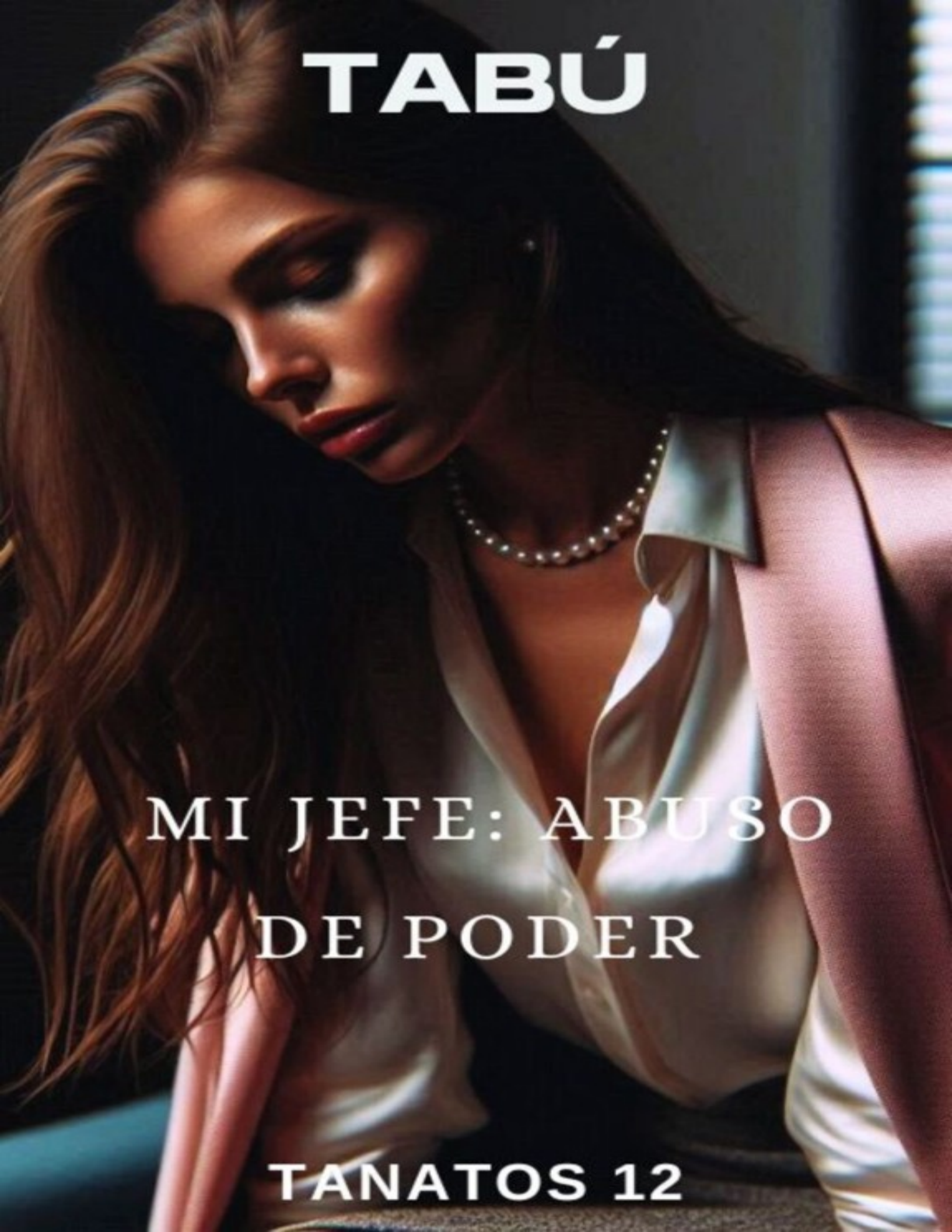

TABÚ
MI JEFE: ABUSO DE PODER
TANATOS 12

# MI JEFE: ABUSO DE PODER

**Mi jefe: abuso de poder**
**Autor: Tanatos12**
**Copyright © Tanatos12, 2026**

# ÍNDICE


**1 - Mirada sucia**
**2 - Déjamela a mí**
**3 - Niñita**
**4 - Orden. O amenaza. O promesa**
**5 - La autorización**
**6 - Un punto concreto**
**7 - Puta loca, Meri**
**8 - Que no lo haya visto nadie**
**9 - Lo que no se ve**
**10 - El espasmo**
**11 - Estatua de sal blanca**
**12 - La fierecilla, la mansa y un temblor inexplicable**
**13 - La huida y todo mi ser**
**14 - Mi deseo y el otro Ricardo**
**15 - No pulsé el botón**
**16 - Sospecha de perversidad**
**17 - La verdad**
**18 - El tabú más obsceno**
**19 - Ya casi estás**
**20 - Entre dos caídas**
**21 - La anulación**
**22 - Proyectado en la distancia**
**23 - Entre dos noches**
**24 - Sin querer volver**

# 1. Una mirada sucia.

No pasaban las horas, ni los minutos, ni los segundos. El tiempo parecía haberse detenido desde que había vuelto de la máquina de café. Era jueves y afuera seguramente ya estaba oscuro. Me acaricié el collar de perlas con los dedos índice y pulgar, me recogí parte del flequillo de mi melena castaña tras la oreja. Manías nerviosas. No estaba sudando, pero casi; en aquel maldito despacho hacía un calor de horrores desde que habían encendido la calefacción.

Fingía que seguía concentrada en el documento. Álex, tras su escritorio, llevaba un buen rato moviendo la pierna de arriba abajo. El golpecito rítmico contra el suelo me ponía cada vez más nerviosa, pero yo no le decía nada.

Ambos éramos los únicos que compartíamos despacho. Los nuevos. Los recién llegados. Él estaba a punto de cumplir los treinta y yo, ese día, cumplía veintisiete.

Aquella tarde venían a evaluarnos. A él y a mí. "Evaluar" era la palabra oficial. La realidad era más peligrosa: los dos seguíamos dentro del plazo del periodo de prueba. Yo no podía pensar en otra cosa que en mi contrato; a poco que la entrevista no saliera perfecta, la semana siguiente podría estar fuera.

Carolina García Aguilar, con su elegancia altiva, y Ricardo Álvarez-Ripoll Garza, un señor que imponía solo con verlo aparecer por la puerta. Los habíamos visto de aquí para allá, en la sala de juntas, reuniéndose con los jefes. Quizás revisando los casos más importantes; quizás decidiendo sobre qué dirección tomar en según qué asuntos. El caso menos importante —para ellos— éramos nosotros. Por eso nos habían dejado para el final.

Álex carraspeó. Yo alcé la mirada. El traje le quedaba un poco grande. A pesar de ser mayor que yo, a mí me parecía más joven, casi un crío.

Los dos estábamos muertos de miedo.

Un sonido nos sobresaltó. Alguien llamaba a la puerta y, enseguida, entraba: Alicia, la mujer de recepción, entró con un sosiego sereno. No llevábamos ni cuatro meses allí, pero ella nos había adoptado casi desde el primer momento, sobre todo a mí.

—Cotilleo… —susurró.

—Cotilleo, cotilleo… —respondimos Álex y yo, casi al unísono, en un juego manido y recurrente de los tres.

Alicia, bajo el marco de la puerta, con vestimenta sobria y facciones y cuerpo de un límite impreciso entre los cuarenta y largos y los cincuenta y pocos, susurró:

—He oído algo por ahí…

Álex y yo la escuchábamos con el pulso acelerado.

Ella, que sabía de nuestra delicada situación, no se demoró más:

—Mm… Alejandro… has tenido mala suerte…

—¿Por? —se revolvió él.

—Parece… que te toca Ricardo… y a Meri… Carolina.

Se hizo un silencio largo y espeso. Yo no le deseaba ningún mal a Álex, pero aquello era susto o muerte.

—Joder… ¿seguro? —protestó él, en una exclamación de lamento.

Alicia se limitó a asentir. Ambos sabíamos que la fuente no podía ser más fiable.

—¿Y cuándo? ¿Dónde? Flipo, joder. Nos tienen aquí como a perros… —se enredaba él, fingiendo enfado, pero realmente lo que estaba era asustado.

—Acaban con el socio de mercantil y se ponen con vosotros.

—¿Pero va a ser a la vez? ¿Cada uno en un despacho? —pregunté entonces yo, y me di cuenta al momento de que Álex tenía razón: apenas nadie nos había comentado ni explicado nada.

—Solo está libre el despacho de Marta. Así que lo harán allí. Primero uno y después otro —dijo Alicia.

—¿Y por qué no uno aquí y el otro en el de Marta? —preguntó Álex.

—Aquí nunca lo hacen —contestó ella.

Se hizo otro silencio. Ya no sentía calor. Era sofoco puro. Sentía mi ropa oprimiéndome: mi camisa blanca, mi falda gris.

—Bueno. Venga. Tranquilos. Que no se comen a nadie… —remató Alicia, marchándose, y cerró la puerta con cuidado.

Miré entonces hacia Álex, que había bajado la mirada. Lo pude ver tragando saliva. Alto, delgado, pálido, su forma de hablar —con tantas palabrotas— y su voz grave eran lo único que no evocaban fragilidad.

Dejé pasar un poco más de tiempo. No sabría decir cuánto. La pantalla del ordenador estaba delante de mí, pero no había pasado ni una sola página del documento en al menos veinte minutos. El silencio era angustiante. Ni una voz en el pasillo, ni un móvil vibrando, ni una impresora escupiendo papeles. Nada.

Hacía rato que quería ir al aseo, pero me había quedado clavada a la silla por miedo a que me llamaran justo en ese instante; entonces, ya no pude aguantar más.

Me levanté despacio.

Álex me miró como si hubiera roto algo.

—¿A dónde vas? —preguntó con una risa nerviosa que le tembló en la barbilla—. No me dejes solo, cabrona.

Y a mí me salió entonces una risa tensa, mínima.

—A… mear… —dije sin pensarlo. Y en cuanto la palabra salió de mi boca, noté cómo me ardían las mejillas.

—Tranqui… —añadí después, y me arrepentí al instante. Sinceramente pensaba que nunca había dicho "tranqui". Jamás.

Álex volvió la mirada al escritorio. Parecía a punto de echarse a llorar. O a reír. Aquello nos estaba matando.

Salí al pasillo. La luz fría, el suelo impoluto. El aire, ligeramente perfumado, con olor a oficina cara, me seguía intimidando. El baño estaba vacío. Entré en uno de los cubículos, levanté la tapa y me dejé caer, soltando un suspiro que no pude contener. Oriné casi con alivio infantil.

Cuando terminé, me lavé las manos despacio, casi con ceremoniosidad. El agua estaba fría y agradecí la sensación en la piel. Levanté la vista hacia el espejo. Me observé un momento: mejillas ligeramente encarnadas, pelo suelto pero suficientemente ordenado, la camisa blanca fluía por mi torso con holgura medida, ni ceñida ni suelta, bien metida por dentro de la falda; yo la sentía más pegada a mi cuerpo de lo que realmente estaba. Ajusté los cuellos de la camisa y me miré: mi tez, más morena de lo habitual en aquellas fechas por mi reciente luna de miel, me favorecía, pero a la vez quizás me restaba aplomo profesional. Recién casada, sí, quizás extrañamente joven para los tiempos de mi entorno, pero llevábamos de novios desde el segundo curso de la universidad, hacía siete años ya, y habíamos querido dar el siguiente paso.

Me sequé las manos con esmero. El silencio, al otro lado de la puerta, era máximo. No es que fuera un despacho con mucho bullicio —apenas éramos doce abogados—, pero solía haber casi siempre un murmullo, un siseo latente. Aquella tarde todo parecía querer representar una calma tensa, y lo hacía a través de un silencio angustiante.

Pensé —otra vez— en mi entrevista, en mi evaluación. Carolina García tenía fama de dura; lo sabía incluso desde antes de entrar al

despacho. Y, aun así, me encontraba repitiéndome una y otra vez que ella siempre sería mejor que la alternativa. Ricardo. O don Ricardo, que ya sonaba a algo del siglo pasado. Solo pensar en él me provocaba un nudo en el estómago.

Miré mis mangas. Dudé si arremangarme la camisa. Tenía calor. Mucho. Pero no quería parecer informal. O sí. No lo sabía. Había visto a Carolina hacía un par de horas, a través de la cristalera del despacho de mi jefa, y solo vestía camisa, sin americana. Segura de sí misma, como si nadie pudiera cuestionarla jamás. Yo no tenía esa aura. Yo lo único que tenía era mucho calor y bastantes nervios.

Pensé en mi americana rosa, que colgaba de mi silla en el despacho. Si me la ponía se me vería más formal, sí, pero solo imaginarme con ella puesta me hacía sudar aún más. Era noviembre, pero ahí dentro parecía agosto. Todo eran dudas, absurdas, minúsculas, quizás porque no quería pensar sobre lo realmente importante: qué me preguntaría, qué podría saber yo de lo que ella quisiera preguntarme… Era aplicada, organizada, trabajadora. Había sido una gran estudiante, pero aún no me sentía una abogada experta en nada; ni siquiera llevaba ningún caso por mí misma, ni siquiera había estado en Sala todavía.

Respiré hondo. Me giré hacia la puerta y salí del aseo.

Caminé apenas cuatro o cinco pasos…

Y entonces lo vi.

Allí, sin esperarlo, caminando por el pasillo. En mi dirección. Hacia mí.

Don Ricardo.

Mi corazón dio un vuelco.

Su gesto serio. Su semblante gélido, que ya se manifestaba en la distancia…

Parecía el dueño del pasillo. Del despacho. De todo.

Yo no quería caminar hacia él. Pero ya no había solución.

El cruce era irremediable. Yo solo quería desaparecer.

Un paso… y otro, y otro. Y él, hacia mí.

No sabía si alzar la mirada, si desviarla, si bajarla, pero, mientras dudaba, no dejaba de caminar, como si mis piernas, aunque temblorosas, fueran solas.

Y entonces me miró. Sentí su mirada. Debía de tener unos sesenta años. Vestía pantalón y chaqueta de traje gris, y una camisa azul que marcaba la curva de una barriga prominente; y casi no tenía pelo salvo en los laterales de su cabeza. No fue su físico lo que al instante me desagradó; fue algo más profundo. Algo que no sabía poner en palabras.

Me miraba. Lo podía sentir…

Y entonces, de golpe, sentí mi falda demasiado corta… y demasiado ajustada. Y mi camisa demasiado sugestiva, demasiado delicada.

Mi corazón se desbocaba.

Mi incomodidad se hacía máxima.

Yo reduje la marcha sin darme cuenta; él quizá también.

Nos cruzábamos…

Y pude oler su colonia: un aroma fuerte, excesivo, masculino en el peor sentido; algo entre madera pesada y un toque dulzón que casi mareaba.

—Hola… —murmuré, leve, timorata, como si mi voz no fuera mía.

Él no respondió. O quizá sí lo hizo, pero no con palabras.

Porque lo sentí.

Lo sentí en su mirada.

Lo sentí en cada milímetro de mi piel, como si el aire se hubiera vuelto más denso.

No había hecho ningún gesto, ni había movido un músculo de más. Apenas había inclinado la barbilla para verme mejor. Ni siquiera sus ojos negros parecían haber cambiado. Y, aun así, la sensación fue extrema.

Una mirada sucia.

Obscena.

Física.

Un tacto sin tacto. Una invasión sin moverse. Un juicio silencioso que parecía recorrerme desde las muñecas hasta la línea del cuello.

Aparté la vista de inmediato.

Tragué saliva.

Lo sobrepasé, casi rozándonos… Nos cruzamos y yo sentí mi piel encendida, sin saber si temblaba por fuera o solo por dentro.

Aquel cabrón me había desnudado entera. De abajo arriba. Pero con una mirada que no había hecho nada.

Sin gesto. Sin expresión.

Solo con los ojos, pero con unos ojos que no se habían movido.

Por eso no lo entendía.

Había sido como si lo hubiera hecho desde lo más profundo…

… como si me hubiera violado con sus pupilas.

# 2. Déjamela a mí.

Intentaba llegar a mi despacho, pero el pasillo me parecía más largo que antes, y cada paso resonaba como si no fuera mío. Aún sentía en mi piel su mirada, la mirada de Ricardo, y sentía mi cuerpo como especialmente mío, como una posesión sagrada que había sido profanada.

La incomodidad era extrema, y a mi calor se había sumado un insólito frío, como un frío que partía de dentro.

Y entonces, justo al girar la esquina, me lo encontré.

Álex.

Venía de frente, rápido, con los ojos muy abiertos. Pasó a mi lado casi sin rozarme, sin mirarme siquiera.

—Álex… —susurré, con intención de desearle suerte, pero la voz se me quebró y la palabra murió en mi boca.

Aunque realmente no había mucho más que decir. Nada que pudiera darle fuerza… Y se perdió por el pasillo, camino del despacho de Marta.

Tragué saliva y entré al nuestro. El contraste fue un golpe: más calor, más silencio, la luz amarillenta de los flexos de nuestros escritorios. Todo allí seguía igual, pero a la vez sentía que algo había cambiado: no solo más nervios por lo inminente de mi entrevista con Carolina, sino una sensación interior, desagradable, casi horrenda… desde que me había cruzado con Ricardo. Aún podía oler a la perfección su fragancia gastada, su olor cargado, su perfume que sobrepasaba lo masculino y alcanzaba lo rancio.

Me senté en mi silla. O intenté hacerlo. Me quedé un segundo suspendida antes de caer en ella. Las manos me temblaban un poco; las apoyé en los muslos, pero temblaban igual. Tenía el

corazón acelerado, no sabía si más por lo que iba a suceder con Carolina o por lo que ya había sucedido con Ricardo.

Respiré hondo.

Y entonces, mi móvil vibró sobre la mesa.

Un mensaje de él, de Jorge, "mi marido".

Ese "mi marido" figuraba desde hacía unas pocas semanas en mi teléfono, desde la boda. Era, evidentemente, una broma, como algo que lo escribes con gracia porque no te lo puedes creer. También era evidente que pronto lo borraría y quedaría simplemente "Jorge", como siempre, pero aún no lo había hecho.

Saber que me había escrito me dio un poco de paz, de alivio, como si fuera algo a lo que pudiera agarrarme.

Leí el mensaje:

—Meri, ya salgo, ¿vale? Llegaré sobre las once.

Yo, que seguía atenazada por mis nervios, apenas escribí:

—Vale.

Aparté un poco el teléfono. Tuve el pálpito de que en cualquier momento me llamarían por la línea interna para verme con Carolina, o de que alguien —ojalá Alicia— entraría por la puerta para decírmelo.

Cuando, al poco tiempo, volví a escuchar que mi teléfono vibraba sobre mi escritorio.

Lo recogí y leí:

—Te llevo un regalito… aunque la tarta… mañana.

Me quedé mirando la pantalla, algo absorta. Era mi cumpleaños y no se lo había dicho a nadie del despacho. Ni siquiera a Álex o a Alicia. Quizás porque no era el día apropiado, con lo que teníamos… quizás

porque realmente no tenía la confianza suficiente… Estaba realmente a gusto en aquel despacho y no había nada que desease más que conservar mi puesto allí, pero, a la vez, sentía que aún no era yo misma, que aún no me conocían. Sentía que me percibían como una cría, como un poco mojigata y niña pija, y no era así; yo no era así con mis verdaderas amigas. Tampoco era tan seria como me veía obligada a ser allí.

Recibí entonces tres puntos suspensivos, que era lo que Jorge me enviaba cuando pretendía que yo le contestara.

Tampoco sabía qué decir. Quizás me molestaba un poco que no me preguntara por mi evaluación.

Y fue pensarlo, e inmediatamente recibí:

—*Ostrás…* ¿qué tal? ¿Te han entrevistado ya?

—No… aún no —contesté, ya más enfrascada, sujetando el teléfono con las dos manos.

—Bueno. Ánimo —recibí entonces. Jorge nunca había tenido demasiada facilidad de palabra cuando se trataba de cosas importantes. A veces yo le decía que le faltaba un poco de inteligencia emocional.

De la otra, de la laboral, estaba en el extremo contrario: ya era jefe de prevención de riesgos en una empresa importante y viajaba bastante por ello. Afortunadamente casi siempre a ciudades cercanas; iba y volvía en tren y rara vez tenía que pasar la noche fuera.

Y entonces, otra vez, mi teléfono, vibrando.

Y leí:

—¿Y yo… tengo "regalito"?

Esbocé una media sonrisa y suspiré.

—La cumpleañera soy yo —contesté, fingiendo sequedad.

—Venga… qué te cuesta… es una chorrada —escribió él, y yo le podría dar la razón en que efectivamente era una chorrada, pero tenía un problemilla con ese "regalito" que me había pedido, cosa que él aún no sabía.

—Ya veremos… —contesté.

En ese preciso momento alguien llamó a la puerta. Yo, sobresaltada, posé el teléfono con fuerza sobre la madera y le di la vuelta. El estruendo fue mayúsculo. Alcé la vista al tiempo que escuché la voz de Alicia, afortunadamente la única persona de allí que no me reprocharía estar con el teléfono durante la jornada.

—Meri… —susurró desde la puerta, obviando el susto que me había dado y el bochorno de mi teléfono casi rebotando contra la mesa—. Carolina te está esperando ya en el despacho de Marta.

—¿Y Álex, entonces? —pregunté, nerviosa, sin saber siquiera por qué me importaba tanto, mientras me ponía en pie.

—Está en la sala de juntas con Ricardo… No sé, don Ricardo lo ha querido hacer allí.

De golpe me sentí bloqueada, casi giré sobre mí misma. Alicia dejó la puerta completamente abierta y no me dijo nada más. Me incliné para dar un trago de agua, y la botella de cristal me tembló tanto en la mano que no me atreví a verterla sobre el vaso vacío. Tras volver a dudar, bebí directamente de la botella y un poco de agua se derramó por mi camisa.

—Dios… —protesté por mi torpeza.

Me revisé. No era nada grave. Apenas unas gotas. Me volví a girar. Decidí hacerme con la americana rosa que estaba en el respaldo de la silla. Me la puse. Mi temperatura corporal subía grado a grado mientras ajustaba las mangas, ajustaba los cuellos y ajustaba el total de la prenda sobre mi cuerpo.

Resoplé y hasta hablé conmigo misma, pidiéndome tranquilidad. No podía ser para tanto. Me decía que solo me preguntaría por los casos que estaba llevando. Que quizás solo fuera una charla distendida. Me decía lo que pudiera calmarme… pero sentía que no funcionaba.

Salí al pasillo.

Caminé hacia el despacho de Marta. El suelo parecía crujir bajo mis tacones. Sentía la americana como un peso innecesario, pero ya no podía quitármela.

La puerta estaba entornada.

Me detuve justo frente a ella.

Cogí aire. Lo solté. Y golpeé dos veces.

Nadie dijo nada.

Empujé despacio y asomé la cabeza.

Di un par de pasos.

Entré.

—¿Cierro…? —pregunté con un hilo de voz, mientras alzaba la vista y veía a Carolina, sentada al otro lado de la mesa.

—Cierra, sí —contestó con voz neutra.

Yo cerré la puerta tras de mí y di cinco o seis pasos hacia las dos butacas ubicadas frente al escritorio.

Ella no se ponía en pie para estrecharme la mano. Tampoco alzaba la vista de unos documentos de los que pasaba unas páginas.

Entonces, me senté.

Y entonces la vi con más claridad.

Rubia. Unos treinta y tantos, quizás cuarenta. Media melena perfecta. Tez clara, luminosa. Ojos verdes preciosos, afilados pero profundamente tranquilos. Vestía una camisa de seda color crema, elegante, suave, de una calidad evidente; similar en textura a la mía, pero seguro más fina, y más cara, que la blanca que yo llevaba debajo de mi americana rosa.

La espalda recta, sus movimientos seguros. Seguía revisando unos documentos —quizás escritos míos— desplazándolos con una elegancia que me estaba dejando obnubilada.

Yo apenas respiraba.

Mis manos me sudaban.

Y entonces, sin levantar la mirada, pronunció:

—Antes de entrar en un despacho… o en cualquier sitio… llamas, esperas… y cuando te dicen "adelante", es cuando entras.

Me quedé paralizada.

Infartada.

Pequeña.

Su voz había salido con una rectitud y autoridad que me hicieron explotar el pecho.

—Vale… —susurré, apocada, casi sin aire.

Ella pasó una página más.

Seguía leyendo allí, sin levantar los ojos.

Y pasó otra página más.

Yo no sabía dónde colocar las manos.

Crucé las piernas.

El silencio era insoportable.

Solo se escuchaba ese sonido, de una página pasando, y otra.

Ella sí llevaba solo la camisa; la llevaba incluso arremangada. Yo sentía que me asfixiaba.

Por fin, aunque sin levantar la vista, dijo velozmente:

—A ver. Vamos a ver.

Sentí un latigazo en el estómago.

Traté de humedecerme los labios, pero estaban secos.

Apreté los muslos sin darme cuenta.

Sentí mis dedos súbitamente fríos, a pesar de que mis palmas sudaban.

Mi pecho, ardiendo.

Y entonces ella dijo:

—Bueno… por lo que veo… En fin…

Y su frase… se quedó así… suspendida.

Su tono había salido áspero, a medio camino entre una acusación y una decepción.

Leyó un poco más y negó con la cabeza.

Era evidente que en absoluto le gustaba lo que veía… Nada de lo que allí leía.

Yo deseé que un agujero se abriera bajo mi sillón para poder caer por ahí.

—Bueno… Tú dirás… ¿crees que éste es el nivel que puedes dar?

Su frase, aún más acusatoria.

Mi pecho volvió a retumbar.

Alzó la mirada. Hacia mí.

Esperaba mi respuesta.

Sus ojos verdes me atravesaban.

No eran duros.

No eran cálidos.

Eran… exactos.

Mi respiración se me había ido a los talones.

Intenté abrir la boca.

—Yo… —balbuceé—. Sí… creo que… —No me salía nada. Nada coherente.

Carolina bajó otra vez la mirada.

Volvía a leer cosas que no le gustaban.

Iba a volver a hablar.

Lo veía en su gesto.

Iba a decir algo más.

Y lo dijo:

—No sé… A ver… ¿tú crees que has estado a la altura estos meses?

Otra vez el derrumbe. El colapso.

Su tono era tan serio y tan acusatorio… que me deshacía.

Alzó la mirada. Hacia mí.

Otra vez aquellos ojos verdes.

Y yo no era capaz de esbozar una sílaba.

No sabía qué podía decir.

Y entonces se escuchó un golpe seco, en la puerta.

Uno.

Y luego otro.

Yo tragué saliva y me recliné un poco hacia atrás. No sabía ni lo que hacía con mi cuerpo.

Carolina alzó la mirada hacia la entrada, y pareció mirar con extrañeza.

A mi espalda, se escuchó la puerta cerrarse y alguien caminar.

Quien fuera, no parecía tampoco pedir permiso.

—¿Pasa algo? —preguntó Carolina, en tono bajo, mientras se ponía de pie.

Inclinada ligeramente hacia adelante, posó sus dedos sobre el escritorio. Su minifalda gris rozaba el borde de la madera.

Ella seguía con la mirada a quien fuera que había entrado.

Ese alguien, que se acercaba… y que ya me rodeaba.

—Nada… Nada… —contestó ese alguien.

Una voz. Una voz rasgada, gastada…

Una voz que yo no había escuchado nunca.

Mi pecho retumbó.

Una mancha gris entraba en mi campo de visión. De soslayo, lo vi venir por detrás, pasar a mi lado y colarse hacia la parte posterior del escritorio, donde estaba Carolina.

Mis muslos temblaron, se apretaron el uno contra el otro.

Ricardo.

Don Ricardo.

Él no me miraba. Iba hacia ella, que ya se giraba.

Y llegó a Carolina, y se inclinó hacia ella, como si fuera a decirle algo al oído.

Carolina, algo más alta que él —quizás por los tacones—, también se inclinó para escuchar lo que parecía querer decirle.

Yo no escuché nada.

Solo el sonido de mi propio pulso.

La belleza y elegancia de ella se hicieron más notorios, por el contraste.

Ella, tras escucharlo, le susurró a él, y parecía negarse a algo. Él lucía inquieto, su barriga casi rozaba la figura perfecta y delicada de ella.

Y él entonces le puso una mano en el hombro y la hizo girarse un poco más.

No quería que yo escuchara lo que le decía.

Pero entonces… lo oí. Lo escuché.

Una voz apenas susurrada, pero perfectamente audible, que dijo:

—Venga… déjamela a mí.

Yo tragué saliva.

Casi se me saltaron las lágrimas del súbito desasosiego que me asaltó.

Carolina dudaba.

Y me miró.

Durante un segundo.

Yo no sabía qué semblante plasmaba: seguramente… le pedía clemencia.

Ella parecía molesta. Parecía querer negarse. Yo lo sentía.

Quizás porque se sentía desautorizada, o quizás por otro motivo, pero era muy reacia a esa idea, a esa petición.

Un segundo.

Dos.

Pero al final asintió despacio.

Pero sin mirarme.

Yo volví a tragar saliva.

—Está bien. Tienes todo ahí —dijo entonces Carolina, sin preocuparse ya de que yo lo escuchase, e hizo un gesto hacia los papeles que estaban sobre la mesa.

Lo había dicho con un tono que venía a confirmar que no estaba en absoluto de acuerdo.

Sentí un mareo repentino. Me sentí, de golpe, fuera de allí. Lejos. Como si me viera desde fuera. Mi corazón retumbaba con tanta fuerza que se mezclaba con mi respiración.

Ricardo ya buscaba el sillón desocupado. Carolina ya se marchaba, por el lado opuesto al que había venido él.

Todo se precipitaba: los pasos de Carolina, alejándose, sin decir nada más, ni a él ni a mí.

Y justo al desaparecer ella, el aire cambió, como si su fragancia dejara un hueco que él ocupaba al instante. Carolina olía a limpio, a caro, a seda. Él… a algo denso, antiguo, un olor que ya, por desgracia, empezaba a reconocer.

Escuché entonces el gemido desagradable de don Ricardo… sentándose… allí… frente a mí… con aquel robusto escritorio en medio.

Escuché el sonido de la puerta… abriéndose y cerrándose.

Escuché el quejido de la silla.

Yo aún no había alzado la vista y ya sentía otra vez aquella mirada…

… y aquel olor.

Tragué saliva.

Me recoloqué el pelo con una mano trémula, casi espasmódica.

Toqué mi collar e inmediatamente lo solté.

Ricardo carraspeó y se volcó con los codos hacia la mesa.

Yo no sabía cómo iba a poder sobrevivir a aquello.

Ricardo volvió a carraspear…

… y ya sentía que me miraba.

Y yo supe que estaba perdida.

# 3. Niñita.

De golpe, el silencio se hizo tan denso que no quería ni respirar, por miedo a romperlo, por miedo a captar su atención. Yo, que no alzaba la mirada, no sabía si él me observaba, y esa incertidumbre era aún peor, pues imaginaba su mirada sucia, quizá incluso más sucia que la real.

Me sentía tan observada que tenía la necesidad de ajustar mi chaqueta y cerrarla sobre mi torso, cubriendo por completo mi camisa, aunque no hubiera allí ni escote ni sugerencia. Pero sabía que sería un movimiento exagerado y absurdo, por lo que simplemente permanecía quieta.

Y entonces escuché un sonido. Muy leve. Un *ras-ras* que no sabía de dónde venía. No era papel, no era la silla… pero se repetía, cada pocos segundos, casi constante.

Mi corazón golpeaba tan fuerte que me mareaba. No podía seguir mirando abajo. Tenía que afrontarlo, me estuviera mirando o no.

Alcé la vista despacio, con miedo.

Y descubrí que él no me miraba. Estaba inclinado hacia los papeles.

Sentí casi un alivio, uno breve, que quise soltar en forma de suspiro… pero me lo tragué de golpe, y con ese trago hasta dudé si él pudiera haberlo escuchado.

El *ras-ras* volvió.

Y entonces lo vi: se estaba frotando las yemas de los dedos entre sí —el pulgar contra el índice y el corazón— mientras leía. Un gesto mínimo, pero tan repetitivo que me incomodaba, dándome casi dentera y un extraño repelús. Era un sonido húmedo y seco a la vez. Cercano. Molesto. Y no podía dejar de escucharlo.

Carraspeó. Casi tosió.

Yo me toqué el pelo. Y mi corazón latió con fuerza. Sabía que debía comerme mis manías nerviosas, que no debía hacer nada que captase su atención ni le sugiriese nada.

—Vamos a ver… —dijo entonces en tono plano, con una voz que no salió esta vez tan ronca y desgastada.

Él dudaba. Mi corazón explotaba. Yo no podía ver realmente si lo que leía eran escritos míos o, quizás, reportes de mi jefa sobre mí.

—Pues no hay mucha cosa aquí… No sé qué quieren que evaluemos si aún no os han dejado hacer nada… —dijo, sin alzar la mirada, y eso me consolaba. Cada segundo sin que eso ocurriese era un segundo ganado.

Removió entonces algunos papeles más. Los desplazó con unos dedos exageradamente gruesos, sin cuidado, y pude ver cómo algo quedaba a la vista debajo de una cartulina que contenía más documentos. Un par de hojas grapadas. Las sacó despacio, las levantó un poco y las dejó encima del resto, bien visible.

Yo ya sabía lo que era.

Pero él, entonces, metió sus dedos en el bolsillo interior de su chaqueta.

Ese gesto obligó a que la chaqueta de su traje se abriera un poco y la camisa azul quedara más expuesta.

Y vi manchas de algo que sin duda era sudor… manchas irregulares, bajo el centro de su pecho. La tela estaba pegada a su torso, marcando unas curvas blandas, los pectorales flácidos, y algunas gotas habían resbalado hacia abajo, oscureciendo aún más el tejido.

Sentí un asco absoluto.

Y por un segundo, tuve la sensación de que el olor rancio —ese que ya había aprendido a reconocer— se había intensificado al abrirse la chaqueta, como si aquel cuerpo rollizo hubiera soltado una bocanada húmeda de calor.

Sacó unas gafas, casi sin montura, antiguas, y murmuró:

—A estas horas… se me cansa la vista… y no veo un pito…

Su frase horrenda. Aquella palabra desagradable…

Y se las empezó a poner, con calma. Primero una patilla, luego la otra. Ese gesto me erizó la piel; era como si se preparara para examinarme mejor.

—A ver… mm… —murmuró centrándose en aquellas hojas grapadas —. Curriculum…

Mi estómago se contrajo.

Y entonces, al instante, seguí el rastro de su mirada, que había ido veloz, directa… a la esquina superior derecha de la primera hoja. A allí donde estaba mi foto: yo, expuesta de cintura para arriba, en camisa azul a rayas, con una pared blanca de fondo, miraba al frente, con el pelo cayéndome por un lado del pecho.

Mis manos temblaron sobre mis muslos.

Mi pulso se aceleró.

Más.

Él no apartaba la vista de allí. No solo eso: su cuerpo entero pareció inclinarse hacia la imagen. Sus pupilas, que tras sus gafas parecían más apagadas, casi muertas, seguían clavadas en mi fotografía.

No era una mirada rápida. No era una comprobación. No. Se detenía allí.

Tragué saliva.

Y otra vez me toqué el pelo. Y otra vez maldije ese error.

Y otra vez esa sensación de acoso. Otra vez ese desnudamiento extraño. Aunque esta vez fuera sobre un papel, sobre una foto mía,

a través de ella… Lo hacía igual. Con la misma intensidad. Con la misma suciedad silenciosa que en el pasillo.

Y me pareció ver una mueca. Un gesto mínimo, casi inexistente, como una especie de satisfacción o comentario interno. Una mueca sucia, aunque, otra vez, sin mover un músculo. Solo con sus pupilas. Solo con esa forma de mirar.

Mis muslos se apretaron.

Él no decía nada.

Por fin desvió la mirada por la hoja y leyó en voz alta, susurrando:

—María Begoña Oller…

Mi nombre, dicho por él, me produjo una enorme repulsión.

—¿Solo pone un apellido? ¿Está usted enfadada con su madre?

—No, no… Begoña es mi primer apellido —dije, sin saber con qué fuerzas; quizás porque el automatismo de haber aclarado eso tantas veces había brotado sin necesidad de pensar.

—¿Cómo, cómo? —preguntó, y alzó la mirada.

Hacia mí.

Afortunadamente, su mirada de sorpresa solapaba la sucia, y no me vi tan intimidada.

—Que… Begoña… es apellido, no… mi segundo nombre.

—Begoña de apellido —casi exclamó. Después farfulló algo que no entendí, pero que reforzaba su sorpresa, y volvió su mirada al papel.

—Oller… Eso sí es apellido, ¿no? —sonrió, como riéndose de su propia gracia.

Y yo no sabía si debía responder a aquello o permanecer callada.

—¿Sabe usted qué significa Oller? —me preguntó de inmediato, mirándome otra vez.

Yo, sin entender qué pretendía decirme, apenas balbuceé.

—Oller —comenzó a hablar, echándose un poco hacia atrás—, del latín ollarius, se refiere al oficio de fabricar ollas. Yo tengo apellido también catalán: Ripoll, del latín ripa, que significa ribera. ¿Es usted catalana?

—¿Qué…? No, no… —respondí.

—Pues algún antepasado tendrá usted por allí… —susurró, y volvió su mirada hacia la hoja.

El eco de sus palabras seguía en mi cuerpo, pero, sobre todo, su forma de humedecerse los labios. Un gesto rápido, como un lametón seco… que me estaba generando un rechazo tremendo.

—Mmm… Año de nacimiento… mil novecientos noventa y ocho… —susurró. Y después, alzando la mirada hacia mí, pronunció, con una dicción pesada, casi un jadeo:

—Qué niñita…

Tuve que apartar la mirada.

Como si quemase.

Mi corazón se me fue a la garganta. Mis muslos se volvieron a juntar entre sí en un espasmo físico, crudo, incontrolable.

Me parecía imposible que pudiera pronunciarse aquella palabra… produciéndome más asco…

"Niñita…"

Y no sabía si me seguía mirando…

Pero entonces llegó lo peor. Lo que yo, desde que él había llevado su mirada a donde estaban mis datos personales, ya había comenzado

a temer.

Y vi de soslayo cómo, tras leer algo de allí, llevó su mirada a su reloj de muñeca… no para ver la hora, sino para comprobar el día del mes.

—Bueno, bueno, bueno… No me diga usted, María Begoña… Nueve de noviembre.

Yo tragué saliva.

Me toqué el pelo.

Me maldije.

Y, ante su silencio, y con un hilo de voz, pronuncié:

—Ya…

Y otra vez me vi obligada a alzar la mirada. Y, por suerte, él miraba abajo, a los papeles, y revisaba mi currículum, otra vez haciendo ese ruido con las yemas de sus dedos, ese "*ras-ras*" asqueroso.

Pero no tuve tanta suerte con lo que vino después: mientras revisaba aquello, comenzó a susurrar, canturreando:

—*Cumpleaños… feliz… cumpleaños feliz… le deseamos… María Begoña… cumpleaños feliz…*

Y comenzó a repetirlo, en un bucle lento, que me revolvía las tripas, de manera incesante, y me di cuenta de que emitía un leve seseo, como si no terminara de juntar los dientes. Muy sutil, pero suficiente para que cada palabra adquiriera un ruido viscoso.

Mi corazón seguía latiendo con descontrol.

Tenía incluso ganas de llorar…

Y su cántico no cesaba.

Y el calor casi me hacía marearme.

Y es que la chaqueta me pesaba, me agobiaba. Sentía mi sudor humedeciendo la parte de las axilas de mi camisa, e incluso, también, por delante, sentía mi canalillo sudar, entre mis pechos, como si el sujetador aún me diera más calor.

Pasó a la siguiente página, donde apenas estaba ya lo referido a los idiomas y a los programas de texto, y no le dedicó ni cinco segundos. Tras eso, con un último —rápido y especialmente hiriente —: "*Le deseamos… María Begoñita… cumpleaños feliz…*", se echó hacia atrás. La silla crujió. Y dijo:

—Vamos a ver. ¿Ha estado usted alguna vez en Sala?

Tragué saliva.

Dudé.

Había estado, pero no llevando yo el caso.

No sabía a qué se refería.

No quería hacer una pregunta absurda.

Me toqué el pelo.

Y me maldije por hacerlo. Y es que, esa vez, lo había hecho mientras él me miraba.

—¿Ha estado o no? No me parece una pregunta tan complicada —dijo, torciendo el gesto, con su voz rasgada.

—No… —contesté, en un hilo de voz.

—No tiene usted toga propia entonces.

—¿Qué? Toga… No… —respondí en tres suspiros trémulos.

—Está bien. Póngase usted de pie.

—¿Qué?

—Coño, niña, que se ponga de pie —casi exclamó… … y yo, otra vez, casi sentí ganas de llorar.

Su mirada me desarmaba. Me humillaba.

Su tono era atroz, agresivo.

Me puse de pie.

Me sentí violentada. Desnuda, a pesar de estar completamente vestida.

—Vaya al armario y coja una toga… Venga —pronunció. Y se reclinó, y la silla protestó, y las manchas de sudor de su camisa azul volvieron a exponerse…

… y entrelazó los dedos de sus manos sobre su tripa abultada, y asomó su mirada oscura por encima de sus gafas, escudriñándome, repasándome; una mirada que volvía a deshacerme, a mancillarme… y a deshonrarme, como si fuera capaz de tocarme físicamente con ella.

# 4. Orden. O amenaza. O promesa.

Desvié la mirada. Busqué fuerzas. Su presencia era horrenda: su olor, su voz, y aquella orden que me hacía sentir sepultada… enterrada bajo su autoridad. Pero no era tonta: sabía que eso de las togas, que podría parecer una idiotez, podía significar que él verdaderamente ya se planteaba que yo fuera a Sala y, por tanto, que seguiría en el despacho.

Sin embargo, mis piernas no parecían entender de hipótesis en las que yo ya superaba aquella evaluación, y casi no me respondían. Cada paso era torpe, como si el suelo me empujara hacia atrás. Los tacones de mis zapatos no aterrizaban con seguridad sobre la alfombra que había en la zona de los sillones, y rechinaron con demasiada fuerza contra la tarima desnuda después. El armario de madera oscura estaba a medio camino entre donde me había sentado y la puerta —apenas seis o siete pasos entre los amortiguados y los resonantes—, pero me pareció que tardaba una eternidad en llegar hasta él.

Al acercarme, noté un olor viejo, ligeramente húmedo. Aquel despacho era una mezcla rara de cosas nuevas y cosas antiguas: algunos muebles modernos, lámparas brillantes y, luego, aquel armario que parecía sacado de otro siglo.

Pero lo peor, siempre, era sentirme observada. Saber que él me miraba. Saber que su desagradable voz podría atacarme en cualquier momento. Su "coño, niña", su "que se ponga de pie" seguían en mi cuerpo como una herida interna, abierta, que no dejaba de sangrar.

Tragué saliva. Abrí la puerta.

Un pequeño golpe de aire viciado salió de dentro.

Y allí estaban.

Varias togas colgadas. Cinco. Quizás seis. Todas negras. Todas me parecieron enormes.

Mi mano tembló cuando toqué una al azar. La tela era extrañamente suave, pero más gruesa de lo que imaginaba. La bajé del colgador con un pequeño tirón.

—Venga… póngase usted una —dijo él desde allí detrás, sobresaltándome, y con una prisa que contrastaba con ese tono cansado que arrastraba en cada susurro desgastado.

No entendía nada. No sabía si aquello era normal… o si solo disfrutaba ordenándome cosas.

Pero, otra vez, esa parte de mí quiso pensar que quizá me pedía ponerme la toga porque daba por hecho que pronto podría ir a Sala sola. Y eso solo podía significar que mi evaluación estaba superada… o al menos por el buen camino.

Cerré la puerta del armario despacio, pero en el último instante el borde se me escapó entre los dedos y la puerta rebotó con estruendo. Me ruboricé y temí que él dijera algo; mis andares timoratos, mis toques en el pelo, mis mejillas, que seguro no dejaban de arder: no podía evitar suponer que Ricardo debía pensar de mí que todo me superaba: el saber estar, la entrevista, y quizá hasta la propia profesión.

Tras ese ruido, cabizbaja, me dispuse a vestirme con la toga, allí, frente al armario.

Pero entonces, cuando iba a ponérmela, lo escuché otra vez, con esa voz entre carraspeada y burlona:

—No pensará usted ponérsela por encima de la chaqueta… Sería lo nunca visto, vamos…

Me quedé quieta un segundo. La toga me pesaba, colgando de mis manos. Miré la butaca donde había estado sentada y caminé hacia

allí; otra vez el estruendo de mis tacones sobre la madera, otra vez yo llamando la atención de él… lo último que quería en el mundo.

Tenía que quitarme la americana.

Pero no sabía si hacerlo de espaldas a él.

Que era lo que de verdad quería.

Pero sabía que eso sería exagerado. Que se vería como algo absurdo.

Y, aun así, hacerlo de frente me producía un pudor horrible.

Cogí aire. Cogí impulso.

Posé la toga sobre el respaldo de mi sillón.

Liberé mis manos.

Ojos que no ven, corazón que no siente.

Opté por no mirarlo.

Y hacerlo.

Comencé a quitarme la americana de frente a él, abriéndola y deslizándola hacia atrás. Quería hacerlo rápido, pero a la vez no quería plasmar urgencia ni provocar un excesivo ajetreo de mi busto… Sentía constantemente su mirada pegada a mi cuerpo, a mi pecho, como si me tocara a través de la tela. Al liberar los hombros, la camisa se tensó por delante; el movimiento hizo que mis pechos empujaran la tela blanca, seguramente marcándose más de lo que jamás querría ante él. Sentí cómo cedía aquella seda, cómo uno de los botones parecía tensarse un poco. Y el calor… un calor denso que me subió por el pecho, por el cuello, y que me inundó la cara entera. Notaba mis mejillas arder. Y sabía —lo sabía— que él lo estaba viendo todo. Seguramente, muy a mi pesar, lo estaba disfrutando.

Pero otra vez, ilusa, me decía:

“Por favor que no esté mirando”.

Pero lo estaba, lo sabía.

Y entonces, al quitarme la chaqueta, sentí que el sudor caliente, en mis axilas y mi canalillo, se convertía al instante en sudor frío; temí incluso que el sudor pudiera apreciarse. Después de haber aborrecido el sudor en la camisa de él, ahora temía ser yo la que plasmase de forma ridícula mi sofoco.

Doblé la americana en el aire y la posé sobre el respaldo de la otra butaca.

—Madre mía… Necesita usted diez minutos y cincuenta metros cuadrados para ponerse una toga.

Lo dijo como si fuese un chiste.

Y otra vez, pareció reírse de su propia gracia.

Yo esbocé una media mueca incómoda, pero seguí sin mirarle. De soslayo casi intuía que ni se había movido: reclinado hacia atrás, con la chaqueta gris abierta, ofreciendo su barriga sin pudor, exhibiendo su camisa azul, con sus manos entrelazadas sobre la tripa y observándome por encima de la montura inexistente de sus gafas.

Cogí la toga. Mis manos temblaban. Mi corazón no dejaba de retumbar con fuerza, haciendo que todos mis movimientos fueran un suplicio. Para colmo de males, no tenía muy claro cómo se ponía. Dudé. Metí un brazo por una manga. Luego la otra. La ajusté a la espalda. La tela flotaba por todas partes, colgando como si fuera un disfraz.

—¿Pero no ve usted que esa le queda enorme…? —soltó, irritante—. ¿No hay otra más pequeña?

—Qué… ah… no sé… puede que sí… —balbuceé.

Me la quité con torpeza, esta vez de medio lado para no mostrar tanto el pecho, pero dudé al instante: ofrecerle el perfil quizá fuese

incluso peor.

Y, cuando dejaba de nuevo la toga sobre la butaca y me volteaba hacia el armario, escuché:

—Pero llévese ya esa, mujer, que va a dejar el despacho como el probador de "El Zara"…

Lo pronunció con una cadencia desagradable. "El Zara"… no entendía cómo a cualquier cosa, o nombre, podía darle un toque extraño y desagradable.

Me quedé quieta un segundo. Sentía aquella mezcla de autoridad y burla como especialmente humillante, aunque todo quedaba solapado porque había siempre en él algo… algo que no sabía nombrar… pero algo escabroso, sucio, obsceno.

Recogí la toga y volví al armario. Otra vez, primero los pasos amortiguados, y después los especialmente sonoros.

Volví a abrirlo.

Otra vez ese olor antiguo.

Colgué la toga enorme sobre su percha y entonces vi una que caía mucho menos. La única que, abajo, estaba lejos de rozar el suelo del armario.

Me hacía con ella cuando él dijo:

—¿No hay un espejo ahí, en la propia puerta?

Miré.

Efectivamente, había un espejo vertical en el interior. Alargado, grande. Adherido a la cara interna de la puerta abierta más cercana a los sillones y su escritorio.

—Sí… —contesté con un murmullo frágil.

—Pues pruébesela ahí —murmuró Ricardo—. No hace falta que me haga usted el pase de modelos aquí delante.

Me forcé a sonreír, incómoda.

Cogí la toga más pequeña.

Me la ponía delante del espejo.

La distancia y la propia puerta me protegían de él. Eso no hacía que mi corazón se calmase, pero al menos podía resoplar y soltar los nervios sin que él me sintiese, me escuchase.

Me la eché por encima. Me coloqué las mangas. Ajusté la tela. Aquello era otra cosa: flotaba, suelta, pero no tenía la sensación de estar disfrazándome, como me había ocurrido con la otra, y quizá ese mínimo sentimiento de control, de no estar haciendo el ridículo, me animó a mirarme en el espejo.

La toga me hacía parecer mayor. Seria. Otra persona.

Era yo. Y a la vez no lo era.

Y entonces, otra vez, su voz, áspera, autoritaria y jocosa.

Y esta vez, haciendo que mi pulso se disparase, que mi corazón atronase, que mis mejillas se incendiasen:

—A la vista está que tiene usted bastante pecho… pero pruebe a cerrarla.

El rubor me quemó.

Mi sentimiento de repulsión me hizo temblar.

Pero entonces, un súbito orgullo se despertó en mí… y me atreví a mirarle.

No sabía si para retarle, o para decirle con mis ojos que no dejaría que traspasase ciertos límites.

Como imaginaba, su posición, su postura, era la misma. No se había movido. Ordenaba y mandaba sin moverse. Me humillaba con su voz y me desnudaba con la mirada.

Cuando de repente, mientras nos mirábamos, él hizo algo extraño, como un tic, pero no se lo había visto hacer antes: sus manos se descruzaron y uno de sus dedos fue a uno de los botones de su camisa —al más alto abrochado—, y pasó la uña por él, raspándolo despacio, como si quisiera sentirlo o tensarlo, en movimientos lentos.

Lo hacía mientras me miraba.

Fueron tres, cuatro segundos… no más, pero eternos, incomodísimos, angustiantes…

Hasta que desvié la mirada.

La bajé.

Y busqué un botón, o un broche, o algo que me permitiera cerrar la toga alrededor de mi cuerpo, de mi torso.

Pero no lo había.

O al menos, yo no lo encontraba.

Miré por dentro. Nada.

El color de la toga, tan oscura, no ayudaba; tampoco mis nervios…

Hasta que lo oí farfullar. Una especie de "a ver, a ver…".

Y entonces…

El horror.

El crujido de la silla. Su bufido cansado.

Y sus pisadas.

Sus pasos lentos.

Sus zapatos sobre la alfombra.

Y, después, sobre la madera.

Sus pasos hacia mí.

Y yo, casi oculta tras la puerta abierta del armario…

… no quería ni mirar.

Mis piernas temblaron.

No quise moverme. O no podía.

No sabía si debía girarme o quedarme mirando al espejo.

Él se puso delante…

Entre la puerta del armario y yo.

Muy cerca.

No quería mirar, no quería enfocar. Solo una mancha gruesa, gris y azul… ante mí.

Y ese olor rancio, pesado, que desprendía… como un vapor espeso.

—Tiene que tener un corchete… —murmuró, y sentí su aliento consistente, nauseabundo—. Aquí, por dentro.

Sus manos, demasiado gruesas, venían hacia mí… buscando en la zona alta de la toga.

Y estaban cerca.

Muy cerca.

Casi rozando mi pecho, sobre la toga y mi camisa blanca.

Yo apreté los labios.

Mis brazos muertos, ante él, caídos.

Quería cerrar los ojos.

Y otra vez, casi quería llorar; no solo por vergüenza o humillación, sino también por asco.

Aquellos dedos, aquel aliento.

Yo, ligeramente más alta que él, bajaba la mirada y solo veía su tripa abultada, y su camisa azul, con aquellas manchas de sudor a la altura de sus pectorales flácidos.

La repulsión casi me hacía desmayarme.

El pánico a que me tocara me hacía casi colapsar.

Y entonces…

… encontró el corchete.

Allí, algo interno, difícil de ubicar.

Y la toga se cerró, sin más, sobre mi cuerpo.

Salvada.

O eso pensaba.

Y es que entonces, en ese gesto, en la retirada de sus manos…

… sentí un roce.

Un roce mínimo.

En mi pecho. En una teta.

No supe si había sido él.

O si había sido la propia tela pesada de la toga.

O si había sido… mi imaginación.

Pero sentí cómo mi respiración se cortaba un segundo, como un murmullo involuntario que salió de mí, apenas audible.

Y entonces él, obviando aquello que quizá ni había sucedido, susurró:

—Venga. Mírese.

Y lo sentí desplazarse, moverse, rodearme.

Se colocó detrás de mí, su reflejo apareciendo a mi espalda.

—¿Cómo se ve? ¿Se ve usted preparada o no?

Nuestros ojos se cruzaron en el espejo.

Su mirada.

La mía.

Mi corazón se disparó.

No sabía qué decir.

—Sí… —susurré, apenas audible.

—¿Qué? —preguntó él, ladeando la cabeza, asomando su mirada sobre sus gafas, sobre mi hombro.

—Que sí… —repetí.

—Muy bien… —dijo, como quien aprueba a un niño—. A ver. A ver si ya sabe… Abra la toga.

—¿Qué? —se me escapó.

—Abra la toga, venga.

Su presencia, tan cerca, detrás, me asfixiaba.

Sentía que mis muslos temblaban. Que mis rodillas me fallaban.

Y su olor, que no era olor: era hedor…

Bajé la mirada…

Miré a mi pecho. Busqué el corchete con mis manos, que tiritaban de nervios y tensión.

Temía que viera mis dedos temblar a través del espejo.

Sentía los latidos de mi corazón, los escuchaba: "pum, pum", "pum, pum".

Lo encontré.

Lo solté.

Pero la toga seguía cerrada.

—Así no… —dijo él—. Ábrala.

Yo tenía los ojos húmedos.

No sabía ni qué hacía.

Llevé ambas manos al centro de la toga.

Y la abrí.

Y sin saber por qué, mientras lo hacía… comencé a alzar la vista… hacia el espejo…

Mis manos abriendo la tela negra… y mis pechos, bajo la camisa blanca, quedaron marcados, tensos, respirando, llenando la seda en dos montañas nítidas, demasiado. Y demasiado voluptuosas. De golpe, las sentí sugerentes, sexuales… Y casi ajenas a mí. Sentí el peso. El calor. El sujetador transparentándose mínimamente. Sentí mi feminidad… y sentí que él lo veía. Sentí que él miraba.

Y entonces, mi estupor.

La atrocidad.

El pánico.

Sentí sus manos en mi cadera.

Las dos. A la vez. Sobre la toga, sobre la falda.

Sobre mí.

Me tocaba.

Aquel señor…

Me tocaba.

Mis piernas cedieron un milímetro. Hacia adelante.

Mis tacones arañaron el suelo.

Un temblor.

Y su olor rancio inundó mi nuca.

—Un botón… —susurró él entonces, rápido, sin darme tregua.

—¿Qué…? —pregunté, sin aire.

—Que si quiere probarse a soltarse un botón —dijo, muy bajo—. A veces, con un simple botón… se ganan juicios.

Mi garganta se cerró.

No podía moverme.

Mis ojos se humedecieron.

Más.

Tuve, de verdad, ganas de llorar.

Su agarre en la cadera era firme.

Era una orden.

Era una trampa.

Era poder.

Y entonces…

Un sonido.

Cercano. Pero lejano.

Ajeno.

Alguien llamaba a la puerta.

Yo me quedé rígida.

Más.

Dos golpes secos, casi tímidos, sobre la madera de la puerta.

Él no apartó las manos.

Yo no podía ni respirar.

Mi corazón se me iba a la garganta.

Y entonces, una voz —una voz conocida—, al otro lado de la puerta:

—¡Don Ricardo…! ¡Le traigo más documentación!

Mi jefa.

El carraspeo de Ricardo, en mi nuca.

Si ella entrase… qué se encontraría…

A aquel señor… de espaldas a la puerta, tocándome…

Él iba a hablar, a alzar la voz, detrás de mí, mientras me sujetaba por la cintura, mientras su tripa rozaba mi espalda.

—¡Déjelo…! —contestó él—. ¡Me llega con lo que… tengo!

Y entonces, unos segundos de silencio.

Tragué saliva.

Y quise apartar aquellas manos… pero no podía.

Ni me movía… Ni siquiera había soltado las manos de la toga, que mantenía abierta, como si me hubiera quedado petrificada.

Los pasos se alejaron.

Y él volvió a acercarse a mi oído.

No se demoró absolutamente nada:

—¿Quiere ganar el juicio o no? —me susurró, y yo creí morir.

Orden. O amenaza. O promesa.

Mis dedos soltaron la toga, que fluyó entreabierta.

Me miré al espejo.

Intenté no mirarlo a él.

Intenté mirarme a mí misma.

Mis manos temblaban.

El horror.

El espanto.

Solo un botón para contentarlo.

Solo un botón para sobrevivir.

Solo un botón para… salvar algo de mi futuro.

Quizá no fuera para tanto. Quizá en pocos minutos no lo volvería a ver en mi vida, o al menos en muchísimo tiempo.

Mis manos buscaron el botón superior de mi camisa.

No era temblor. Eran espasmos. Mis dedos tiritaban… delatándome…

… y yo resoplé.

Y él tuvo que sentirlo.

Un botón.

Solo uno.

Mis dedos lo tocaron.

Lo deslicé.

Clic.

Mis pechos respiraron.

El hueco se abrió.

El aire me golpeó la piel.

La parte central de mi sujetador salió al descubierto. De un tono neutro, elegido aquella mañana para que no se transparentase el color bajo la seda blanca de la camisa…

… pero ahora lo mostraba. A él. A aquel hombre repugnante. Le mostraba aquel encaje íntimo, la elegancia privada de mi sujetador… ante los ojos sucios de aquel señor…

Aquel hombre que lo miraba con descaro.

Con suciedad.

Con una satisfacción que se le escapó en una mueca mínima.

Yo lo miré. A través del espejo.

Él no me miraba a los ojos.

Me miraba allí: a aquel escote, a aquel canalillo, a mi camisa abierta asomando por la abertura de la toga; a mi sujetador asomando por la abertura de la camisa; a mis pechos, que respiraban con potencia, sin entender su exposición allí… subiendo y bajando en respiraciones agitadas sobre las copas tensas y colmadas de mi sujetador.

No entendía qué hacía.

No entendía por qué lo había hecho.

Mis brazos caían muertos.

Expuesta.

Ante él.

Él retiró entonces las manos de mi cintura.

Y su voz llegó despacio.

Casi dócil. O con falsa amabilidad.

Soplándomelo en la nuca, atacándome con un calor repulsivo que erizó mi piel…

… susurró:

—Veo que es usted de las mías…

… que sabe perfectamente lo que quiere.

# 5. La autorización.

Su frase se había quedado suspendida en mi nuca, latiendo allí como una quemadura. Una insinuación sucia que no sabía si dolía más por lo que él proyectaba en mí o por la humillación de escucharla. Una frase entrecortada y desagradable que se incrustó en mí, se me quedó pegada a la piel, a la garganta, al hueco entre mis clavículas… y, en ese segundo en que buscaba aire, sentí sus manos. Las dos. A la vez. Otra vez por detrás, pero ahora más arriba, posándose sobre mis hombros: torpes, pesadas, demasiado firmes para ser un gesto profesional, demasiado seguras para no dar miedo.

El tacto, otra vez, me atravesó entera.

Me dejó rígida.

Temblé sin querer.

Aquel calor de sus dedos, ese olor denso, sudado, que siempre traía consigo, me subió desde la nuca hasta la cara. Sus manos no solo tocaban: se quedaban. Se excedían. Se extendían más de lo tolerable, como si necesitara sentir la forma de mis hombros bajo la toga y la camisa, como si quisiera moldear la postura que él esperaba de mí. Mi respiración se volvió mínima. Bloqueada.

Y entonces, sin decir nada, empezó a retirarme la toga. Primero tiró suavemente hacia atrás, haciendo que la tela me rozara la espalda; luego la deslizó hacia abajo por mis brazos en un recorrido lento, insistente, que me obligó —sin pensarlo, sin decidirlo— a echar un poco los codos hacia atrás para facilitarle el gesto. Mis manos quedaron flotando un momento, inútiles, mientras la toga descendía como un peso muerto. La seda de mi camisa se movió con el arrastre: sentí cómo se tensaba sobre mi pecho, cómo el hueco del botón abierto se abría un milímetro más, dejando entrar el aire denso del despacho y atacar mi piel.

Y yo, allí, frente al espejo, con su olor rodeándome, con su aliento en la nuca, con mi escote respirando demasiado… no tenía ningún control de lo que ocurría.

—Perfecto… —murmuró entonces él, justo detrás de mi cuello, tan cerca que su aliento erizó la piel de mi nuca—. Da gusto cuando dos personas se entienden tan rápido, ¿eh…?

Ese "eh" me atravesó como un roce sucio.

Ese "eh" me hacía, a sus asquerosos ojos, alguien que yo no era.

Se retiró un poco y recogió la toga entre sus manos. Ese espacio mínimo que me dio casi me hizo jadear por un fugaz alivio…

Y después se movió hacia un lado y avanzó justo por delante de mí. Pasó entre la puerta abierta del armario —con ese espejo que agradecí que dejara de reflejarme— y mi cuerpo; yo retrocedí de inmediato: dos pasos secos, mis tacones resonando sobre la tarima. Me alejé instintivamente de él, de su olor, de esa invasión que parecía seguirme…

Él se hizo con la percha del armario y colgó la toga con una delicadeza grotesca, afectada, como si estuviera cuidando un objeto valioso.

—Permítame, María Begoña… —dijo, sin mirarme, enfrascado en su liturgia—. Se la dejo aquí. Apartada. De primera.

Cerró la puerta con cuidado y comenzó a avanzar hacia su escritorio.

Yo, allí, plantada, en medio de aquel despacho, sin la protección de la chaqueta, con mis brazos cayendo muertos a los lados de mi torso, no entendía qué había sucedido, qué estaba sucediendo, qué había hecho, por qué había accedido… Y tampoco sabía si… ya estaba… si… gracias a eso… seguiría trabajando en el despacho.

Él volvió a sentarse. Volvió a jadear con cada movimiento. La silla volvió a crujir, a quejarse por recibir aquel cuerpo gastado y pesado.

Y sabía que iba a volver a mirarme: con sus ojos negros, a través o por encima de aquellas gafas viejas.

No podía soportarlo.

Sentía que no podía soportarlo más.

Y entonces, angustiada, en un susurro roto, pronuncié:

—¿Puedo irme…?

Aquella frase salió nítida, con peso. Temblé. Y otra vez mi corazón: "pum-pum", "pum-pum", "pum-pum", como repitiéndose en frecuencias de tres en tres, tras cada una de las cuales intentaba respirar.

Y entonces me miró.

Me observó.

Me escudriñó.

Allí, a tres metros, sentado, con su tripa abultada, con su sudor, con sus gafas, con un destello de luz que bajaba del techo y se reflejaba en su calva.

Jamás me había sentido así.

Tan expuesta.

Tan desnuda.

Tan vulnerable.

Él carraspeó, se aclaró la voz y dijo:

—¿Quiere irse ya…?

Y entonces, otra vez, algo parecido al orgullo, a la supervivencia, me hizo actuar de inmediato:

—La verdad es que sí… —contesté.

El tiempo se detuvo.

"Pum-pum", "pum-pum", "pum-pum".

Yo ya ni respiraba.

Su mirada, seria. Un poso, quizá, de decepción.

La seda de mi camisa pegada a mi torso, mis axilas húmedas —quizás con marcas de sudor visibles en el tejido—, un cuello de la camisa adherido a mi piel. Los puños reposando sobre mis muñecas; por fina que fuera la tela, sentía asfixia.

Y entonces él hizo un gesto: con la mano, con la mirada. Una autorización tácita, sin hablar.

Y se reclinó sobre su silla.

Aquello era la señal. O al menos yo lo interpreté así.

Mi cuerpo se activó como un resorte. No me importó plasmar urgencia, premura, ansia por marcharme.

Desvié la mirada y caminé los escasos pasos hacia el sillón donde reposaba mi chaqueta. Me hice con ella y me volteé —sin mirarlo, sin decir nada— y, a paso apresurado, casi corriendo, mis tacones rechinaron con una cadencia estresada sobre la madera: un "clac, clac, clac, clac" de mis zapatos que huían y que solapaban los latidos en mi pecho.

En apenas ocho o nueve segundos había ido hacia mi americana, la había cogido, me había girado, me había ido hacia la puerta, la había abierto, había salido y la había cerrado tras de mí.

Sin hablar.

Sin despedirme.

Sin decir nada.

El *clic* de la puerta sonó como un suspiro de salvación.

Ya en el pasillo, con la chaqueta en mis manos, casi apoyé la espalda contra la puerta cerrada.

El alivio fue tan intenso que casi me hizo soltar una lágrima.

# 6. Un punto concreto.

Algo en mi cuerpo se encendió solo, como un mecanismo liberado, como un resorte primitivo: caminar, avanzar, no quedarme quieta. Las piernas obedecían aunque temblaran, como si pertenecieran a otra persona; como si una parte de mí —muy pequeña, muy escondida— supiera que, si me detenía, iba a derrumbarme allí mismo. Y junto a ese temblor, junto al miedo pegado a mi pecho, nació una punzada mínima de dignidad, y de rabia. Una chispa. Ínfima, pero mía. Una fuerza improvisada que me sostuvo lo justo para no romperme.

Di un paso.

Otro.

Respirar, moverme, avanzar.

No pensar.

Caminé rápido por el pasillo mientras me ponía la chaqueta, intentando que mis manos obedecieran. La melena, suelta pero casi adherida a mi nuca, se me enredaba entre el cuello de la camisa y la chaqueta; me la aparté como pude, sacándola por encima del cuello de la americana mientras seguía andando, casi sin ver, casi sin oír, solo sintiendo el aire del pasillo chocando contra mi piel caliente.

Llegué a mi despacho.

Cerré la puerta sin fuerza.

No entendía nada.

No entendía qué había sucedido allí dentro.

Qué había hecho.

Qué había permitido.

Qué parte había sido culpa mía y qué parte no…

Y tampoco sabía —y esa duda me quemaba desde dentro— si todo aquello significaba que ya estaba.

Que había pasado.

Que, gracias a eso, seguiría en el despacho.

Y entonces, sin tiempo a sopesar nada, vi cómo Álex, con su cartera grande y negra colgando de uno de sus hombros, ya bordeaba su escritorio para marcharse.

Cabizbajo. Tenso. Enfurruñado.

—*Chao*, Meri. Me piro —susurró, sin siquiera mirarme, yendo hacia la puerta, hacia donde estaba yo.

Intentando cambiar súbitamente mi voz, el tono, mi expresión, mi gesto… casi lo detuve, posando una mano sobre uno de sus brazos —que ya casi me superaba para llegar a la puerta—, y le dije, con entonación falsamente animada:

—Ey, espera, ¿qué tal te ha ido?

Álex accedió a detenerse, aunque se percibía que lo hacía de mala gana, que tenía muchas ganas de marcharse.

—Mal… —dijo.

Y nos miramos.

Otra vez, más que disgustado, parecía enfadado. Y yo no sabía qué pesaba más, o si era una máscara.

Quería decirle algo, pero no me salían las palabras.

Tras unos segundos de silencio incómodo, conseguí esbozar algunas chorradas vacías e inconexas: un poco de ánimo, algún "ya veremos", algún "tú tranquilo".

Y entonces descubrí que su mirada no se detenía en la mía.

Primero pensé que se había distraído, seguramente recordando su entrevista. O que simplemente había desconectado, igual que hacía a veces. Pero no: no me estaba escuchando porque no me estaba mirando a la cara. Su mirada había descendido, lenta, casi con un gesto de desconcierto… y tardé un segundo en comprender qué era lo que estaba viendo. Ese segundo exacto en el que mi piel se tensó, en el que mis pulmones se cerraron, en el que noté cómo algo helado me recorría el pecho.

Miraba más abajo.

A mi escote.

A un punto concreto que jamás había mirado antes.

Y entonces —solo entonces— seguí su mirada.

Y lo vi.

El botón.

Aquel botón.

Seguía abierto.

El hueco seguía allí, respirando solo, mostrando el tono neutro de mi sujetador… el mismo que minutos antes había quedado expuesto en aquel despacho, bajo aquella mirada sucia, bajo aquella orden.

Sentí cómo la sangre se me subía a la cara de golpe, con una violencia casi dolorosa.

¿Cómo no me había dado cuenta?

¿Cómo había caminado por el pasillo así?

¿Cómo había dejado que Álex me viera… así?

Me maldije.

Me odié.

Y, con un movimiento torpe, apresurado, casi desesperado, me llevé los dedos al pecho y empecé a cerrarme el botón, sintiendo cómo mis manos temblaban de rabia y de vergüenza.

Pero ya era tarde.

Él ya lo había visto.

No solo era tarde.

Era peor. Mucho peor.

Y es que mi movimiento, exagerado, convulso, ruborizado… acentuaba la gravedad del hecho.

Yo, cerrándome aquel botón, en silencio, ocultando el sujetador, ocultando aquella parte de piel y carne que refulgía dura y blanda a la vez, alzándose sobre la exhibición de un sujetador que, solo permitir atisbarlo, ya era enormemente improcedente.

Álex esbozó una mueca y me sobrepasó mientras yo usaba las dos manos para cerrar el dichoso botón. Pasó entonces a mi lado, con un movimiento brusco, casi clavándome el hombro, y se dirigió a la puerta. Y antes de tocar el pomo, sin mirarme, sin detenerse, soltó:

—A mí me fue de mierda. Ya me enteré de que te entrevistó el viejo a ti también… —escupió, seco—. También veo que tú… has decidido tirar de otros recursos. No te tenía por alguien así. Pero bueno, no sé. Igual haces bien. Yo qué sé.

Lo dijo entrecortado y dubitativo, pero con un tono déspota, sucio, hiriente.

Y se marchó dando un portazo que retumbó en todo mi cuerpo.

# 7. Puta loca, Meri.

Sentía que me sucedían más cosas de las que podía asumir o gestionar. Y sentía que no era realmente culpable de todo aquello, que era sobrevenido y que me sobrepasaba.

Solo quería sentarme tras mi mesa. Esconderme. Ocultarme. Desaparecer del mundo. Revisar mi correo electrónico. Hacer alguna tarea urgente que ojalá hubiese surgido a última hora… Y también revisar mi teléfono y comprobar si Jorge me había escrito.

Me imaginaba con él, tranquilos, a salvo, en nuestra casa… Nunca lo había deseado más.

Pero la paz no fue posible.

Ni siquiera un momento de privacidad para intentar serenarme.

Apenas me había sentado y movido el ratón para desbloquear la pantalla y escuché dos golpes rápidos en la puerta, y unos tacones que, entrando con seguridad, retumbaron en el suelo.

—Meri, qué, ¿te vienes?

Alcé la mirada: Gabi, con su melena castaña, su pantalón de vestir y su chaleco que dejaba siempre a la vista unos brazos delgados y bronceados.

—¿Que si voy… adónde? —pregunté, confundida, mientras veía su abrigo y su chaqueta colgando de sus brazos. Era el dilema de cada mañana: vestirse para el frío de fuera, para el calor insoportable de dentro y para el decoro del despacho… imposible acertar con todo.

—Al Stesso. Es *juernes*… *Ostrás*, es cierto, tía —exclamó mientras daba un par de pasos hacia la mesa de Álex—. ¿Qué tal te ha ido la evaluación? Bien, ¿no? Carolina acojona, pero después se porta —dijo a toda velocidad mientras posaba su ropa en la mesa.

—No sé… la verdad —apenas balbuceé, y en absoluto me encontré con fuerzas como para decirle que la entrevista había sido finalmente con don Ricardo.

—¿Cómo que no sabes? ¿No te ha dicho ya si todo bien o qué? Bueno, igual se lo dice a Montse y hoy o mañana te lo dice ella —dijo mientras comenzaba a vestirse: primero la chaqueta, luego el abrigo, todo en tonos grises.

Mientras la escuchaba y la veía abrigarse, pensaba en Montse, mi jefa, y no me la imaginaba a aquellas horas de la tarde viniendo a darme el veredicto; no tanto por despistada como por *pasota.*

—Bueno, ¿vienes o qué? —insistió, ya enfundada en todas aquellas capas y girándose hacia mí.

Yo buscaba excusas. Desde la primera invitación nunca había fallado al Stesso un jueves por la noche, pero después de lo sucedido… realmente solo quería huir y no ver a nadie relacionado con el trabajo.

—Es que no sé… esta noche llega mi…

E iba a decir *novio*, después me di cuenta de que ya era *marido*, e iba a decir marido… hasta que simplemente lo reconvertí:

—Es que esta noche llega Jorge —dije, y después agité mi brazo para revisar mi reloj de muñeca.

—¿Que viene… de viaje de curro?

—Sí…

—Pero siempre llega *a las mil*, ¿no? ¿A qué hora llega hoy?

—A las once… —contesté, y al momento me di cuenta de lo fácil que me habría sido mentir.

—¿A las once? Me puteas… —dijo mientras miraba ella también su reloj—. Tía… que son las putas ocho pasadas. Venga, coge tu abrigo

y vamos.

Me sentí ya tan acorralada e incapaz de soltar una mentira directa que me caí con todo el equipo:

—Vale. Sí. ¿Pero me esperáis? Quiero revisar el email un momento.

—Mira el email… mira… —dijo sonriendo, con unos dientes blancos y espléndidos, como si condensara todos sus buenos genes y estirpe de clase acomodada en la pulcritud perfecta de su sonrisa.

Agité el ratón y el cursor centelleó otra vez por la pantalla.

Enseguida me puse a revisar la bandeja de entrada y, mientras comprobaba que no tenía nada nuevo, escuchaba el revuelo y el ajetreo del pasillo; las demás, como siempre, ya se estaban sumando al plan.

Otra vez me encontraba sin escapatoria, por mucho que quisiera estar sola. Y ya iba a empezar a recoger cuando recordé algo.

—Ah, no. Espera… Es que tengo que hacer… algo antes… —susurré.

—¿Hacer qué?

—Nada… comprar algo, pero es… No sé. Tardaré como media hora… como mucho.

Gabi me miraba dubitativa. No sabía por qué, pero aquella tarde —que ya era noche— la veía especialmente guapa.

—Id yendo. En serio. Cierro aquí… una cosa… compro eso… y después me uno —quise zanjar.

—Venga, va, pero no te líes, ¿eh? Como tarde, a las nueve te quiero ver allí. Hala, te dejo abierto —murmuró, dejando la puerta absolutamente desplegada hacia la pared y marchándose.

—Sí, sí, claro, a las nueve estoy seguro —susurré, pero supe que aquello ya no lo había escuchado.

Cogí aire. Lo solté. Volví a resoplar. Mi flequillo ondeó.

Mi pecho, aunque menos, seguía retumbando.

Incómodo.

Incómodo y convulso, como si aún siguiera en mi cuerpo todo lo sucedido y se me sumara, además, el estrés de una vida social que, en el fondo, me gustaba, pero que también, en cierta forma, a veces sentía casi como una obligación.

Me llevé las manos a la cara.

Cerré los ojos.

Por un instante, me vi reflejada en el espejo: Ricardo detrás, la toga puesta, mi escote abierto, mi sujetador asomando.

Una gota de sudor ardiente recorrió mi columna vertebral, mojando mi camisa, agobiada por mi chaqueta.

Abrí los ojos del espanto.

Miré a mi escritorio.

Le di la vuelta a mi teléfono móvil.

Lo desbloqueé.

Nada. Nada de Jorge.

Me parecía alucinante que no me hubiera vuelto a preguntar por mi evaluación.

Resoplé.

Volví a revisar mi correo electrónico.

Nada.

Escuchaba un poco de murmullo por los pasillos. Era, más o menos, la hora de salida.

Pero yo no quería encontrarme con nadie. Estaba dispuesta a dilatar el tiempo todo lo necesario, aunque fuera haciendo nada.

Y entonces mi teléfono vibró. Jorge me había escrito.

Vi que me había enviado una foto. Una foto de un texto. Enseguida me decepcioné.

Él siempre leía en el tren, y era usual que me enviara la foto de algún párrafo que le pareciera interesante.

Pero no era el día. No con lo que había sucedido. Y no con lo que él debería estar haciendo: que era preguntarme cómo me había ido finalmente.

Apenas pasé los ojos en diagonal por un párrafo de un libro. En el encuadre de la foto se veía además su pierna y también un dedo, sujetando la página.

No retuve ni interioricé nada de lo que decía el texto. Lo justo para saber que era un ensayo y que era demasiado trascendental para mi estado de agitación.

Aun así, con falsedad máxima, escribí:

—Ya. Qué bueno.

Y al instante recibí:

—¿El regalito cómo va?

Volví a coger aire. Volví a resoplar.

Y susurré para mí: "Aquí cada loco… con su puto tema…".

Dudé. Allí. Sentada. Casi escondida tras mi escritorio. Mientras seguía escuchando el murmullo —aunque cada vez más tenue— en el pasillo. Hasta que finalmente tecleé, escueta:

—Estoy en ello.

Me atusé el pelo. Me acaricié el collar de perlas. Dudaba si quitarme otra vez la chaqueta.

Sentía mi sudor de una manera incómoda, exagerada.

Entonces recibí un emoticono de una cara con unos corazones en los ojos. Y también uno de un látigo.

—Jaja. ¿Qué es eso? ¿Un látigo? —pregunté.

—Claro —leí de él.

Y entonces me enfrasqué más y creé un texto algo más largo: "Anda que… mucho emoticono de látigo… pero después tampoco es que seas muy cañero, eh".

Miré el texto que acababa de escribir.

Lo iba a enviar.

Me volví a tocar el pelo.

Me volví a tocar el collar.

Posé el teléfono en la mesa.

Agité mi camisa por delante, ventilando un poco el pecho, el escote.

Después recogí el teléfono… y procedí a borrar todo eso que había escrito. Sin duda no era el momento para reprochar nada referente a intensidades de actos sexuales.

Y, de repente, unos pasos, una voz, y dos golpes en aquella puerta completamente abierta.

—Meri, qué, ¿qué tal?

Alcé la vista. Era Alicia.

Su mirada y su tono eran… demasiado sentidos, incluso para ella, cosa que me hizo sospechar algo, algo malo.

—Pues… no lo sé —contesté rápidamente.

Nos miramos, y el susto se fue desvaneciendo: era imposible que ella supiera nada del resultado de mi evaluación.

—¿Sabes cuándo nos dicen algo? —pregunté entonces algo que ella sí quizá pudiera saber.

—Ni idea. Supongo que mañana. ¿Pero bien o qué? Siempre será mejor con Carolina que con don Ricardo. El pobre Alejandro… vaya cara llevaba… —dijo Alicia, y yo me di cuenta entonces de que ella ni sabía que, finalmente, a mí también me había entrevistado Ricardo.

—¿Sí? ¿Le dio caña o qué? —pregunté.

Ella hizo entonces una mueca afligida.

Tras otro pequeño silencio, ella, que se apoyaba con las dos manos hacia la puerta —de manera extraña—, cambió el semblante y dijo:

—Bueno, qué, ¿no te vas? El trío calavera se ha ido ya…

El trío calavera era un grupo de mujeres bastante monas, todas entre treinta y treinta y cinco años, entre las cuales estaba la propia Gabi, y también Tesi y Julia. Lo cierto era que yo, casi desde el primer momento, había querido que ese trío se convirtiera en cuarteto. En primer lugar porque todas me caían muy bien, sobre todo Gabi, y, por otro lado —y tampoco podía negarlo—, porque Tesi tenía mucha mano con Montse, mi jefa.

—Sí, ya me ha dicho Gabi. Pues mira, sí, me piro ya, y hago un recado y… me tomo algo con ellas… —dije, poniéndome en pie.

Apagué mi sesión en el ordenador. Alcé la mirada y vi que Alicia no se había marchado del todo, y entonces elevé la voz:

—Ali.

—Dime…

—Mmm… No me apetecería cruzarme con…

Ella asomó entonces la cabeza por el pasillo, haciendo un escorzo, y después volvió su gesto hacia dentro y me miró, un tanto extrañada:

—¿Con Montse?

—No… no… Con…

—Ah… ¿con los… visitantes? —casi rió—. No te preocupes… están en la sala de juntas con Javier, David y Montse. Tienes vía libre.

Tras decir eso —susurrándolo de manera tierna—, se retiró. Y yo revisé mi teléfono y vi que Jorge no me había escrito nada más, y dudé si enfadarme, pero descubrí que ya no tenía fuerzas ni para eso.

Cogí mi bolso, lo colgué al hombro y salí del despacho. El pasillo estaba completamente vacío y, de nuevo, con aquel silencio denso que me había angustiado durante toda la tarde.

Miré a un lado y a otro, con un nudo en la garganta. No había nada en el mundo que temiese más, que me revolviese más las tripas, que encontrarme con Ricardo, aunque solo fuera verlo de lejos, en la distancia. Me aterraba.

Pero no había nadie. Avancé despacio, contenida, como si cada paso pudiera invocar su figura. Llegué al vestíbulo, a la zona de recepción: me despedí de Alicia con la mejor sonrisa que pude sacar de mí y enfilé la puerta de salida.

La cerré tras de mí.

Resoplé.

Llamé al ascensor.

No quería pensar.

No quería recordar.

No quería que ninguna imagen de lo sucedido con Ricardo volviera a mi cabeza.

El sonido mecánico. Las puertas abriéndose.

Entré en aquel espacio: un ascensor que siempre me había parecido extraño; enmoquetado, con una temperatura siempre neutra y un espejo que parecía especialmente antiguo, como si tuviera cincuenta años más que el resto del edificio.

Y, de golpe, el recuerdo y el olor. Sin necesidad de cerrar los ojos. Sin pensar.

Mi corazón retumbaba con aquel "pum-pum, pum-pum, pum-pum", triple, como en aquel despacho, mientras el ascensor descendía conmigo dentro.

El olor. Aquel olor a rancio, a espeso, a sudor.

Y el tacto, en mi cintura.

Y su voz.

Temblé.

Suspiré.

*—A veces, con un simple botón… se ganan juicios.*

Tragué saliva.

Cerré los ojos.

*—¿Quiere ganar el juicio o no?*

Tirité.

Su voz.

Aquellas palabras.

Sentía sus manos en mi cintura.

Sentía su aliento en mi nuca.

Y entonces, mis manos fueron solas.

Yo, como en aquel despacho, no mandaba nada, no controlaba nada.

Mis manos subieron, acariciaron seda blanca, y buscaron…

Se escuchó el clic del botón.

El mismo sonido. Exacto. Preciso. Que en aquel despacho.

Abrí los ojos.

Tragué saliva.

Mis piernas temblaron.

El ascensor se detuvo.

Mi escote. Mi sujetador asomando. Aquel color neutro.

Aquella exposición.

Mi mirada tímida, acobardada, pero encendida.

Quise ver su mirada.

Cruzar mis ojos con los suyos, a través del espejo.

Las puertas se abrían.

Suspiré.

Resoplé.

Mis manos, temblando, fueron a cerrar aquello.

Me cerré aquel dichoso botón.

Pero aún podía oler aquel hedor; aquello desagradable, pero extrañamente atrayente.

Estaba sola. No había nadie abajo.

Me miré.

Mis ojos clavados en el espejo, en mí.

Y me susurré:

—Puta loca… Meri.

# 8. Que no lo haya visto nadie.

—No, gracias. No me des bolsa. Lo meto aquí.

La dependienta asintió y a mí no se me iba el rubor ni el sofoco. Y ya estaba guardando el pequeño paquete en mi bolso antes incluso de que me lo entregara del todo, como si quemara, como si quisiera esconderlo del mundo y de mí misma. Me daba vergüenza. Aunque ya tuviera veintisiete años, me seguían dando vergüenza ese tipo de cosas. Aquella chica —y quien me viera— tenía que saber que eso… normal, normal no era; que eso que había comprado era, muy probablemente, para darle un uso concreto, evidente e indecoroso.

Terminé de acomodar aquello en el bolso —intentando esconderlo, aunque no tenía realmente mucho con qué— y salí otra vez a la calle.

Y, otra vez, el aire frío me golpeó de inmediato.

Un frío preciso, seco, que me recorrió las piernas y que me subía por el torso.

No llevaba abrigo.

Había sido una estupidez, pero era mi rutina: el bus me dejaba literalmente en la puerta del despacho y por eso casi nunca lo llevaba. Si bien aquella mañana, una vez había planeado que debía hacer aquel recado al salir del trabajo, debí haber caído en que tendría que haberme ataviado con algo más que la simple camisa y la chaqueta.

En mi defensa podía alegar que aquella mañana, entre los mensajes de felicitación, la llamada de mis padres, el madrugón para despedirme de Jorge, su petición del "regalito" y la evaluación en el horizonte… ya podría considerarse meritorio no haberme puesto la falda al revés.

Saqué el móvil.

Tecleé, sin pensar demasiado:

—Ya está, *pesao*. Regalito conseguido.

Y apreté enviar.

Enfilé la calle que bajaba hacia la zona del despacho y del Stesso. Las luces de los escaparates reflejaban destellos de color sobre la acera. Yo caminaba deprisa, con la vista baja, y la piel erizada bajo la camisa todavía húmeda de nervios.

Unos nervios por todo: por el dichoso "regalito" —para el cual había necesitado entrar en tres tiendas—; por la evaluación; por lo sucedido con Ricardo; y por… mi plan de fuga.

Y es que, a pesar de haberme comprometido, no tenía ninguna gana de aquel encuentro con las chicas. Era cierto que no siempre se hablaba de trabajo, pero, precisamente aquel día, con la visita de Ricardo y Carolina… todo pintaba casi por completo a monotema.

Y sabía que cuando cualquiera pronunciase las palabras «Don Ricardo», me caería de la silla…

Mi plan de fuga era simple y a la vez complejo. Jugaba a mi favor —y en mi contra— que tanto el despacho como el Stesso y la marquesina donde paraba mi autobús se encontraban en apenas cincuenta metros.

Le daba vueltas a cómo subir a ese bus sin que las chicas me vieran. Mi aliento se hacía vaho con el frío y con mis pasos apresurados, cuando el teléfono vibró en mi mano.

Jorge me había enviado unos emoticonos de aplausos.

Y, al instante, una frase:

—Ya estás en casa entonces.

Me detuve un instante para entenderle. Pronto comprendí que lo que decía —para la información que él manejaba— tenía toda la lógica.

Suspiré, agotada.

Respondí:

—Con eso, sí. Pero no en casa. Después te cuento.

Reinicié la marcha y mi teléfono volvió a vibrar.

—Mmm… Vale. Vamos de estreno entonces. Deduzco. Jeje.

Aquella frase me molestó.

No quería explicarle nada.

Me volví a detener, allí, en mitad de la acera, muerta de frío —aunque sudando—, y tecleé:

—¿En serio no vas a preguntarme por mi evaluación?

Pero lo borré.

Ya hasta sentía curiosidad por saber cuándo me lo preguntaría.

Llegué a la esquina del Stesso. Las cristaleras empañadas, risas dentro. A unos metros más allá, la marquesina del bus.

El refugio.

La escapatoria.

Miré el reloj: las nueve pasadas.

No quería pasar por delante del local, pero aquello no era humanamente posible.

Me acerqué despacio.

Gente entraba y salía de aquel lugar; yo miraba de reojo.

El frío ya me dolía en el cuerpo.

Me crucé de brazos para entrar en calor, aunque no funcionó.

Entonces lo vi.

El bus, doblando la calle.

Viniendo directo hacia mí.

Mi salida.

Mi salvación.

En mi cabeza ya se fraguaba el mensaje a Gabi con la excusa.

Apresurada, di un paso hacia delante.

Y dos.

Y tres pasos.

Y cuatro pasos rápidos.

Y entonces, una mano cálida me sujetó del antebrazo.

—Ey, Meri… —dijo una voz entre el frío y el humo—. ¿Qué haces? No irías a coger este bus, ¿no?

Me giré.

Tesi.

Allí, de pie, como si hubiera salido de la nada.

Una ceja levantada, media sonrisa incrédula.

El bus se detuvo.

Abrió puertas.

Yo allí, balbuceando, con el pulso disparado y la mentira ya formándose sola en mi garganta.

—Qué, no… no…

—Habías quedado con nosotras, ¿no? —preguntó, desviando la mirada y rebuscando en su bolso.

Ella, Tesi, sí: llevaba un abrigo largo.

El bus esperó menos de un segundo.

Y se fue.

—Sí, sí… Solo estaba… escribiéndome con Jorge. Iba a entrar ahora.

—¿Aquí? ¿Muerta de frío? —preguntó mientras rechinaba el estallido de su mechero.

—Sí… es que… llega ahora, en una hora y algo… y dentro no tengo cobertura.

—¿Que no tienes cobertura? ¿Pero qué compañía tienes? —preguntaba ella, como si tal cosa, mientras daba las primeras caladas a un cigarrillo.

Y yo me enredaba en mentiras absurdas… y, como ella misma había dicho: muerta de frío.

—Entra si quieres, te hemos cogido sitio. Está a tope.

—No, no… me espero. No te preocupes. Acábatelo sin prisa —dije respecto a su cigarro, revisando la pantalla de mi teléfono, disimulando.

—Vale… si total… es solo meterme la dosis —sonrió ella, y no le faltaba razón: un cigarrillo podía durarle menos de tres minutos.

Y yo entonces, para reforzar mi farsa, le escribí a Jorge:

—Estoy tomando algo con las chicas en el Stesso, pero iré a casa enseguida.

Otra vez volvía a estar tentada de echarle en cara su pasotismo con mi evaluación.

Alcé la vista hacia Tesi: alta, rubia, con el pelo largo y la raya al medio, delgada; parecía casi de otra época, como si tuviera una cara antigua, como si toda ella hubiese salido de una película de los años setenta. De las tres, era con la que menos conectaba. Cuando nos

quedábamos solas, surgían silencios incómodos —al menos yo los sentía así—.

Dio otra calada. La llama fue tan intensa que incluso se escuchó cómo se quemaba la punta del cigarro.

—¿Entramos? —dijo por fin, tirando la colilla al suelo.

Yo asentí y en apenas cinco segundos ya embocábamos la puerta. Y otra vez aquel golpe de calor inmediato. Parecía no haber término medio en aquel bloque de edificios, en aquel barrio, en aquella ciudad: o helarte fuera o asfixiarte dentro. El Stesso estaba lleno hasta la bandera. Una barra larga a la derecha, recta, brillante, abarrotada. Gente apoyada, camareros pasando a trompicones. Y, a la izquierda, mesas altas con taburetes: apenas cinco o seis personas por mesa porque había que dejar un pasillo estrecho en medio para que la gente pudiera cruzarse sin empotrarse unos con otros. El local era alargado, una especie de pasillo ruidoso, vibrante, siempre igual.

Nada más entrar, detrás de Tesi, las vi: Gabi y Julia, sentadas sobre dos taburetes elevados. Cerrando la cuadratura de la mesa, otros dos taburetes ocupados por abrigos.

El Stesso nunca me había parecido un lugar especialmente distinto. Ni especialmente bueno. Ni especialmente malo. Estaba bien para un par de cañas y unas tapas después del trabajo, y punto. Pero tampoco entendía del todo su éxito. Quizá simplemente… se había puesto de moda. Y ya está. Lo bueno —y eso sí lo agradecía— era que estaba prácticamente debajo del despacho y frente a mi querida parada de autobús.

Gabi me vio enseguida y tuve la sensación de que se alegraba de verdad de verme; incluso pensé que quizá había intuido que yo había sopesado hacerles *la trece catorce* y no presentarme al final. Cuando me acerqué, me dijo algo, pero no entendí nada: el ruido era tal que las palabras parecían chocar contra mi cara y

desintegrarse en el aire. Aun así, lo solucionó rápido: apartó los abrigos y despejó mi taburete con una rapidez casi eléctrica.

Me subí como pude. Dudé si quitarme la chaqueta. Decidí esperar a entrar del todo en calor, aunque sabía —lo sabía perfectamente— que no tardaría nada en tener que quitármela. Otra vez demasiado calor. Otra vez esa sensación de estar atrapada entre ropa y un lugar en el que no sabes seguro si quieres estar.

No sabía qué hacer con el bolso. Lo tenía entre las manos, incómodo, grande. La mesa estaba ya llena de pruebas de batalla: cañas medio vacías, aceitunas, croquetas, la famosa tortilla especial del local, unas patatas de bolsa. Ellas hablaban entre sí, a toda velocidad, con el ruido del local subiendo y bajando como olas.

Finalmente dejé que el bolso se escurriera entre mis piernas.

—Tienes un gancho ahí —me dijo Gabi al oído, acercándose para que pudiera escucharla.

—Ah, es verdad. No me acordaba —respondí.

—Estás un poco empanada hoy, ¿no?

Yo le hice un gesto —una especie de admisión silenciosa de que, efectivamente, no estaba en mi mejor día— y colgué el bolso del gancho de la mesa. No sin antes cerrarlo un poco más, apretándolo, asegurándome de que no se viera ni por asomo lo que llevaba dentro.

Y fue posar el teléfono sobre la mesa cuando vi que Jorge me había enviado una nota de voz.

Miré entonces hacia Julia, sentada frente a mí; hacia Tesi, en diagonal; y, de soslayo, hacia Gabi, que estaba a mi lado.

Dudé que pudiera escuchar bien aquella nota de voz, pero, aprovechando que ellas estaban enzarzadas en su conversación, me aproximé el teléfono al oído.

Y entonces todo se acumuló: escuchaba la voz de Jorge, escuchaba a ellas hablar, un camarero se acercó, yo pedí una caña, ellas pidieron otra ronda y más cosas para picar. Pero lo que de verdad se acumulaba era mi sorpresa —e indignación— por lo que Jorge me pedía al final de su dichosa nota de voz.

—Estás loco. Olvídate —tecleé, envié, y dejé el teléfono sobre la mesa.

—Pero tú… ¿no decías que no tenías cobertura? —escuché la voz de Tesi casi al instante.

Levanté la mirada. No entendía aquel acorralamiento.

—El jueves pasado no tenía… —me defendí, alzando la voz más de lo habitual para que me oyera, usando un tono ajeno, raro, que no parecía del todo mío.

—Ya… ya… —dijo Tesi, y yo ya no quise ni mirarla.

Resoplé. Suspiré. Y me dio igual, en aquel momento, desvelar mi hastío. De todo. De todo lo que se me acumulaba.

—Bueno, va —dijo Julia mientras se echaba la melena por la espalda, en señal clara de que el calor nos afectaba a todas—. A ver, tú. ¿Qué tal la evaluación?

Me tensé. Tragué saliva.

Noté un sofoco súbito ascender por mi cuello, como si una luz roja se me encendiera bajo la piel.

—No… no sé aún. No me han dicho nada.

—Bueno, tú no te preocupes. Ya te dije que Carolina, al final, se porta —dijo Gabi—. A Alejandro yo creo que se lo cargan fijo.

—Y tanto que se lo cargan… —añadió Tesi, limpiándose la comisura del labio con una servilleta—. Alicia me dijo que él mismo salió diciendo que fatal.

—A ver… —dijo Gabi—, me da cosa por él. Pero, a ver… también era evidente que, por volumen de trabajo, solo iban a quedarse con uno.

Yo escuchaba aquello sin escucharlo. Como si las palabras pasaran cerca de mí sin entrar del todo, rebotando contra un muro interno que ya no sabía si era miedo, agotamiento o simple incapacidad de procesar nada más. Sabía que estaba proyectando que no quería hablar del tema. Pero hablarlo me obligaría a admitir que, al final, me había entrevistado Ricardo. Y, aunque por supuesto no pensaba rozar ni de lejos lo sucedido allí dentro, lo último que quería era que aquellas imágenes volvieran a mi mente.

El camarero apareció entonces con las cañas nuevas y un plato grande de croquetas y otro de tortilla. Yo desplacé mi móvil apenas unos centímetros para dejarle espacio…

… y cuando el camarero se marchó, lo vi.

Una notificación.

Una foto.

Una foto que me enviaba Jorge.

La abrí sin pensar, como un gesto automático.

Y fue mirarla y el corazón me dio un vuelco tan violento que casi me desplazó del taburete.

Me giré de inmediato, clavando la vista en la barra, en el suelo, en mi propio pecho, en cualquier cosa que no fueran ellas, como si mi cuerpo hubiese reaccionado solo para ocultar la pantalla.

Fue tan exagerado mi movimiento que me vi obligada a bajarme de allí.

Porque la foto era explícita.

Directa.

Un primer plano de su erección.

Y debajo, un texto.

Un texto que se me quedó grabado, aunque solo había mirado aquello una décima de segundo.

Un texto que decía:

—Porfa, sácate la foto. Te voy a follar como nunca. Mira cómo estoy ya.

Sentí que me faltaba el aire.

No podía creer que me hubiera enviado eso.

Me ardió la cara.

Me ardió la garganta.

Me ardió el pecho entero.

Y lo primero que pensé —de forma absurda, infantil, irracional— fue:

—Que no lo haya visto nadie. Por Dios. Que nadie lo haya visto.

Y entonces, allí, de pie al lado de la mesa, con el teléfono oculto en mi mano, escuché a Gabi decir:

—¿Ya? ¿Ya va la meona…?

Tragué saliva y apenas pude resoplar en un quejido de alivio.

—Sí… ya ves… —dije, colapsada, y de reojo vi mi bolso allí, colgante, expuesto, y con aquello dentro.

Di medio paso hacia él y, con la dichosa foto aún quemándome la retina, me hice con el bolso y me dispuse a cruzar aquel mar de gente para alcanzar los aseos.

# 9. Lo que no se ve.

A izquierda y a derecha, la gente parecía ir apartándose, dejándome el camino casi despejado. Yo no sabía ni qué estaba haciendo; no sabía si estaba huyendo o qué hacía. Me veía forzada a ir al cuarto de baño, prácticamente sin ganas, como si entre Jorge y Gabi me hubieran empujado.

Jorge. A veces me preguntaba qué tenía en la puta cabeza.

Entré en los aseos: apenas un lavabo y un cubículo. Una chica se acicalaba frente al espejo y otra salía, empujando la puerta del pequeño espacio donde estaba el retrete.

Me colé allí, a toda prisa, con el bolso colgando del antebrazo y el móvil con aquella bomba improcedente aún latiendo, y con aquella frase extraña. Todo venía a manifestar un calentón tan inoportuno como inusual en él.

El pestillo encajó con un chasquido leve, casi ridículo para la magnitud del desastre que llevaba viviendo en un auténtico no parar.

Allí, encerrada, me sentía ridícula, pero a la vez agradecía aquella soledad, aunque fuera tremendamente frágil y fugaz.

Escuché entonces que la chica del lavabo se marchaba.

En silencio, completamente sola, miré mi teléfono.

Aquella pantalla: polla y texto.

—Este tío está fatal… —suspiré.

K ENTER.

J ENTER.

H ENTER.

I ENTER.

Tecleaba aleatoriamente para pasar líneas, para que aquella polla desapareciera de la pantalla.

—Joder, joder, joder… —resoplaba, mientras seguía empujando aquella foto hacia arriba y recordaba el momento en el que casi me había lanzado del taburete para que las chicas —sobre todo Gabi, que estaba a mi lado— no la vieran.

Una vez la pantalla se quedó despejada de peligro, y con el sentimiento constante de verme absurda, allí encerrada, de pie, muerta de calor, con la chaqueta agobiándome y el bolso pesándome… me decidí a enviarle una nota de voz.

Cogí aire, agudicé el oído para asegurarme de que nadie entraba, y le hablé al micrófono:

—Jorge, tío, ¿estás tonto o qué te pasa? ¿Cómo me mandas eso? ¿No te acababa de decir que estaba con ellas? No vieron tu foto de milagro. ¿Puedes cortarte un poco? No me envíes nada hasta que no te diga que estoy en casa o, al menos, en el bus. En serio, se te va la olla.

Después de enviarlo hice malabares para orinar allí, con el bolso que no sabía ni dónde ponerlo.

Tan pronto terminé revisé mi teléfono y él me había escrito:

—Ya, pero es que estoy cachondísimo. Venga, vete al baño un segundo y envíame la foto, qué te cuesta.

—Ya estoy en el baño, idiota, pero no te voy a enviar nada. ¿Estás loco o qué? —respondí yo, en otra nota de voz apresurada.

Allí. Quieta. Absurda. Esperaba su respuesta. Que llegó en otro mensaje de texto:

—¿Estás en el baño para ver mejor mi pollón?

A eso había añadido dos emoticonos de caras sonrientes.

Yo desvié la mirada y resoplé. No me lo podía creer.

Y otra vez la pantalla se iluminó.

Y leí:

—Venga, qué te cuesta, Meri. Te las pones en un segundo.

Volví a resoplar.

Y escribí:

—Cuando te pones pesado, te pones pesado, eh. Diooss…

Al instante recibí el emoticono de unas manos rezando, un corazón y un "porfa".

Yo miré al techo.

Al suelo.

Otra vez al techo.

Suspiré.

Me maldije.

Después lo maldije a él.

Bajé la tapa del retrete y posé allí el bolso, temblando un poco, como si el propio bolso notara mi indecisión. Metí la mano dentro. Noté el caos de siempre: el monedero, el neceser con el pequeño cepillo y la pasta de dientes, las llaves, el cargador del móvil, el estuche de los auriculares, unos polvos de maquillaje, un pequeño tupper de cristal, un paquete de pañuelos arrugado… y, en un lateral, el envoltorio.

Ni siquiera era un paquete. Era un envoltorio blando, casi crujiente. Lo palpé con las yemas de los dedos y sentí el relieve del encaje atrapado dentro.

Tragué saliva.

—Joder, Meri… —murmuré, casi sin voz.

Lo saqué despacio, como si cualquiera fuera a abrir la puerta en ese preciso instante. El cubículo era mínimo, incómodo; cada movimiento tenía que calcularlo para no tocar con el codo la pared ni rozar con la cadera la puerta sucia. Con los tacones era aún peor: cada pequeño desequilibrio me hacía golpear el suelo con un sonido seco. Y el suelo en sí… desde luego no era un sitio donde una quisiera apoyar nada.

Abrí el envoltorio.

El nylon salió como un suspiro, tibio, ligero, apenas una sombra entre mis dedos. Tenía ese tacto sedoso, casi aceitoso, que solo tienen las medias nuevas: una suavidad que se reafirma en cuanto te las pones y se pega a la piel de una manera casi culposamente placentera.

Las dichosas medias eran fundamentalmente transparentes, pero el encaje blanco, que coronaba su final y que debía ceñirse a la mitad del muslo, destacaba muchísimo. Lo miré con desconfianza. Sí, muy bonito, muy fino… pero blanco. Blanco nuclear. Un blanco que no era el tono de mi piel ni el de nadie.

Recordé, de golpe, las otras medias. Las viejas. Las que había buscado aquella misma mañana, cuando Jorge me lo había pedido, justo antes de marcharse. Las había encontrado en el fondo de un cajón, acartonadas, amarillentas en los bordes. Las había tirado a la basura sin pensarlo. Había decidido que compraría unas nuevas por la tarde. Todo tan sencillo. Todo tan inocente. Sin imaginar esto: yo, encerrada en un baño de bar, con el susto de su foto, con los vestigios de lo sucedido en aquel dichoso despacho aún en mi cuerpo; en resumidas cuentas: con mi corazón desbocado.

Me apoyé contra la pared —fría, áspera— y subí un poco la falda. Con la media ya entre los dedos, me descalcé de un zapato. El otro tacón me obligaba a mantener el equilibrio en una postura absurda,

con la rodilla semiflexionada y la pierna de apoyo tensa, sosteniéndolo todo.

Intenté entonces levantar el pie descalzo. El tacón que seguía puesto resbaló ligeramente en el azulejo, haciéndome perder estabilidad. Volví a intentarlo, apretando la pared con la mano. El nylon, frágil, casi ingrávido, parecía dispuesto a romperse si lo estiraba un poco más de la cuenta.

Pasé la mano por la media, buscándole la forma. Era tan fina que casi no existía; un velo.

Inspiré hondo.

Subí la falda otro poco, lo justo para ganar movilidad, y mis dedos toparon con la piel fría de mi muslo. El nylon, en cambio, estaba tibio, como si hubiese absorbido el calor de mi mano nerviosa. Con un cuidado casi quirúrgico, guié el borde del encaje hacia la punta del pie y lo hice pasar, despacio, con la sensación de que cualquier roce, cualquier torpeza, bastaría para desgarrarlo.

El nylon se deslizó sobre el empeine como agua templada.

Había algo profundamente íntimo en aquella sensación: la caricia imprevisible del tejido, la presión suave que iba abrazando la pierna mientras subía la media con ambas manos, procurando no engancharla con nada. Cada vez que el nylon avanzaba un poco más, sentía una punzada cálida en el estómago, mezcla de vergüenza, indignación y adrenalina.

Me detuve a medio gemelo.

El suelo estaba demasiado cerca.

Demasiado sucio.

Escuché pasos fuera.

Risas.

Y, de pronto, el golpe de la puerta del aseo.

Mi pecho se contrajo.

Pero nadie golpeaba la puerta del cubículo.

Ese alguien, quien fuera, caminaba hacia el lavabo.

Me paralicé con la media a mitad de pierna, suspendida en un gesto absurdo, conteniendo el aliento, literalmente congelada mientras el latido del corazón me retumbaba en los oídos.

El sonido del grifo.

Agua correr.

Yo, quieta.

Y pasos, otra vez.

La puerta volvió a cerrarse.

Seguía sola. O volvía a estarlo.

Resoplé.

Reanudé el movimiento.

Subí la media con más rapidez, casi violenta, hasta que el encaje blanco quedó abrazando la parte alta del muslo. Me ajusté el borde para que no hiciera arrugas, para que no se notara bajo la falda; aun así, el blanco resplandecía como si gritara contra mi piel.

Repetí la operación con la otra pierna, temblando aún más. Esta vez también tuve que apoyar durante un instante la mano contra la pared para no perder el equilibrio. El nylon trepó por mi piel como un susurro eléctrico. El encaje, suave y firme a la vez, se asentó donde debía, haciendo presión leve en el muslo, marcándolo, recordándome su presencia aunque no lo quisiera.

Cuando terminé, bajé la falda con rapidez.

Miré hacia abajo.

El corazón me dio un vuelco.

No se veía nada… pero yo lo sabía. Yo sentía el encaje allí, escondido. Una evidencia blanca que me quemaba desde dentro.

Busqué el móvil.

Iba a escribirle a Jorge. Iba a preguntarle qué tipo de foto quería, cómo, desde dónde. Iba a hacerlo rápido, para salir de allí cuanto antes. Pero mis dedos se detuvieron antes de tocar el teclado.

No valía la pena preguntarle nada.

Él querría lo evidente:

que se viera la falda,

que se vieran las medias,

que se vieran los zapatos,

que se viera que le hacía aquel morboso favor… por él.

De pie, separé ligeramente las piernas y bajé un poco la vista del móvil, encuadrando como podía.

Un cuadrado repleto de formas y tactos:

el borde gris de mi falda,

el encaje asomando apenas,

el brillo suave del nylon en mis piernas,

mis zapatos de tacón,

y, debajo de todo, el suelo del cubículo: sucio y apagado, testigo de lo improcedente de todo aquello.

Mi respiración se aceleró.

Mi pulso también.

Apreté el botón.

La foto se tomó.

Y se la envié al instante.

Me atusé el pelo, arañé mi collar con nerviosismo, giré sobre mí misma.

"Doble check" inmediato.

—Cabrón… estarás contento… —susurré, angustiada.

Y, al momento, un mensaje:

—No se ve casi nada el bordadín ese morboso, súbete más la falda.

—*El bordadín ese morboso*. La madre que te hizo… —volví a suspirar.

Una. Una foto y no más —dije en voz alta.

Posé el teléfono sobre el bolso, me subí un poco la falda con las dos manos. El blanco del encaje, una tira de unos diez o quince centímetros, asomaba por debajo de la falda con nitidez. Como él quería.

Otra vez me hice con el teléfono. Mi corazón iba a mil.

Mismo encuadre. Mismo enfoque. Mismos suspiros. Mismo agobio.

La foto, perfecta. Imposible quejarse, a menos que lo que quisiera fuera tomarme el puto pelo: falda, encaje blanco, muslo envuelto en nylon transparente, zapatos de tacón, suelo.

Se la envié.

Resoplé.

Y entonces, el sonido de una puerta abriéndose y pasos hacia mi cubículo. Esta vez no iba a tener tanta suerte: no iban al lavabo. La puerta me guardaba, me cobijaba, y esperé la llamada, los golpes, cuando, de pronto, un empujón, un clic, un resorte vencido antes de luchar y, de bruces, una chica.

—Ah. Perdona. Uh. Bueno… ¿has terminado, no?

Yo, bloqueada, con el bolso en el retrete, con el teléfono en la mano, con la falda un poco subida.

Falda que comencé a bajarme, torpe, pero a toda velocidad.

Y otra vez, como si la Meri inocente e incapaz de mentir tomara siempre el mando la primera, respondí:

—Sí… sí… he terminado.

Cuando me pude dar cuenta, salía del cubículo y ella entraba.

Cuando me pude dar cuenta, me encontraba frente al espejo.

Pero aquello tenía solución: cuando ella saliera, yo volvería a mi amado cubículo… y me quitaría aquellas dichosas medias.

Y entonces, mi teléfono, otra vez, captando mi atención.

Jorge, encantado, me enviaba tres emoticonos —los tres iguales— de unas gotas de agua, brotando o siendo lanzadas…

Fácil de descifrar.

No sabía si matarlo o qué hacer con él.

Yo, allí, de pie frente al espejo, me lavaba las manos con un agua que salía congelada, me las secaba al papel que colgaba de un rollo y esperaba a que aquella chica volviera a dejarme libre aquella guarida.

Esperé allí, mirándome.

Volví a mi teléfono.

Y escribí:

—Vale. ENTER.

—Ya. ENTER.

—En serio. ENTER.

—Vuelvo. ENTER.

—Con. ENTER.

—Las. ENTER.

—Chicas. ENTER.

—K ENTER.

—J ENTER.

Suficiente. Justo para que las fotos de mis piernas, con aquellas medias, no aparecieran en la pantalla.

Y mi teléfono al bolso.

Y volví a mirarme en el espejo.

Me sorprendí, y es que mi apariencia, obviando el sofoco en mis mejillas, era absolutamente normal.

No parecía que las llevara.

Escuché entonces la cisterna.

Sentí que tenía tiempo. Quizás cuatro o cinco segundos: de sobra.

Y entonces alcé un poco mi falda, haciéndola ascender por mis muslos.

Sí: al instante, aquel blanco —aquel encaje blanco que lo cambiaba todo—; aquel blanco que, si se asomaba un milímetro por debajo de la falda, cantaba como un faro.

Escuchaba a la chica vestirse mientras miraba aquel encaje y me decía a mí misma: "menudas medias de zorrón".

Y, de repente, cruce de sonidos, cruce de puertas. Mi corazón otra vez sobresaltado, mis manos temblorosas y, a toda velocidad, a bajar la falda. Y dos chicas que entraban en los aseos, y aquella chica que salía del cubículo. Y una de "las nuevas" preguntándome:

—Perdona, ¿vas tú?

Y yo, que iba a decir que sí.

Y la que salía del cubículo, hablando por mí:

—No, entra, Paula. Ella ya había terminado.

Y la tal Paula entrando.

Y otra esperando.

Y la que acababa de orinar casi haciéndome a un lado para lavarse las manos.

Y otra chica que entraba.

Ya casi ni cabíamos.

Me miré en el espejo, como pude, entre tantos cuerpos que se agolpaban sin previo aviso.

Y unos ánimos, a mí misma:

—Venga, va. Da igual. No seas tonta. No se nota.

Pero eso no me impidió blasfemar para mis adentros.

Salí de allí, casi a empujones, sudando más. Más agobiada. Miré el reloj. El tiempo pasaba demasiado despacio.

Y otra vez, camino de vuelta: esta vez más complicado, como si tuviera la corriente en contra.

Y aquellas medias, que, aunque solo yo sabía que estaban allí, lo sabía.

Y me hacían sentir rara, extraña, como si dejara de ser yo por el hecho de sentirlas allí, en mi piel, en mis gemelos, en mis muslos…

Mi llegada a la mesa fue trompicada, como el náufrago que se agarra a la última madera.

No miré a las chicas. Me subí al taburete. Y me dispuse a colgar el bolso, cuando vi que asomaba el envoltorio de las medias por todas partes. Lo apreté hacia abajo, de manera especialmente torpe, mientras escuché de Gabi:

—¿Había mucha cola o qué?

—¿Qué, perdona? —pregunté entre exhalaciones.

—En el baño. Cola, Meri. Que si había —incidió con tono cortante, medio en broma, seguro recreándose en acusarme de mi estado disperso, que no se despejaba.

—Ah. Sí. Sí… un montón —casi jadeé antes de hacerme con mi cerveza y comenzar a beber.

Y, por un instante, todo se volvió un zumbido onírico: la tenue música, el jaleo que se solapaba por encima, las risas dispersas, las voces de ellas, el recuerdo del aseo, del despacho, la evaluación, la foto de Jorge…

Sentía que no podía más.

Y, sobre todo, no podía más con el calor.

Otro trago a mi cerveza. Larguísimo.

Y una croqueta, finiquitada en dos bocados.

Y mi torso hacia atrás. Y la decisión inminente: mi chaqueta, fuera.

Dos, tres gestos precisos y agobiados, y me había deshecho de ella.

La doblé y la posé sobre mis muslos.

Agité mi camisa, ventilando mi escote con un vaivén rítmico, tirando de la tela hacia adelante.

Me arremangué la camisa hasta los codos, ya sin importarme que se arrugase la seda.

Me llevé el pelo atrás.

Sentía mi melena pesada, especialmente densa por el calor.

Miré a la mesa.

Otro trago.

Otra croqueta.

Una hoja plastificada con los precios de las tapas que usé para abanicarme.

Y un sorprendente y mínimo silencio de ellas.

Y entonces, superada, agobiada, le susurré a Gabi:

—Bueno… ¿de qué habláis?

—¿De qué no…? ¿De quién…? —contestó ella.

Y yo giré mi rostro para comprobar hacia dónde se proyectaban sus ojos.

Seguí el rastro de su mirada, que se posaba lejos, hacia la entrada.

Uno.

Dos segundos.

Nada.

Nada especial.

Hasta que entonces…

… sí.

Sí, algo especial.

De pie, junto a la barra: una media melena rubia, una camisa de seda color crema…

… y un señor, más bajo que ella, en traje de chaqueta gris y camisa azul.

Tragué saliva.

Carolina.

Ricardo.

Dejé de abanicarme.

—Espero que no vengan para aquí… —dijo Gabi en mi oído.

—Ya… espero que no… —susurré, con una risa nerviosa…

… y el "pum-pum", "pum-pum", "pum-pum" de mi pecho, de mi corazón, volvió a retumbar.

# 10. El espasmo.

Allí estaban. Ricardo y Carolina, casi al fondo de la barra, casi engullidos por la multitud. Una barra abarrotada, ruidosa, saturada de cuerpos que entraban y salían, que se abrían paso, que pedían o simplemente formaban un muro imposible de atravesar. Y, sin embargo, ellos dos parecían recortarse de todo aquel tumulto, como si la gente no hiciera más que moverse alrededor sin tocarlos nunca.

Carolina inclinaba un poco la cabeza cuando él le hablaba; la media melena rubia caía suave sobre los cuellos y hombros de su camisa. Elegante, impecable, incluso allí, en aquel bar donde el suelo se pegaba a las suelas de los zapatos y olía a frito, vinagre y sudor. Él, en cambio, seguía siendo esa figura achaparrada, gris y azul, que yo, para mi desgracia, ya conocía: traje, camisa, y ese modo de ocupar el espacio compartido como si fuera enteramente suyo.

Alguien me dio un pequeño golpe en el hombro y me pidió disculpas. Julia, sentada frente a mí, y yo misma éramos las que estaban en el lado de la mesa que friccionaba con el pasillo humano, y, por tanto, las que nos llevábamos los roces de codos y hombros, y las que corríamos el riesgo de ser incluso salpicadas o manchadas por cada bandeja inestable o por cada vaso de cerveza rebosante.

Di otro bocado. Otro sorbo. Otra bocanada de calor desde el pecho hacia arriba. El haberme quitado la chaqueta no me había aliviado; quizás porque el calor que envolvía mis piernas seguía ahí, denso y pegajoso, recordándome —cada vez que cambiaba mínimamente de postura— lo que llevaba puesto bajo la falda.

Gabi dijo algo. Tesi le contestó. Yo quería entrar en su conversación, mostrarme como una persona normal —cosa que, desde que había llegado, no había hecho— y mis ojos volvían a ellos continuamente, como si necesitara confirmar que seguían allí: sin mirarnos, sin venir hacia nosotras, hablando, sonriéndose poco, moviendo apenas las manos. Un gesto mínimo de ella —un mechón apartado detrás de la oreja— me hizo recordar su presencia y su perfume en aquel

despacho. Me hizo volver allí y me hizo revivir, de manera intensa, aquel cambio de olores, cuando Ricardo había ocupado su lugar. Belleza y fealdad. Porte y rudeza. Elegancia y desaliño.

Sí, recordé su olor, y un escalofrío desagradable me subió por la columna vertebral.

Recordé su postura, recostado, con sus dedos entrelazados sobre su tripa.

Recordé sus ojos sobre los míos.

Y recordé, sobre todo, sus manos en mi cintura.

—¿Os acordáis de aquel rumor de que estaban liados…? —dijo Julia entonces, lanzándolo hacia el centro de la mesa con el tono exacto, ya medido, aprendido, para que pudiera ser escuchado por todas.

Yo me sobresalté y pensé que estaban hablando ya de otra gente.

—¿Quéeee? —exclamó Gabi.

—¿Quiénes? —solapó Tesi.

—Venga ya. No os hagáis las locas ahora; aquel rumor había venido fuerte… —dijo Julia.

Gabi empezó a reírse, con más fuerza incluso de lo habitual, frunciendo los ojos, con comida todavía en la boca, boca que tapaba con decoro con una mano mientras se inclinaba hacia el servilletero para limpiarse y susurraba:

—Joder… tía, se me sale la cerveza por la nariz.

—¿Pero qué dices? Pero si ella está casada —dijo Tesi.

—Sí, con un escritor, creo —se recomponía Gabi, y yo bebía de mi cerveza con pulso acelerado, entendiendo que sí se referían a ellos, pero convencida de que tenía que ser mentira.

Tensa y atenta, las escuchaba.

—Sí, me suena que un escritor. Un tío un poco raro, creo, o eso dicen —matizó Tesi.

—Sí, uno mayor… así como de cincuenta tacos —dijo Gabi, cogiendo aire y volviendo en sí.

—¿Veis? Le gustan mayores —apostilló Julia, cogiendo un trozo de tortilla con un pulso firme que yo envidié.

Gabi se aclaró entonces la voz y dijo:

—Julia, no jodas. No es lo mismo tener cuarenta y estar casada con un tío de cuarenta y ocho o cincuenta —que ahora uno de esa edad aún puede ser un tiarrón— que con un viejo de sesenta y… porque igual Ricardo pasa de sesenta un par de añitos ya —decía en tono algo más bajo—. Bueno, pero a ver. No me jodáis. ¿De verdad estamos hablando de edad? ¿Vamos a decir si están o estuvieron liados por la edad y no por todo lo demás?

—¿Y qué es todo lo demás? —preguntó Julia.

—Joder, ¿pero tú tienes ojos en la cara? —se indignaba Gabi.

Yo comía un boquerón en vinagre sobre una patata de bolsa y daba otro trago a mi cerveza mientras ellas seguían. A veces alzaba la mirada y controlaba, nerviosa y con el pulso acelerado, a Carolina y a Ricardo en la distancia.

Julia rebatió algo que no entendí bien y Gabi, que, como yo, podía verlos de frente, bebía, los escudriñaba y decía:

—¿Pero puede ser más mona y elegante la cabrona? Y el viejo ese… vaya puto asco…

"El viejo ese." Repetí en mi mente y recordé el tacto de sus manos en mi cintura. El tacto de sus manos en mis hombros. Su aliento en mi nuca. Su mirada, siempre desnudándome. Sus ojos en el espejo, mirando hacia mi sujetador expuesto… por aquel botón… que yo misma había abierto.

Una gota de sudor fluyó por mi espalda.

—Pues yo me los puedo imaginar follando esta noche en el hotel perfectamente —dijo Julia.

Mis muslos se contrajeron en un espasmo al escuchar aquello. En ese temblor sentí cómo el encaje de mis medias se tensaba contra mi piel: un recordatorio punzante de lo que no debía estar ahí.

—¡Pero qué dices, por dios! No… No, en serio, dime que estás de *puteo* —se revolvía Gabi.

Julia esbozó entonces una media sonrisa. Pícara. Provocadora. Era difícil saber cuánto había de verdad, cuánto de chisme, cuánto de provocación.

Y yo, que sentía que tenía que decir algo, conseguí preguntar:

—Ah… ¿pero que están en un hotel, o qué?

—Claro, ¿qué te pensabas? ¿Que se iban a volver a estas horas? Es más, yo creo que han bajado un momento y aún se suben al despacho un rato más.

Me volví a atrever a llevar mi mirada allí. Era cierto que no llevaban abrigos, y sus manos despejadas me hacían saber que no los sostenían. Ni siquiera Carolina parecía llevar bolso. Todo hacía pensar que Gabi pudiera tener razón.

Sin quererlo, mientras confirmaba la hipótesis de que aquello apuntaba a descanso fugaz en su trabajo, me había vuelto a sentir un tanto magnetizada por Carolina: lo poco que se veía de ella —esa camisa clara que caía con una suavidad elegante, la melena rubia moviéndose con un gesto tranquilo, su porte sobrio pero no seco, agraciado, innato— le daba un aire sereno, atrayente, incluso en aquel bar tan agobiante y saturado.

Ricardo, en cambio, era el desastre contrario: recio en su forma de estar, con cierta torpeza al apoyarse en la barra y una manera desagradable de ajustarse la chaqueta, un enésimo tic repulsivo.

Y entonces, mientras los observaba, Carolina se apartó ligeramente, permitiéndome ver otro rostro, éste aún más conocido.

—*Hostiá*… que está Montse también —dijo Gabi, quitándome las palabras de la boca, salvo la palabrota.

—Ah, ¿sí? —preguntó Tesi, y se la veía tentada de voltearse para mirar, pero se contenía, pues lo cierto era que sería muy descarado.

Julia se aclaró entonces la voz y volvió a la carga:

—Pues no sé, tía. Yo te digo que igual llegan esta noche al hotel, tanto estrés y tal, y le dan al tema.

Nosotras nos mirábamos, y bebíamos. Quizá alguna hasta se los imaginaba… haciendo eso. Yo luchaba por no hacerlo.

—Él no está casado, ¿no? —preguntó la propia Julia.

—Hombre… ¿quién va a aguantar a ese? Si huele a cerrado que tira *patrás* —dijo Gabi.

—Pues mira —se arrancó de nuevo Julia—, de hecho hay algo que se llama… geronto… filia… ¿no? O sea, gerontofobia sería lo contrario.

—¿Pero qué dices, Julia, por Dios? —exclamó entre risas Gabi otra vez, posando la cerveza en la mesa, incapaz de beber tras escuchar aquello.

—Que sí. Atracción por los viejos —se reafirmaba Julia.

—Madre mía… —susurraba Tesi.

—No, Julia, si ya me imagino que "gerontofilia" significará atracción por los viejos, pero no me imagino a Carolina geronto… fílica…

Yo, que otra vez sentía la necesidad de decir algo, aproveché el mínimo silencio que se produjo para preguntar:

—Pero… el rumor ese… ¿a cuento de qué? ¿De dónde sale?

—Pues… —empezó a contestar Julia— creo que precisamente por el marido. No pasó aquí, en nuestro despacho, no sé dónde fue… No sé qué visita estaban haciendo… pero como que en no sé dónde se le plantó el marido. En plan para poner orden, y que no pasara la noche con Ricardo.

—¡Venga ya! ¿Que se plantó el marido porque el viejo se la estaba follando? ¿Y cómo lo iba a saber? —preguntó Gabi.

—Yo qué sé. Igual ella le estaba calentando la cabeza para joder… y se le fue de las manos. Carolina tiene una pinta de ser de armas tomar… —dijo Julia, y volvió a beber.

—Coño, Julia, que sea de armas tomar no implica que, primero, se folle a viejos, y segundo, juegue a calentarle la cabeza al marido con eso para joderle.

Yo di un bocado a un trozo de tortilla. Pero sentía el estómago cerrado. Prefería beber.

—Cuéntanos, Julia, cómo acabaste recabando información sobre la gerontofilia… —dijo casi riendo Gabi.

—Yo creo que la gerontofilia igual es a partir de los setenta o así —intervino Tesi—. Brad Pitt tiene como sesenta y no creo que eso sea gerontofilia.

—*Ostrá*, es verdad. Es alucinante —exclamaba Gabi con la mirada puesta en ellos—. Ricardo parece mi abuelo e igual tiene la edad de Brad Pitt… y el viejo ese que parece que…

Y entonces, cuando parecía que seguiría hablando, se detuvo.

Luego, un murmullo:

—Joder…

Y otro, aún más bajo:

—Mierda…

Hasta que lo dijo claramente:

—No me jodas… que viene para aquí…

Esa última frase de Gabi hizo que mi pulso se acelerase y me obligó a alzar la mirada.

Fue subirla e inmediatamente bajarla.

Efectivamente, Ricardo se abría paso entre la gente.

Todas se callaron.

Mi corazón retumbaba.

Maldije con todas mis fuerzas ser de las que estaban sentadas junto al pasillo.

Gabi entonces, inclinada hacia mí y susurrando como una cría que se burla del profesor, dijo en mi oído:

—Irá a mear. La próstata. Ya sabes.

Sus gracietas no me calmaban. Nada lo hacía.

Yo miraba hacia abajo. No sabía si beber, si comer, si no hacer nada.

Y era imposible escuchar sus pasos; no podía oírse nada que no fuera el zumbido tumultuoso de la gente, pero a mí me parecía incluso sentirlos.

De soslayo, sabía que se aproximaba.

De soslayo, veía cómo Julia, frente a mí, se giraba hacia Tesi, claramente para darle la espalda a todo lo que tuviera que ver con aquel pasillo de gente por el cual aparecería Ricardo en cualquier momento.

Tragué saliva.

Suspiré.

Otra vez mi corazón agitando todo mi cuerpo.

Y lo sentí. Ahora sí, de verdad. Aquella mancha gris y azul. Y hasta me pareció poder olerlo, aunque tenía que ser imposible.

Y entonces lo escuché, y vi de soslayo su puño, cerrado, sobre la mesa: "Pum, pum"; dos golpes secos sobre la mesa, desagradables, extraños…

… y la voz de Ricardo:

—Chicas… ¿qué? ¿Todo bien por aquí?

Yo, con el corazón en la garganta, me vi obligada a alzar la mirada, pero no lo miré directamente, mientras ellas, casi al unísono, esbozaron unos "Sí… bien…".

Y Tesi bebía. Y Julia —girada descaradamente hacia Tesi— también bebía.

Y él, ante lo que parecía una acogida evidentemente fría, parecía ya pasar de largo. Sí, tenía todo el sentido que simplemente se fuera hacia los baños. Y no tenía mucho sentido que se parase más tiempo con nosotras, cuando entonces, allí, junto a la mesa, de pie, aunque más abajo que nosotras —sentadas sobre los taburetes altos —, señaló en mi dirección y dijo:

—Perdona… ¿tu nombre era?

Mi corazón dio un vuelco.

Sentía que me quedaba sin respiración.

Y entonces una voz, a mi lado, me salvó y me desveló que la señalada no había sido yo, sino ella.

—Gabi —dijo mi amiga.

Se aclaró la voz y, al instante, concretó:

—Gabriela.

—Eso, Gabriela. Oye, que Montse no sé qué te quería decir. Vengo… de medio emisario.

Luego me miró —o me pareció que lo hacía— y añadió:

—Los servicios… al fondo, ¿no?

—Al fondo. Siempre al fondo —contestó Julia, sin girarse del todo hacia él, con un deje de mofa.

—Pero… ¿tengo que ir ahora? —preguntó Gabi, y yo casi ni podía respirar por sentir la presencia de él tan cerca.

—Sí, sí. Claro. Que vayas. ¿O acabaste la jornada?

—¿Qué? ¿Perdona?

—Te perdono. No te preocupes —dijo y sentí su sonrisa desagradable—. Digo que si eres de las que, por haber acabado la jornada, ya no obedecen.

Mi corazón se detuvo por completo. Hierática. Con el torso recto. Sin mirar a nada ni a nadie.

—Hombre, yo… obedecer, poco… —se atrevió Gabi a decir medio en broma.

—No, no. Que vayas —zanjó Ricardo, cambiando completamente el tono. Y yo me estremecí y sentí más calor, más sudor, sobre todo en las axilas, y casi me agarré con las dos manos a la chaqueta doblada que reposaba sobre mis muslos.

—Vale, vale —contestó Gabi.

Ricardo dio entonces otros dos golpecitos en la mesa, como si fuera la manera de reafirmar su jerarquía y finiquitar la conversación, y comenzó a caminar hacia los aseos sin despedirse.

Gabi se bajó entonces de su taburete y, tras levantar la vista y comprobar que él ya pasaba de largo, susurró:

—Pero será puto imbécil el mamón…

Yo, temblando pero aliviada porque se hubiera marchado, alcé un poco mi chaqueta para doblarla más y volver a posarla sobre mis piernas.

—En fin… —escuché resoplar a Gabi, ya de pie, a mi lado, lista para pasar por detrás de mí e ir en dirección a Carolina y Montse.

—Trae, anda —dijo después, viéndome un poco peleada con mi chaqueta.

Y se hizo con ella. Y vi que, junto a la pared donde estaba ella, había un colgador libre, al lado de su chaqueta gris y su abrigo.

Al quedarme sin la chaqueta sobre los muslos, tuve un pequeño sobresalto y, casi sin pensarlo, me alisé la falda hacia abajo, asegurándome de que quedaba bien colocada, cubriendo aquel lascivo encaje blanco. Encaje que sentía sobre mi piel, cálido, presente, persistente, como un recordatorio silencioso de lo pesado que podía llegar a ser mi flamante marido… y de lo transigente que podía llegar a ser yo.

Ella la colgó allí, al lado de la suya, y pasó ya sí entonces por detrás de mí, mientras murmuraba:

—A ver qué coño quiere la puta pesada esa ahora…

Gabi se alejaba, luchando contra la marea humana, con sus brazos bronceados, su chaleco elegante y coqueto, y su melena castaña moviéndose entre la gente.

Yo di otro sorbo a mi cerveza, y ya temía el camino de vuelta de Ricardo. Y deseaba con todas mis fuerzas que no volviera a pararse para hablar con nosotras.

Cuando entonces sentí otra vez algo en el costado. Ya estaba harta de tanto golpe de cada persona que pasaba… pero casi al instante comprendí que aquello no había sido un golpe. No. No era algo

fugaz, sino algo perenne. Una mano. Una mano en mi cintura, en mi costado, sobre mi camisa.

Y una voz:

—Ya vengo de vuelta. Es imposible ir al servicio con esta marabunta. A ver… ¿cómo os va por aquí?

Mi corazón implosionó.

Mi nuca se tensó.

Me tocaba.

Pero me soltaba.

Su mano se alejó de mí.

Pero su cuerpo… se colaba por detrás: por el hueco por el que había salido Gabi.

Yo alcé el rostro. Las miradas de Julia y Tesi eran mitad sorpresa, mitad espanto.

Y quise refugiarme en mi cerveza… mientras Ricardo ya se subía al taburete anteriormente ocupado por Gabi.

Pero tuve que renunciar a beber… pues mi mano trémula no me lo permitía. Ni siquiera volcando el torso hacia adelante podía beber sin desvelar un tembleque escandaloso.

Don Ricardo.

Sentándose a mi lado.

Pesado. Torpe. Quejoso. Sonoro.

Yo llevaba diez o quince segundos sin respirar.

—Bueno… ¿qué se bebe por aquí…? —preguntó entonces él, en un tono desagradable, carca, falsamente amistoso…

… y demasiado cerca.

Demasiado cerca de mí.

Y entonces volvió.

El espasmo.

La convulsión.

Aquella sacudida muda, involuntaria, que me cerraba los muslos desde dentro.

# 11. Estatua de sal blanca.

El calor envolvía todo mi cuerpo. Me subía desde las rodillas hasta el nacimiento del cuello, donde mi camisa blanca se pegaba a mi piel. Tenía las piernas flexionadas, recogidas, con las suelas de los zapatos posadas sobre el travesaño estrecho que cruzaba las patas del taburete; una postura antes suficientemente cómoda, pero que sentía tensa y forzada desde que había aparecido él.

La falda me oprimía; debajo, sentía el encaje vivo, pulsante, rozando mi piel cada vez que inhalaba. Y el sudor, atrapado entre mis pechos y la tela, me hacía desear sacudir un instante el escote de la camisa para dejar entrar un soplo de aire. Pero, con Ricardo allí, tan cerca que casi podía notar su presencia sobre mis costillas, no podía hacer eso; no haría ese gesto con él allí ni en mil vidas.

No sé cuánto rato estuvo callado; quizás mirándome. Él respiraba a mi lado. Respiraba fuerte. Como si el ruido del bar no pudiera apagarlo. Como si su presencia, allí sentado, a mi lado, desplazando el aire, fuera suficiente para eclipsar cualquier otra cosa.

Y entonces lo oí.

—María Begoña… María Begoña… —repitió despacio, con su voz desagradable—. Tu nombre no lo olvido, ¿eh?

Mi estómago se cerró de golpe.

Yo esbocé una media sonrisa, falsísima.

Julia y Tesi continuaban hablando entre ellas: sus risas eran bajas, tensas, y sus ojos, cada cierto tiempo, nos miraban. Todo su lenguaje corporal evocaba un "sálvese quien pueda", traicionándome, sin intención alguna de socorrerme.

Yo no contesté. No sabía si contestar. No sabía si moverme.

Y no podía comer ni beber; mi pulso no me lo permitiría. Lo único que quería era desaparecer, y miraba lejos, como si eso pudiera

alejarlo a él. Miraba lejos y veía cómo Gabi ya hablaba con Montse y Carolina.

Él se inclinó entonces un poco hacia mí. No demasiado, pero suficiente como para que su voz me rozara la mejilla.

—Te voy a tutear aquí… —susurró, como si fuera un privilegio que me concedía—. ¿Qué te parece?

Tragué saliva. Sentí el encaje de las medias tensarse contra mis muslos. Y, sin saber cómo, pude articularlo:

—Bien… —susurré.

Los sonidos del bar parecían disolverse, como si las voces de la gente fueran ondas que rebotaban sin llegar a tocarme. Como si él ocupara todo. Su presencia. Su olor.

—Bueno —dijo entonces, acomodándose en el taburete—. Dime… ¿qué tal te has sentido en la entrevista? ¿Bien?

Lo preguntó con esa falsa cordialidad que llevaba un veneno escondido dentro.

Mi pulso, otra vez, empezó a golpear en mi cuello.

—¿Bien? ¿Cómoda? —insistió, un tanto ansioso ante mi silencio.

—Sí… no sé —balbuceé, casi temblando.

—De trabajo no te pregunté nada… —me susurró.

—Ya… —resoplé, y ni parpadeaba, mirando a la nada.

—No te preocupes… tampoco te voy a preguntar ahora…

Su voz salía a borbotones espesos. Y yo no me giraba hacia él. Como si él le hablase a una estatua de sal. Una sal blanca, por la camisa, y húmeda, por el sudor de mi piel.

—Yo, por mí, no vas a tener problema, ¿eh? El otro chico era más flojito —dijo, refiriéndose evidentemente a Álex.

—Ya… —respondí yo, hierática, siendo consciente de que tenía que empezar a comportarme como una persona, a responder de manera más o menos normal, a girarme hacia él y a mostrar naturalidad.

—A ver Carolina qué dice…

… No le gustaste tanto…

… Pero bueno… mando yo.

Dijo él.

Y yo tragué saliva.

Mi corazón retumbaba.

Una vena en mi cuello palpitaba.

Y yo, otra vez, incapaz de girarme, de comer, de beber, de hacer otra cosa que no fuera susurrar un "ya…" apocado.

En ese momento apareció un camarero de la nada. Ajetreado y jadeante, pero eficiente, empezó a recoger platos, creando un estruendo que él mismo remató casi gritando un "¿cuatro más?", refiriéndose a las cañas.

—Cuatro más. ¡Sí, señor! —respondió Ricardo, sin consultarlo con Tesi, con Julia o conmigo… y también en tono alto, y otra vez con una especie de retintín sociable que sonaba impostado.

El camarero, aparte de los platos casi vacíos, se llevó tres vasos, usando tres dedos, y desapareció tan rápido como había aparecido.

Las chicas volvieron a mirarme de reojo y volvieron a lo suyo.

Ricardo, que no parecía precisamente molesto por el vacío que le hacían ellas, no me dio tregua:

—Y dime… ¿qué tal…? ¿Qué tal tú…? ¿Te gusta la ciudad esta?

—¿Qué? —pregunté, desconcertada, con el torso recto y siempre mirando al frente, a la nada.

—La ciudad, ¿te gusta? Llegaste hace poco, ¿no?

—¿Qué? No, no… soy de aquí, y estudié aquí —contesté, en una frase que sentí larguísima.

—Ah… no sé por qué pensaba que no…

Y se hizo entonces un silencio.

Un silencio atroz.

Que no era silencio, porque el bullicio no cesaba.

Pero yo lo sentía como un silencio absoluto.

—Eres tímida. Eso sí lo sé seguro, ¿verdad? —dijo en mi oído, y sentí su aliento… y casi su sonrisa… paternal… invasiva.

Y otro silencio.

Yo me quería morir.

Solo temblaba.

No parpadeaba.

No respiraba.

Y entonces volvió el camarero. Otra vez apareciendo de la nada. Otra vez a toda velocidad.

Y cuatro vasos de cerveza fueron posados, golpeando en el centro de la mesa, rebosando, casi salpicando.

—¿Cómo vamos por aquí? ¿Algo más? —casi gritó.

—Nada… ¡A dieta todos!, ¿verdad? —respondió una vez más Ricardo, autoerigiéndose en portavoz de la mesa, y otra vez con sus gracietas carcas sin gracia.

Y entonces, todo se precipitó.

El camarero se retiró.

Julia y Tesi volvieron a crear aquel muro, girándose cada una hacia la otra.

Yo me arremangué la camisa hasta los codos, un logro de movimiento, aunque absurdo, y solo pudo haber exteriorizado incomodidad, pues ya estaban arremangadas, así que apenas las fijé, como si fuera un gesto maniático.

Y él… entonces…

Me habló.

Pero el tono fue diferente.

Su cercanía… ya asfixiante.

Su aliento, su olor… me golpearon… como en el despacho.

Aquel olor rancio, a algo antiguo, a ropa de desván, a piel marchita, a sudor revenido.

—Bueno… María Begoña. Vamos a hablar en serio, eh —casi me sopló en el oído, atacándome por aquel lateral.

—¿Qué…? —musité.

—Digo… que vamos a hablar en serio, ¿te parece?

—Sí… vale.

Temblé.

Volví a tragar saliva.

Y fui consciente de que mis dedos, nerviosos, jugueteaban con las perlas de mi collar. No sabía el tiempo que llevaba haciéndolo.

Lo solté.

Seguía mirando al frente.

No parpadeaba.

Casi me lloraban los ojos.

—Esto no lo llevabas, ¿verdad? —pronunció.

—¿Qué…? —suspiré.

—Esto… estas medias… —me susurró.

Fue oír la palabra *medias* y sentí que todo el calor del bar se me precipitaba en los muslos, entre las piernas. Y un fogonazo de pavor me abrió el pecho. El encaje. El encaje blanco. Ese absurdo, llamativo, bajo la falda. Me imaginé un destello mínimo, un gesto mío mal calculado, una postura que hubiera dejado entrever el borde… y él, justo él, fijándose. La vergüenza me anegó entera. Me ardieron las orejas, el cuello, el escote. Bajé un instante la mirada, como si eso pudiera esconderme, como si no fuera ya demasiado tarde. Y sí… asomaba aquel blanco, soez, lustroso, obsceno. Lo sentía vibrar bajo la falda.

No podía creer que él lo hubiera visto.

No podía creer que lo supiera.

Jadeé.

Suspiré.

Otra vez, como en el despacho, casi tuve ganas de llorar.

Y entonces ocurrió. Su mano. Su peso. Sus dedos hundiéndose apenas, solo lo justo, sobre mi muslo, justo donde la media tensaba la piel. Un contacto leve pero definitivo, que me dejó sin respiración. Y después un férreo pero corto recorrido, lento, sobre mi muslo, sobre el nylon tenso… como si estuviera comprobando lo que había visto, certificándolo.

Y entonces, muy cerca de mi oído, su voz:

—No las llevabas… Estoy seguro de que no las llevabas.

Me quedé petrificada.

Un temblor frío me atravesó la espalda.

No sabía si cerrar las piernas o quedarme inmóvil.

No sabía si apartar su mano. No sabía cómo hacerlo.

No sabía si él notaba mi temblor.

Mis espasmos allí.

Mis muslos trémulos.

—Te las vi… cuando iba para los servicios… porque se te ven… se te el encaje…

Cerré los ojos por un instante.

Su mano, en mi muslo… no se movía. Me acariciaba… pero no se movía.

Solo me fijaba.

Me sometía.

Y yo buscaba auxilio, que alguien se diera cuenta.

Pero nadie lo hacía.

Y su voz, en mi oído:

—Te vi las medias… y tuve que volver.

Tragué saliva.

Abrí los ojos.

Sentí el sudor en mis axilas.

Un espasmo entre los muslos. Una pulsión en las ingles. Una vena en mi cuello.

—¿Te parece bien que haya vuelto? —preguntó.

Mi corazón explotaba.

Y yo, quieta, hierática. Con mis brazos cayendo muertos. Con aquel encaje expuesto. Con su mano en mi muslo…

… jadeé:

—Mm-nn-no… no sé…

# 12. La fierecilla, la mansa y un temblor inexplicable.

*Mm-nn-no… no sé…*

Había pronunciado yo, sin saber por qué.

*Mm-nn-no… no sé…*

Había susurrado, bloqueada, mostrando más duda que negación.

*Mm-nn-no… no sé…*

Había resoplado, sin apartar su mano, sin oponerme a su vuelta.

Su mano en mi muslo. En mis medias.

Mi corazón retumbando.

Y entonces, movimiento.

No de él, no de mí.

Frente a nosotros.

El arrastre seco de un taburete. Luego otro. Tesi y Julia se bajaban al unísono, cada una hacia un lado, sin mirar ni una sola vez en nuestra dirección.

Y de golpe él sí se movió: retiró su mano de mi muslo.

Yo resoplé como si me hubieran arrancado una presión.

Y él aprovechó ese hueco mínimo para beber de su cerveza, un trago largo, ruidoso.

Ellas, mientras tanto, se hacían con los abrigos que colgaban en la pared, murmurando entre ellas, sin girarse. Solo voces rápidas, secas, afanosas.

Y, al final, la de Julia, casi mecánica, diciéndolo pero sin intención de dirigirse a nosotros:

—Bueno… nos vamos a fumar. Volvemos ahora.

No giraron la vista. No sonrieron. No dijeron nada más. Y Ricardo, que parecía a punto de soltar una gracieta… no lo hizo. Como si no hiciera falta. Como si supiera que ya no importaba.

Él ya había elegido presa.

La presa era yo y no perdía ya tiempo y energía en nadie más.

Y entonces las vi alejarse, luchar contra el pasillo humano.

—¿No bebes? —preguntó entonces, como si nada—. Tienes la cerveza entera.

Preguntó como si no acabara de tocarme el muslo.

Como si no acabara de humillarme mencionando mis medias.

Y entonces me quise rebelar. Incluso más contra mí misma que contra él.

La garganta cerrada. La boca seca.

Quería beber.

No quería temer mi pulso, mi temblor.

*Por Dios, Meri, no será tan difícil*… Me dije.

Me obligué a coger el vaso. Lo alcé con ambas manos, temblorosas, y la cerveza bailó en el borde, como si fuera a derramarse. Posé los codos sobre la mesa y eché el torso hacia adelante, buscando estabilidad, y aun así el pulso me vibró en las muñecas. Pero luché. Luché y conseguí llevar la bebida fría a mis labios. El primer contacto fue un alivio brutal: el frescor me bajó por la lengua, por la garganta, como una línea helada abriéndose paso en mí. Sentí el alcohol sumarse al de antes, mezclarse, empujar un mareo mínimo e

inmediato. Y, al mismo tiempo, el contraste me abrasó: el frío dentro y el ardor en las mejillas, en el cuello, en el canalillo; el sudor espeso, casi fresco, marcándome la camisa sobre las axilas. Tragué, tragué otra vez, cuatro o cinco sorbos seguidos, mientras el corazón bombeaba sangre con una fuerza casi dolorosa y mi mente repetía, golpeándome desde dentro: *me ha tocado… me ha tocado la pierna… y se lo he permitido… me ha tocado…* Puse el vaso sobre la mesa, sintiendo cómo todo cambiaba en mi cuerpo por aquel frescor, por ese leve mareo, por el alivio amargo… y, sin embargo, nada cambiaba del todo: el olor a mi lado seguía allí, denso, pegado, y su voz, grave, cercana, volvió a hundirse en mi oído:

—Carolina en tu caso también está por el no. Si es por ella… no seguís ninguno de los dos. Pero mando yo. Así que a ver.

Ya no sabía si escuchar aquello terminaba de desmoronarme o me daba igual.

Y es que lo que sentía trascendía lo físico, y alcanzaba también algo parecido a un bloqueo mental.

—¿Qué te pareció Carolina? ¿Por qué no os llevasteis bien?

—¿Qué? No. No sé… yo… bien… —volví a balbucear.

—Es una buena… fierecilla… Carolina —dijo él, de una forma extraña, vejatoria, machista.

Y se hizo un silencio.

Yo sabía que él quería que yo le preguntara.

Pero yo lo único que quería era que se fuera. Y, sobre todo, que no me volviera a tocar.

El silencio se alargaba.

Mi corazón retumbaba.

Y él no se pudo contener más:

—¿Sabes a qué me refiero? —preguntó.

—No… no sé.

—No me refiero a trabajando, que también… —susurró, otra vez muy cerca, y pude sentir su sonrisa ladeada, su mueca.

*Fierecilla.*

*No solo trabajando.*

Y entonces, sin querer, lo vi. Me vino la imagen como un golpe, como una idea sucia que no era mía pero que él había dejado caer en mi mente. Carolina. En el hotel. Con él. Follándosela. La palabra me atravesó como un latigazo, y aun así no pude evitar imaginarla: su melena perfecta desordenándose, su camisa fina abierta, su cuerpo tensándose bajo el peso torpe y pesado de Ricardo. Me pregunté si sería verdad. Si ella, tan segura, tan elegante, se dejaría hacer por él. Si él la sujetaría por las caderas. Si ella gemiría o lo miraría con desprecio. Si bajo aquella suficiencia repugnante habría una verdad. Y cuanto más intentaba apartar la imagen, más se volvía contra mí, más se ensuciaba, más la sentía en mi pecho, en mis muslos, en ese punto que aún vibraba donde él me había tocado. ¿Y si era cierto? ¿Y si de verdad se la follaba en los hoteles, en las visitas? Sentí una punzada de vergüenza… pero también otra cosa, más honda, más oscura.

Yo, mirando a la nada.

Mis brazos cayendo muertos.

Mi corazón con aquel "pum-pum, pum-pum, pum-pum" repitiéndose, latiendo en mi pecho y rebotando en mi cuello, como una réplica incontenible.

—Tú seguro que serías más mansa…

Me susurró.

Y entonces, volvió a ocurrir.

Su mano.

En mi muslo.

En mis medias.

El tacto fue otra vez, idéntico: áspero, pesado, decidido. Una presión que se hundía en el nylon tenso y que me atravesó como un calambre. No reaccioné. No pude. Sentí cómo el aire se me cortaba en la garganta, cómo el pecho se me agitaba sin poder llenarse, cómo mis piernas temblaban, cómo sentía pánico porque él sintiera mi temblor. El pulso me retumbó en los oídos, en la mandíbula, en la boca del estómago. Y yo, rígida, incrédula, incapaz de apartarlo, solo podía sentir esa mano invadiéndome a través de la media, clavándose en mí como una certeza sucia.

—¿Serías más mansa que Carolina o no? —susurró en mi oído.

El vello de mi nuca se erizó.

Una gota de sudor descendió por mi canalillo.

Su mano, en mi muslo, ardía.

—No… no sé —resoplé en un susurro.

Y él no apartaba la mano.

Seguía allí, firme, instalada, como si aquella carne, aquel nylon, aquel muslo, me perteneciera menos a mí que a él.

Y entonces, con la otra mano, alzó el vaso y comenzó a beber. Tragos largos, tranquilos. Indiferentes.

¿Cómo podía tocarme así y beber como si nada?

¿Cómo podía mantener esa presión indebida y, al mismo tiempo, llevarse la cerveza a la boca con absoluta normalidad?

¿Cómo era posible que yo no lo apartara?

Que nadie dijera nada.

Que nadie me salvara.

El corazón me golpeaba desde dentro, desordenado, y aun así yo seguía inmóvil, clavada al taburete, sintiendo su mano y viendo cómo bebía, cómo tragaba, cómo apoyaba de nuevo el vaso sobre la mesa sin prisa, como si no estuviera haciendo nada fuera de lugar.

Alcé la vista, desesperada, buscando aire, buscando auxilio.

Y lo único que encontré, al fondo, en la barra, fue a ellas.

Montse.

Gabi.

Y Carolina.

Carolina, junto a ellas, erguida, segura.

*La fierecilla.*

La miré como si pudiera darme una respuesta.

Como si su cuerpo supiera algo que el mío no quería saber.

Otra vez me preguntaba si sería verdad.

La mansa… es sometida.

La fiera, manda.

Y otra vez la imagen se me impuso sin permiso. Sucia. Intrusa. Implacable. Ella, sobre él, montando a Ricardo en su habitación del hotel. Cabalgando su polla vieja, jadeando… quizás con la luz apagada, para no verlo bien. Quizás con la luz encendida, precisamente para verlo mejor, para castigarse con el horror de estar montando la polla de aquel señor tan mayor; el cuerpo desagradable de aquel jefe asqueroso. Y me preguntaba si se correría, ella, subida a él… y si ella le daría todo… si se inclinaría para que él besara sus pechos con aquel aliento caliente. La miraba, y ella apartaba su melena rubia y brillante y se tocaba un poco la camisa de seda

mientras escuchaba a Montse, y me preguntaba si se dejaría someter… si le dejaría penetrarla a cuatro patas…

… Sentía la mano de Ricardo en mi muslo y me imaginaba a Carolina, a cuatro patas, sobre la cama del hotel, casi completamente vestida —con la camisa, con la falda, con prisa por sentir y terminar; el desahogo más sucio—, siendo penetrada de manera implacable por el cuerpo viejo de don Ricardo.

Y mi corazón iba a mil: "pum-pum, pum-pum, pum-pum".

Y otra vez me preguntaba si se entregaría del todo o si lo haría con frialdad, castigándose a sí misma por hacerlo.

Otra vez, si lo miraría o si evitaría mirarlo.

Si habría placer o solo poder.

La idea me dio náuseas.

Y, aun así, no pude apartarla.

Como su mano, que seguía ardiendo sobre mi muslo.

Pesada.

Dueña.

Y yo seguía sin entender cómo era posible que todo eso estuviera ocurriendo… y que el mundo siguiera girando como si nada.

Y entonces volvió a atacarme, con su voz:

—¿Por qué te has puesto estas medias? Dime.

Tragué saliva.

—No sé… —suspiré.

—¿Cómo que no sabes…? —me susurraba, y no me soltaba, y yo me preguntaba cómo podía tener tanta cara…

—No sé… —balbuceé, y temblé.

—Tranquila. Relájate… —me volvió a susurrar.

Y creí morir…, pues era evidente que sentía mi temblor en su mano.

Y volvió a beber, con su mano libre.

Bebía con una mano.

Me tocaba con la otra.

Posó el vaso.

El sonido se solapó con el retumbar de mi pecho.

Y entonces volvió a susurrarme, y mi nuca volvió a erizarse.

—Apártame la mano.

—¿Qué? —pregunté, desconcertada.

—Vamos. Tranquila. Apártame la mano.

Cuando me di cuenta, sin entender aún por qué me lo pedía, y qué hacía yo, comencé a apartar aquella mano, torpemente, llevándola hacia su propio muslo. Pero en algún punto del gesto algo se desvió: sus dedos atraparon los míos, los míos respondieron sin querer, y nuestras manos acabaron entrelazadas sobre su muslo. Sentí su piel áspera, sus dedos enormes, su palma húmeda… y no supe por qué no soltaba. Ni por qué yo tampoco lo hacía. Sentía el tacto fino de su pantalón… y nuestras manos… no se soltaban.

Mi corazón explotaba.

Yo no reaccionaba.

No sabía qué hacía… dándole la mano. Mi mano. Sobre su pierna.

Y él volvió a beber.

Conmigo allí.

Como si obedeciera sin querer.

Y entonces él, girándose más hacia mí, me susurró:

—¿Crees que podré convencer a Carolina? Siempre es mejor estar los dos de acuerdo.

Tragué saliva.

—Sí… No sé —respondí en un hilo de voz.

—¿Y cómo crees que la suelo convencer? —preguntó con una mueca.

Y yo aún ni le había mirado a la cara desde que se había sentado.

Y no era capaz de soltar su mano.

—No sé… —susurré.

—Venga, dímelo. Si ya te lo estoy diciendo yo…

—Pues… en el hotel… —suspiré, siendo plenamente consciente de lo que él me pedía que dijera.

Y él sonrió. Lo vi de soslayo. Lo sentí en su tono.

—Eso es… en el hotel la convenzo. Pero esto es un secreto, ¿eh? Un secreto nuestro.

—Ya… —resoplé.

E intenté soltar mi mano.

Impedir que siguieran entrelazadas.

Pero él me sujetaba lo justo. Me apretaba lo justo.

—Y en el hotel… ¿cómo la convenzo? Dime…

—No sé…

—Sí que sabes… vamos…

—Pues… —dudé, temblé, cerré los ojos—, haciéndoselo…

*Haciéndoselo*… había dicho.

*Haciéndoselo*.

Sentí su sonrisa.

Yo creí morir.

Su mano me apretaba más.

Y entonces algo subió por mi cuerpo. Algo con rabia. Algo desconcertante. Algo, también, excitante, vertiginoso.

Lo dije.

Lo susurré.

Pronuncié:

—Follándola.

*Follándola.*

*Follándola.*

Ni siquiera "follándotela…". No sabía por qué había dicho aquello.

No entendía nada de lo que hacía.

Ni de lo que decía.

—Follándomela… —susurró él—. Eso es. ¿Ves? No es tan difícil. Pero tú y yo no, ¿no?

—Qué… —esbocé, y mi corazón llevaba dos minutos en mi garganta.

Que tú y yo no haríamos eso, ¿verdad?

—No… —jadeé.

—¿Por qué no?

—Porque estoy… casada… —hablaba yo, pero no era yo.

—Ah. Estás casada —dijo.

Y se hizo un silencio.

Yo ya no miraba a las chicas.

Miraba a la nada.

Y algo nació en mí, que me hizo rebelarme.

Y mi mano se soltó de la suya.

Y me odié, pues no había tenido que hacer nada de fuerza para soltarme.

Me había soltado cuando había querido.

Lo olía.

Lo sentía.

Y entonces dijo:

—¿Las medias entonces… son para tu marido?

—Sí… —contesté al instante. Pero mi corazón seguía con aquel "pum-pum" imposible.

—¿Te ordena cosas?

—No… bueno… me las pide —contesté, y tragué saliva.

—¿Y qué más te pide?

—No sé…

—Y yo… ¿te puedo pedir algo? —preguntó.

Y se hizo un silencio.

Y yo rogaba porque Gabi o las chicas volvieran.

Y entonces volvió a ocurrir.

Su mano en mi muslo.

En mis medias.

Más arriba.

En el encaje.

En aquello blanco, burdo, obsceno, lascivo, que asomaba bajo mi falda.

Mi torso tembló.

Mis piernas se agitaron.

—Sé sincera. ¿Te puedo pedir algo o no? No pasa nada… —susurró.

Y más silencio.

Pero un silencio que parecía romperse por un sonido extraño, áspero… y lo sentía en mi muslo, en las medias… No miraba, pero podía adivinar que me tocaba allí, con las uñas… rasgaba aquel encaje, de manera extraña, ruin, dominante, fetichista.

—No… —tragué saliva—. Mejor no —conseguí responder.

—¿No quieres que te pida nada?

—No… —resoplé, mientras sentía aquella uña.

—¿No quieres… o te da miedo?

Volví a tragar saliva.

—¿No te doy miedo, no?

—No…

—Solo te iba a pedir que separases un poco las piernas —pronunció, y yo creí morir.

Y él entonces lo cambió todo, pues dejó de arañar, y su mano, toda la palma y sus dedos, se posaron sobre mis medias, sobre mi muslo, casi en la cara interna.

—No… —exhalé, ya sin saber a qué le decía que me negaba.

—Ya… ya sé que no quieres… Tienes el muslito ardiendo. Pareces un pollito… ¿Lo sabías?

Yo volví a tragar saliva.

Mi corazón, a doscientas pulsaciones: "pum-pum, pum-pum, pum-pum".

No respondí a aquello.

Y entonces, me preguntó:

—¿Y el coñito… cómo lo tienes?

Me morí.

Con esa frase… me quedé sin respiración.

Mi corazón se detuvo.

Todo mi torso, y mi espalda, relampaguearon en un latigazo que partía mi cuerpo en dos, desde mi entrepierna hasta mi nuca.

—Dímelo… ¿cómo lo tienes? —pronunciaba en mi rostro.

Y entonces, en la distancia, vi a Julia y a Tesi entrar y detenerse junto a las otras chicas.

—Dime… ¿cómo tienes el coñito…? —insistió, soez, humillante.

—No-o… no lo sé… —balbuceaba, pero no apartaba su mano.

—¿Te va a follar tu marido con estas medias de puta…?

Pronunció.

Me insultó.

Y yo me bloqueé.

Suspiré.

—Dioss… no sé… —temblé, y no sabía ni cómo había sido capaz de responder nada.

—¿Cómo que no sabes…? ¿Para eso te las has puesto, no? —me taladró con su aliento y su voz.

—Sí… Dioss… —respondí, temblando en espasmos, sintiendo su mano, y viendo cómo Julia y Tesi, y también Gabi, se abrían paso para llegar a nuestra mesa.

—¿Dios? ¿Dios qué…? —se desesperaba él, presionándome.

—No sé…

Y ellas se acercaban más, casi llegaban a nosotros, y entonces sentí un contacto fuerte, rudo, en mi muslo: Ricardo apretaba la cara interna de mi muslo con fuerza, uno, dos segundos; el nylon y mi carne se hundían bajo sus dedos… y yo sentí, de manera extraña, un pálpito, una pulsión, en el centro, en mi sexo… en mi coño… Y él entonces retiró su mano y yo me preguntaba por qué aquel espasmo… por qué aquel espasmo allí… por qué aquel espasmo que no había sido un temblor de miedo, sino un temblor de puro sexo…

Y ellas, otra vez, mirándonos pero sin hacerlo, se colaban hacia sus taburetes.

Y Gabi se ubicaba de pie, a mi lado.

Y entonces Ricardo se bajó del taburete.

Como si nada.

Y se hizo con su vaso.

Y finiquitó su cerveza en dos tragos largos, tras los cuales posó el vaso vacío con fuerza.

Yo aún sentía sus dedos en mi muslo. Aquella presión fuerte.

—Señora Gabriela… le dejo a usted el asiento caliente… —dijo en tono alto, mientras se colaba por detrás de mí para dejarle el sitio.

—Señorita. Y gracias, pero no hacía falta, ¿eh? —respondió ella, mostrándole en una sola frase toda la rebelión que yo no había sido capaz, poniéndole cara de asco, y esperando a que él pasara para poder avanzar ella.

Y en ese movimiento, en ese pasar de él por detrás de mí…

… lo hizo.

Una despedida atroz.

Un toque.

Posesión.

Dominio.

No una caricia.

No un pellizco.

Algo intermedio.

En mi costado, encima de mi cintura.

Sobre mi camisa.

Un toque humillante que me volvió a producir un temblor.

Un temblor que me tuve que tragar.

Un quejido que tuve que disimular.

Un resoplido que enterré mientras aún me preguntaba por qué había sentido aquel espasmo entre mis piernas.

# 13. La huida y todo mi ser.

—Tremendo *monguer* este también —susurró Gabi, colándose por detrás de mí, y se sentó en su taburete, aquel que Ricardo había utilizado como puesto de mando, de control; desde el cual me había tocado con su mano, con su aliento y con sus palabras.

Tesi y Julia volvían a colgar sus abrigos. Podía sentir cómo olían a tabaco. Era un olor que siempre me había resultado desagradable, pero todo lo que tapara el olor de don Ricardo era un olor bienvenido.

—*Monguer* y gilipollas —insistió Gabi.

Tesi, que ya se sentaba, me miró de reojo; y yo sabía que, tarde o temprano, ella o Julia —seguramente ella— acabarían mencionando que yo había estado "hablando" con Ricardo, aunque aquello no fuera lo que realmente había pasado.

Pero fue Gabi la que empezó a hablar —a despotricar, fundamentalmente, de Montse—, adelantándose a nada de lo que pudieran decir las testigos del acoso que yo había sufrido.

Mientras la escuchaba, yo llevaba mi mirada lejos, y veía cómo Ricardo llegaba a Montse y Carolina.

—¿Os parece normal que me venga a tocar los ovarios con el juicio del lunes que viene un puto jueves? ¿No me lo puede decir mañana en el puto despacho o qué coño le pasa? Sabéis por qué, ¿no? Para quedar de puta madre con Carolina. La hija puta utilizándome para que Carolina crea que lo lleva todo controlado cuando no tiene ni puta idea de lo que hago… —se sulfuraba Gabi, mientras Ricardo ya alargaba una tarjeta de crédito por encima de la barra y la acercaba a un datáfono que le ofrecía un camarero.

Pagaban.

Se iban.

Sentí algo que era alivio y también alegría.

Y entonces me atreví a beber.

A salvo.

Retomando el control.

Retomando el pulso.

Bebía de mi cerveza mientras Gabi seguía descuartizando a Montse, y yo veía cómo se marchaban. Montse, Carolina y Ricardo —que salía el último—. Y algo dentro de mí, al tiempo que posaba la cerveza en la mesa, musitó:

—Gírate… cabrón… antes de marcharte.

Pero no lo hizo.

Y no supe por qué había querido que lo hiciera.

Quizás para mostrarle con mi mirada que podía con lo que me había hecho y con mucho más.

Para decirle con mis ojos que unas frases de mierda y una mano en mi muslo no me destruían.

Se marchó.

Se marcharon.

Y entonces escuché de Gabi:

—A todo esto. Me reafirmo. E igual me estoy haciendo lesbiana. O me haría lesbiana por ella… Pero qué *rollazo* tiene la cabrona.

—¿Carolina? —preguntó Tesi.

—Claro. Joder, me la tiraría con un arnés de esos de lesbiana dómina… —sonrió Gabi—. ¿Puedo? —me dijo, ya cogiendo mi cerveza, que estaba por la mitad.

—Sí, sí —respondí.

—Lesbiana dómina… —repitió Julia, sonriendo—. Estás que te sales hoy…

—Bueno, la que está que se sale es Meri, ¿eh? —me atacó Tesi.

—¿Pooor? —preguntó Gabi.

—¿Cómo que por? Amiguísima del señor don Ricardo —dijo Tesi, con retintín.

—Ah, sí… Algo vi —dijo Gabi—. No te habrá dado mucho la chapa, ¿no? U otras cosas… que este es un buen cerdo.

—Bueno, tampoco tiene fama de cerdo. Fama de tirarse a Carolina sí —dijo Julia, insistiendo una vez más en poner sobre la mesa aquel *affaire*… del que yo, para mi desgracia, sabía ya mucho más que ellas… Y también, para mi desgracia, estaba casi completamente convencida de que era cierto.

—Julia… no me vuelvas a decir eso que me voy a celar.

—Tranquila, Gabi. Igual prefiere tu arnés que el pene triste de don Ricardo —provocó Julia, cada vez más suelta, llegando casi a las cotas de la propia Gabi.

—Pues sí. Mi arnés con polla seguro que estaría más duro que el pito del viejo ese. Seguro… —apostilló Gabi, y volvió a beber de mi vaso.

Y yo sentía alivio porque se había marchado, pero aún sentía las consecuencias de sus palabras… y de sus tocamientos… Y, además, sentía una ligera tensión porque temía que Tesi volviera a sacar el tema.

Y entonces quise estabilizar mi alivio:

—Pero… A ver. ¿Ya se van? O sea… ¿mañana no vuelven al despacho? —pregunté.

—No, no. Mañana no vienen al despacho. Vuelven para *su city*. Solo vienen una tarde. Vamos, así ha sido siempre, ¿no? —dijo Gabi, mirando hacia ellas.

—Sí, sí… —contestó Tesi.

—Ah, por cierto, Meri, que hablaron un poco de ti —dijo Gabi, y yo me sobresalté.

—Ah, ¿sí?

—Bueno, de lo de las entrevistas vuestras y tal. Bueno, de hecho de ti no. Pero por lo que pude intuir… me da que Alejandro, el pobre, lo tiene en avioneta.

—Pues ya está, Meri —intervino Julia—. Te quedas tú y largan a Alejandro.

—A ver… que no siga Alejandro no significa que sigas… —habló Tesi —. A ver, que ojalá, *joer*, evidentemente, pero alguna vez ha pasado que no sigue ninguno. A ver, que yo creo que sí sigues, ¿eh?, que todo el mundo está contento… Y con don Ricardo bien… ¿no? ¿De qué hablábais tanto?

Yo, mientras hablaba, había alzado la mirada.

Mirándola.

Y lo cierto era que no veía maldad alguna en su mirada ni en su pregunta.

Realmente era normal —y casi obvia— su curiosidad.

—Bueno… pues… no sé… de trabajo… —mentí.

—No jodas. Puto cabrón. ¿No le llegó con entrevistarte arriba que tuvo que venir aquí a joderte el *tapeo*? —me quiso defender Gabi.

—No, no. Que a ella la entrevistó Carolina, ¿no? —dijo Tesi.

—Sí… —susurré, otra vez, mintiendo.

—Ah, coño… es verdad —dijo Gabi—. Bueno, pues igual él te quiso tantear un poco también. Al final manda más él, ¿no?

—Y tanto que manda más —contestó Julia.

—Ya… a ver. Tiene una pinta de sucio y baboso, tela. Pero mira, si te llevas bien con él… estás a salvo… Y a ver. Es un puto crack. Las cosas como son… De mercantil… yo no sé en qué puesto está… os digo que del país, ¿eh? Joder… que yo estudié por su manual en la carrera… —dijo Gabi, a toda velocidad, y volvió a hacerse con mi vaso.

—¿Sí? ¿Es para tanto? —pregunté.

—Joder, ¿no estudiaste por su libro? —hizo una pausa, con el vaso en el aire—. Mercantil… Mercantil 2, ¿fue? El Ripoll-Garza. Todas de aquí para allá con el puto manual de Ripoll-Garza. Tremendo tocho infumable —sonrió Gabi, y entonces sí bebió.

—Bueno, ¿qué?, ¿pagamos? —preguntó Julia, aprovechando el mínimo silencio que se producía cuando Gabi bebía.

Todas estuvimos de acuerdo y Tesi y la propia Julia se bajaron de los taburetes. Yo hice lo propio, sintiendo el vértigo del suelo firme tras tanto rato arriba —y tras cerveza y media casi sin haber cenado—.

Ellas se hicieron con sus abrigos. Y Gabi, poniéndose su chaqueta gris y antes de proceder con su abrigo, descolgaba mi chaqueta rosa.

—¿No has traído nada más? —preguntó.

—No… si casi nunca traigo —respondí de inmediato—. Total, cojo el bus aquí enfrente…

—Ya, pero hoy hace rasca, ¿eh? —respondió Gabi, mientras terminaba de girarse hacia mí, y al final de su frase apareció un matiz extraño, contenido, como si hubiera visto algo pero no quisiera decirlo.

Y justo tras oír ese matiz, sentí su mirada… y pensé en cuál podía ser el motivo de aquella repentina sorpresa justo al mirarme… y entonces temí que… al bajar del taburete… quizá se me había visto el encaje. El borde blanco, burdo, asomando. Un fogonazo me cruzó el pecho. Bajé la mirada un segundo, tragué saliva y, de manera casi automática, alisé la falda hacia abajo, rápida pero intentando que pareciera natural. Cuando levanté la vista, el semblante de Gabi era neutro, normal; no parecía haberse dado cuenta de nada.

Me tendió mi chaqueta rosa.

—Espera… dame un segundo —susurré y esbocé un resoplido de alivio.

Gabi se quedó quieta, sosteniéndola entre las manos, mientras yo bajaba las mangas arremangadas de mi camisa. Estiré la tela hasta las muñecas y cerré los botones de los puños con movimientos medidos.

La oí entonces murmurar, suave, como si le saliera sin pensar:

—Qué monadita eres… Me quedo contigo, no con Carolina. No hablo de atracción sexual, ¿eh? En eso Carolina es una bomba atómica. Pero de guapa… joder, la madre que te hizo…

Me ardieron las mejillas. Con Gabi ese tipo de cumplidos eran habituales: directos, exagerados, casi impulsivos.

Ya con la camisa bien puesta, mangas largas, puños cerrados, me puse la chaqueta frente a ella mientras ella se hacía con su abrigo.

Y entonces, detrás de nosotras, escuché a Tesi llamar a un camarero:

—Perdona, ¿nos cobras con tarjeta?

—Está pagado, chicas —respondió él—. Lo pagó el señor de la barra que estaba con vosotras.

—¿Qué? —exclamó Julia, sorprendida.

—¿Y eso? —dijo Tesi, solapándola.

Gabi, en cambio, murmuró:

—Ah… pues de puta madre.

Me incliné entonces hacia el gancho de la mesa para coger mi bolso. Al hacerlo, vi sobresalir, otra vez, el borde brillante y plástico del envoltorio de las dichosas medias. Lo empujé discretamente hacia dentro del bolso antes de colgármelo al hombro.

Y comenzamos a abrirnos paso.

Las tres avanzaban delante, y yo detrás, mientras cruzábamos el pasillo humano que se abría justo lo necesario para dejarnos huir hacia la calle.

Salimos.

Y entonces, ocurrió el golpe.

El aire.

El frío.

La calle.

Un cambio tan brusco que me estremeció de inmediato.

El bar dejó de existir de un portazo invisible: el murmullo insoportable, las risas pegajosas, el zumbido de vasos, platos, cuerpos… todo quedó atrás, sustituido por un silencio enorme, limpio, casi violento, roto apenas por algún coche distante y el siseo de la noche.

Respiré.

Un aire helado me atravesó el pecho.

Y mis piernas… lo sintieron antes que yo.

El frío atacó el nylon, lo mordió, lo tensó. Sentí las medias como una segunda piel expuesta, vulnerable. Miré hacia abajo y, por un segundo absurdo, propio de la tensión acumulada, creí que las propias medias brillaban. Que brillaban de verdad. Como si la noche las hubiera descubierto también. Como si todo fuera visible, evidente.

Parpadeé.

No era posible.

Pero la sensación… no se iba.

Metí entonces la mano en el bolso para coger mi teléfono.

Mientras tanto, ellas hablaban.

—¿Dónde has aparcado? —preguntó Julia.

—En la calle de atrás, donde siempre. Yo creo que hay uno ahí que a las nueve menos cinco justas se va, porque siempre está ese hueco —respondió Tesi.

—Si vais a la calle de atrás voy con vosotras, que lo tengo en el parking —dijo Gabi.

Sonaban lejos, aunque estaban al lado.

Desbloqueé mi móvil.

Miré la hora.

22:28.

Poca batería.

Y dos notificaciones.

Un mensaje de texto de Jorge:

—Joder, el tren está parado, siempre igual, esto es un desmadre.

Y, debajo, un mensaje de voz.

Un mensaje que no abrí. No, aún.

—Meri, qué, ¿te llevamos? —me preguntó Gabi.

—No, qué va… me pasa ahora justo uno a y media —dije, y era cierto, pero también lo era que sentía, desde hacía horas, la necesidad imperiosa de quedarme sola.

—¿Seguro? ¿No te congelarás aquí?

—No, no. Qué va. Son dos minutos, *jobá* —respondí, y enseguida comenzaron las despedidas: el contacto de unas mejillas que habían pasado del sudor caliente del interior del Stesso al frescor suave por el ataque del frío de la noche.

Caminé entonces los escasos pasos que me separaban de la marquesina, mientras escuchaba los tacones de ellas rebotar contra la acera, haciendo parecer que eran más de tres chicas.

A duras penas cobijada por la marquesina, activé la nota de voz de Jorge.

Veintiséis segundos que le habían dado para mucho: para criticar las líneas de tren, para decirme que seguramente llegaría bastante tarde, para decirme que estaba cachondo… y para decirme que lo esperara con las medias puestas…

No había tenido tiempo, eso sí, para preguntarme por mi evaluación.

Suspiré.

Cerré los brazos sobre mi cuerpo para protegerme del frío.

Ojeé otra vez el móvil.

Hora: 22:33.

Batería: siete por ciento.

Ganas de responderle, cuando él pasaba de mi día más importante desde que había empezado a trabajar en ese despacho: cinco por ciento.

Ganas de esperarle con las dichosas medias de zorrón puestas después de todo lo que me había ocurrido: cero por ciento.

Respiré hondo.

Miré hacia abajo.

Otra vez, aquellas medias que parecían destellar, como si realmente tuvieran un mate brillante.

22:35.

El frío me atravesó entonces con una ráfaga más dura, como si la noche quisiera recordarme que estaba sola, realmente sola allí…

Me ajusté un poco el cuello de la camisa, instintivo, inútil. Como si el cuello de una camisa de seda pudiera subir la temperatura de mi cuerpo la milésima parte de un grado.

Solo se escuchaba el silencio, y algún coche lejano, y el rumor fugaz del Stesso, a unos quince o veinte metros, cuando alguien abría y cerraba la puerta.

22:37.

Mi mente ya se agitaba, desconfiada:

*Qué raro que no haya llegado aún.*

Volví a revisar mi teléfono y comencé a teclear con los dedos entumecidos. Busqué la línea del bus. Tardó en cargar. Otro pequeño suplicio.

Cuando por fin apareció, pude ver el horario: último a las 22:50.

Pero no decía a qué hora había pasado por allí por última vez.

Casi daba por seguro que ya había pasado. Que lo había perdido.

Aun así, decidí esperar un poco.

Y me cabreé. De repente. Sin filtro. Sin capacidad para contenerme. Abrí la aplicación de mensajería, entré en mi chat con "Mi marido" —aquel nombre que le había puesto de broma hacía unas semanas—, pulsé el icono del micrófono y, con el frío mordiéndome los dedos, grabé:

—¿En serio no me vas a preguntar por mi evaluación? En fin… bueno. ¿A qué hora llegarás? ¿No puedes calcular más o menos?

Solté el dedo.

Enviar.

La pantalla centelleó.

Batería: 4%.

—Mierda… —susurré.

Y no me quería sugestionar. Tampoco quería sentirme lastimosa… ni como una cría, pero, ya sin poder evitarlo, susurré para mí:

—Vaya mierda de cumpleaños.

Y entonces un golpe de aire helado me sacudió las piernas, subiéndome por los muslos, colándose por debajo de la falda.

Y asumiendo aquel azote gélido…

… cerré los ojos.

Y entonces la memoria me atacó.

Había sido demasiado fuerte como para que no volviera.

Era imposible.

Lo sabía.

Tenía que llegar.

Tenía que atacarme.

Las chicas. Jorge. El bus. El frío.

No había distracción posible.

Por mucho que luchara.

Me atacó, todo, de repente.

La voz de don Ricardo.

Su olor.

Su mano.

Su mano hundida en mis muslos.

Él haciendo mención a mis medias.

Él haciendo mención a que se follaba a Carolina.

Él obligándome a que verbalizara que se la follaba.

Él llamándome mansa, comparándome con la fiera: Carolina.

Él vendiéndome su poder, diciéndome que mi futuro dependía de él.

Él apretando mi muslo con fuerza.

Él hablando de mis medias "de puta".

Él… preguntándome, con aquel tono, con aquel aliento: "¿Cómo tienes el coñito…?".

Y… mi interior, el interior de mis muslos… temblando… por su voz, por su forma de tratarme.

Abrí los ojos, espantada, de golpe, como si despertara de una pesadilla.

No podía creer lo sucedido.

Miré la hora otra vez.

22:41.

Quise volver en mí.

Al mundo real.

Quería volver a casa. Solo quería volver a casa.

Y lo dije, en voz baja, rota, como aceptando una derrota más:

—Joder… ya no va a pasar.

Mierda.

—Joder, ya no va a pasar el maldito autobús.

Y otra ráfaga de viento.

Y otro eco que partía del Stesso.

Y otra vez miré la hora. Ésta vez en mi reloj de muñeca, para no agotar la batería del teléfono:

22:43.

Imposible.

Imposible que pase ya.

Desistí.

Y lo sentí primero como una rendición, pero luego como un alivio: iría a por un taxi.

La parada… Sabía que había una dos o tres bloques más abajo, junto a un kiosco.

Decidí empezar a caminar.

Bordeé la marquesina, eché un último vistazo al Stesso —el ruido apagado, el vaho todavía atrapado en sus cristales— y me alejé.

Mis tacones repicaron en la acera, secos, a destiempo, como si marcaran un paso errático, asustadizo.

Caminé rápido.

El frío me atacaba las piernas.

Lo sentía subir por las medias como electricidad,

*como si despertara el recuerdo.*

Pasé entonces por delante del portal del despacho.

La puerta metálica, el cristal oscuro.

No quise mirar.

Solo quería seguir andando, seguir alejándome, seguir sintiendo que lo de antes había ocurrido en un universo distinto.

Y entonces, detrás de mí, un sonido.

Seco.

Violento.

Inconfundible.

El chasquido de la puerta del despacho abriéndose.

Un chirrido primero.

Un golpe brusco después.

El portazo metálico cerrándose detrás de alguien.

Mi cuerpo reaccionó antes de que yo pensara.

Todo se tensó.

Todo.

Unos pasos.

Dos.

Tres.

Y entonces esa voz.

No dos nombres.

Un nombre y un apellido.

Dichos con autoridad.

Con aquella autoridad.

—María Begoña.

Me giré por instinto.

Como una alumna pillada.

Como una presa llamada por su cazador.

Y allí estaban.

A tres metros.

Carolina y Ricardo, de pie, mirándome.

Ambos con abrigos oscuros.

Ambos inmóviles.

Ambos silenciosos durante un segundo que me arrancó el aire del pecho.

El vaho de su respiración emergía intimidante.

Y él, entonces, habló:

—María Begoña, ¿a dónde va usted?

Lo dijo con aquella sorna agresiva,

vulgar,

hiriente,

como si fuera dueño no solo de mi nombre

y de mi futuro

sino de mis pasos, de mi huida…

y de todo mi ser.

# 14. Mi deseo y el otro Ricardo.

No pude moverme.

Ni un milímetro.

No era capaz.

Mis pies se quedaron clavados al suelo, rígidos, como si el frío los hubiese congelado. No podía hablar. No podía pensar. Solo podía mirarlos.

Ellos avanzaron hacia mí. Despacio. Con esa calma que no era calma, sino una decisión silenciosa, que yo sentía angustiosamente hostil. Sentí un sudor frío que nacía en mis axilas, pegando la seda de la camisa a mi piel.

Ricardo llegó un paso por delante de Carolina.

—¿Qué…? —dijo él, sin más, apremiándome para que respondiera.

Tragué saliva. Sentí otra vez aquel latido retumbante en mi pecho.

Aquello que despertaba en mí.

Aquello que me hacía sentir.

Y no me podía creer que aquel señor me hubiera tocado la pierna, que hubiera arañado el encaje de mis medias… y que me hubiera preguntado… aquello que recordaba cada minuto, aunque quisiera enterrarlo, aquel *¿cómo tienes el coñito…?*

—Na… nada… —conseguí decir—. Iba a coger un taxi. Ya no hay buses.

Carolina dio un paso más, suave y a la vez firme. Su voz salió seria, pero con un filo dulce:

—¿Cómo que un taxi? —preguntó, mirándome fijamente—. No, mujer… Te llevamos. ¿Verdad, Ricardo?

Lo dijo sin siquiera mirarlo.

Y en mi cabeza rebotó: "la fierecilla".

Y él no contestaba, ni asentía del todo. Y yo, culpable, totalmente sobrepasada y, durante una fracción de segundo… mientras la miraba…

… me los imaginé follando.

En misionero. Él sobre ella, hundiendo su cuerpo, su polla. Ella sujetándolo, sin abrazarlo, conteniéndolo, con una cara imposible, una cara de placer… y a la vez de asco.

Y otra vez una vena palpitando en mi cuello, y otra vez aquella extraña pulsión entre mis piernas.

Me estaba volviendo loca.

Carolina inclinó apenas la cabeza, su melena rubia cayéndole sobre los hombros del abrigo. Abrigo que llevaba abierto; por el medio relumbraba su camisa clara y delicada.

—¿Por dónde vives?

La pregunta flotó en el aire helado. Y yo, petrificada, sabía que tenía que responder… pero lo que quería era salir corriendo. Miré hacia abajo un instante: mis medias. Otra vez ese brillo absurdo, como si las luces de las farolas se ensañaran con ellas.

Y como si él pudiera verlas.

Como si aquello fuera nuestro secreto.

Mi voz salió sola, sin mi permiso, indicándole más o menos la zona, pero rematando con una petición de que no se molestasen.

Esa petición, por dentro, fue una súplica.

—Eso estará… ¿cómo a diez minutos en coche? —preguntó ella.

—Sí, por ahí —se adelantó Ricardo.

—Pues nada… olvídate, te llevamos. Además estarás helada —dijo Carolina en un rol protector del que yo, sin saber por qué, desconfié —. Y nosotros tenemos el coche aquí al lado, en el subterráneo —continuó ella—. Y aquello de "en el subterráneo" me sonó extraño, como esos pequeños matices en la forma de hablar que te chocan, que te hacen saber que una persona es de otra ciudad.

Yo me quise volver a negar mientras, como le había sucedido a Gabi, me sentía impactada por su belleza, por sus facciones perfectas, por sus ojos verdes. Y yo quería maldecirla por lo que Ricardo me había dicho que ella opinaba de mí, pero lo único que podía era admirarla… admirarla y no poder creer que hubiera escogido al asqueroso don Ricardo como amante.

Desvié la mirada de ella y entonces la repulsión volvió a subirme, mezclado con vergüenza, al notar la mirada de él recorrerme el cuerpo.

—Tómatelo como nuestro regalo de cumpleaños —dijo Ricardo, masculándolo, degustándolo, y yo temblé, y Carolina giró su rostro hacia él… y después hacia mí.

—¿No me digas? ¿Es hoy? —se sorprendió, y se ajustó el bolso al hombro, y entonces Ricardo comenzó a andar, y ella también. Y, cuando me quise dar cuenta, ya iba con ellos, sin haber dado mi aceptación expresa de que me llevasen a casa.

—Sí… —musité, caminando los tres, con los brazos cruzados, sin saber si era un gesto para protegerme del frío o para protegerme de algo más.

—No te pregunto cuántos cumples no por educación sino para no deprimirme —dijo Carolina, que caminaba en el centro, mientras sus tacones y los míos golpeaban la acera, creando un eco en la calle estrecha.

—Veintisiete añitos… —desveló entonces Ricardo, a su izquierda, en un tono grotesco, enfermizo. Carolina lo miró al oírlo; no estoy

segura de qué gesto le hizo, pero me dio la impresión de que no le había gustado. De que lo conocía bien, de que se lo reprochaba con frecuencia… para lo cual solo necesitaba su mirada.

A mí, su frase me había erizado la piel de los antebrazos. Me había hecho sentir un escalofrío.

Era como si él saboreara lo joven que era yo. Lo dócil que podía llegar a parecer. Lo manejable.

Aquel parking al que nos aproximábamos era el mismo donde tenía el coche Gabi. Y, por un instante, pensé que ella pudiera seguir allí y pudiera salvarme de ellos, pero enseguida deduje que aquel cuarto de hora esperando un bus que no había llegado era demasiado tiempo.

Caminábamos en silencio.

E íbamos los tres.

Pero yo me sentía sola, realmente sola.

Y mi corazón no hacía más que golpearme el pecho, avisándome de que algo iba mal.

Pero yo intentaba tranquilizarme.

Caminar cincuenta metros más.

Subirme en el asiento trasero de su coche.

Esperar, recorrer, diez minutos.

Y estar a salvo.

El silencio se llegó a hacer incómodo. Yo, al lado de Carolina, me sentía empequeñecida.

Y sentía que procedía alguna frase más, hablar de algo más antes de llegar al parking, por superficial que fuera, pero no era capaz de articular nada.

Carolina, entonces, le dijo algo a Ricardo. Algo en tono bajo. Algo que no entendí.

Y él le respondió algo.

Otra vez, algo que no escuché.

Yo, caminando junto a ellos, cruzada de brazos, sentía mi corazón retumbar. Y me sentía víctima sin quizá serlo. Y me sentía casi paranoica, o sin el casi. Como si ellos conspiraran contra mí.

Apenas faltaban unos pocos metros para llegar cuando se levantó otra ráfaga de viento; viento que nos azotó de frente, abriendo el abrigo de Carolina hasta que ella lo contuvo, y entonces me llegó su olor, su perfume, aquel que había olido en el despacho. Aquel perfume caro. Aquel olor sutil, fino… Y otra vez mi mente imaginó, y yo quise huir de esas imágenes, pero no era capaz… Otra vez mi mente me llevó a Ricardo disfrutando, penetrando aquel cuerpo refinado… Otra vez degustando y sometiendo la elegancia de la mujer que caminaba a mi lado. Y otra vez no me lo podía creer y, a la vez, estaba convencida de que era cierto.

Yo estaba tentada de hacerme con mi teléfono para saber qué me había respondido Jorge y a qué hora llegaría, pero me dije que lo miraría después, ya en el coche.

Finalmente, llegamos a la entrada del parking: una rampa de asfalto que bajaba y una acera estrecha que descendía a su lado.

Irremediablemente nerviosa, bajaba la última por la rampa de la acera.

Y entonces, sonó un teléfono.

Un timbre agudo, que no era el mío.

Carolina se detuvo un instante, apenas un segundo, y se llevó la mano al bolso. Sacó el móvil, lo miró mientras seguíamos caminando y, aunque no resopló ni hizo gesto alguno, noté un leve endurecimiento en su gesto. Parecía dudar si responder.

Se tocó el pelo, se lo acomodó detrás de la oreja con un gesto rápido, casi automático. Luego se ajustó el bolso al hombro.

La melodía seguía mientras ya entrábamos en el interior, en el cemento liso y brillante, iluminados por luces frías que temblaban sobre los coches aparcados.

El eco de nuestros pasos solapaba aquella melodía que seguía brotando de la mano de Carolina hasta que ésta se apagó.

Caminamos hacia la izquierda, hacia el cajero automático, que era una máquina extrañamente grande y amarilla, iluminada por un neón blanco, mientras Ricardo se metía la mano dentro de su chaqueta y sacaba su cartera.

Y entonces volvió a sonar el teléfono de Carolina.

Ella lo miró sin detenerse.

Ricardo, esta vez, sí habló. Su voz salió baja, contenida, casi como una orden disfrazada de consejo:

—Mejor cógele la llamada…

Carolina lo miró un instante, como sopesando si hacerle caso.

La pantalla seguía iluminando su mano.

La melodía, quizás por el eco de allí abajo, parecía atronar incluso más.

Yo me sentía incómoda.

Sentía un desasosiego constante.

Solo quería subirme a aquel coche y aparecer en casa, como si pudiera teletransportarme.

Y entonces ella deslizó el dedo para aceptar la llamada.

—Sí… Dime —respondió con un tono suave.

Se giró ligeramente, dándome la espalda, caminando unos pasos hacia el refugio de una columna, buscando privacidad.

Ricardo, de pie, junto a la máquina amarilla, me miró entonces.

Directamente.

Sin disimulo.

Sus ojos bajaron a mis piernas.

A mis medias.

Otra vez.

Yo no miré abajo.

Pero sentí el brillo.

Ese brillo que aún no sabía si era del todo real.

Desvié la mirada.

Quise respirar hondo, pero no pude.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Él no había dudado en aprovechar aquel fugaz instante en el que Carolina se había alejado para atacarme con sus ojos oscuros.

Yo, con la mirada en la nada, me giraba, sin darle la espalda del todo.

Y suspiré.

Expuesta.

Observada.

Cruzada de brazos, cubriendo mi torso, pero no podía esconder mis piernas, y mis medias.

Unos segundos eternos y angustiosos tras los cuales no sabía si ya pagaba en la máquina o si me seguía mirando. O si era capaz de hacer las dos cosas casi a la vez.

La voz de Carolina, al fondo, sonaba seria. Baja. Íntima.

Me atreví a alzar la vista hacia Ricardo.

Afortunadamente, había dejado de mirarme… y se hacía con un ticket que le devolvía la máquina.

—Espera, Miguel, que no te escucho bien—se oyó decir entonces a Carolina.

Y otra vez pasos. Ella se acercaba y Ricardo se volteaba.

—No tengo casi cobertura. Voy a subir un momento. Recógeme arriba, fuera, justo por donde entramos. Espera, te dejo el abrigo ya —dijo Carolina entre susurros, frente a Ricardo, tapando como podía el teléfono con la mano.

Luego se giró, dándole la espalda, y Ricardo le retiró el abrigo con suavidad, mientras ella pasaba su bolso y su teléfono de una mano a la otra para facilitarle el gesto, quedando ya con la chaqueta de traje, que remataba el conjunto elegante junto a la falda.

Ya sin el abrigo, se ajustó el bolso al hombro y empezó a alejarse. De vuelta hacia la bajada por la que habíamos entrado.

Sus tacones creando aquel eco.

Atusándose el pelo. Algo tensa.

Y dejándome sola con él.

—Tome usted —dijo entonces, autoritario y burlón, Ricardo, ofreciéndome el abrigo de Carolina.

Abrigo que cogí y que plegué sobre mis brazos.

Y él comenzó a caminar, en la dirección opuesta a Carolina, y yo iba con él.

Y agobiada, angustiada, mientras él sacaba el mando del coche de su abrigo, le pregunté:

—Y el coche… ¿dónde está?

Mi voz había salido desesperada, temblorosa. Y ni siquiera mi pregunta tenía demasiado sentido.

Y entonces él, recolocándose las gafas con un toque breve para empujarlas un poco hacia arriba, esbozando una mueca, y mientras seguíamos caminando, dijo:

—Uf. Lejísimos. En el menos tres.

Y yo temblé. Temblé mientras el eco de los tacones de Carolina ya sonaba lejanísimo.

Y otra vez aquellas ganas de desaparecer.

Aquellas ganas casi de llorar.

Cuando entonces él alargó su brazo, apuntando con el mando a un coche oscuro, y las luces de ese coche alargado se iluminaron y resonaron, a apenas diez metros, y en su rostro se dibujó una sonrisa de mofa sádica.

Y yo contuve un suspiro de alivio…

… mientras seguíamos caminando.

Apenas unos pocos pasos más y llegamos al coche por su parte trasera.

Él abrió el maletero con un gesto mecánico y, sin decir nada, comenzó a quitarse el abrigo. Yo me detuve a su lado, sosteniendo el de Carolina entre mis brazos, sin saber qué debía hacer. Sentía el

calor atrapado en la tela, el perfume tenue, la responsabilidad absurda de no estropear nada.

Ricardo colocó su abrigo dentro del maletero con un extraño mimo, casi ceremonioso, extendiéndolo bien, con cuidado. En el interior no había absolutamente nada. Ni una bolsa. Ni un papel. Nada.

Yo seguía quieta, sin atreverme a mover un dedo.

Él me miró de reojo.

—Venga —dijo—. ¿Qué hace? ¿A qué espera? Póngalo ahí.

Me atravesó un escalofrío. No tanto por la frase, sino por el tono. Ese tono suyo, déspota, impaciente, como si tuviera el derecho de ordenarme. Cuando me trataba de usted sonaba especialmente ofensivo.

Solo llevaba mi bolso y el abrigo de Carolina y aun así me sentí desbordada. Me descolgué el bolso del hombro y lo dejé dentro del maletero, a un lado. Lo hice con prisa y con la idea de volver a cogerlo después y llevármelo al coche. Después coloqué el abrigo de Carolina como pude, temblando, intentando imitar la forma en que él había puesto el suyo. Lo extendí, lo alisé, lo acomodé… y en ese instante sentí cómo, a mi lado, él también se estaba quitando la chaqueta.

Me quedé inmóvil.

El resplandor azul de su camisa brotaba a mi lado. Dobló su chaqueta y la metió también en aquel maletero grande, de berlina espaciosa. Lo hacía sin prisa, sin brusquedad, pero con cada pequeño movimiento esbozaba un jadeo, un quejido. Luego pasó por detrás de mí. Sentí su presencia al borde de mi nuca, su respiración leve.

Dio un paso, como si fuera a dirigirse hacia el asiento del conductor.

Pensé que me ordenaría que cerrase el maletero y me sentase en los asientos traseros.

Yo casi iba ya a hacerme con mi bolso.

Pero no.

Detrás de mí… habló:

—Yo me quitaría también la chaqueta. En el coche me gusta que haga calor…

Me quedé rígida.

El silencio entre nosotros se volvió insoportable. Yo notaba su presencia detrás, como si me empujara con solo existir.

—¿Sí…? —susurré, sin mirarlo, sin darme la vuelta.

—Sí —dijo él, férreo, seco.

Y su orden quedó suspendida en el aire frío del parking, pesando sobre mis hombros más que la propia chaqueta.

Sentí que no había réplica posible. Ni alternativa real.

Mi corazón empezó a golpearme el pecho con una fuerza aún más incómoda.

Respiré hondo.

Me dije que no pasaba nada. Que no era para tanto.

Y muy despacio llevé las manos a mi chaqueta rosa para quitármela. La seda blanca de mi camisa —tan fina, tan liviana— se despegó del tejido caliente de la chaqueta con un susurro inaudible. Al deslizarla por mis brazos, un frescor súbito me recorrió la espalda, la nuca, los hombros. Era como quedarme casi desnuda. No por la prenda, sino por la mirada que sabía —sabía— que él me clavaba desde atrás.

Podía imaginar cómo me observaba con lascivia: la línea del sujetador marcada bajo la seda, la curva completa de mi espalda, la tensión leve de mis omóplatos al respirar y mi cintura estrecha, ceñida aún más por la camisa perfectamente metida bajo la falda.

Y me descubrí preguntándome, inmóvil frente al maletero, qué atrapaba más su atención desde ese ángulo fijo: si la forma de mi espalda arqueada… o mis nalgas, contenidas bajo la falda y ofrecidas sin querer, quietas, expuestas, a una distancia indecente de sus ojos.

Esa duda —ese saberme observada sin saber dónde— hizo que me ardiera el pecho: la sensación asfixiante de estar ofreciéndole aquella visión limpia y nítida como una cría dócil, obediente, como si él tuviera derecho a mirarme así.

La seda, fría, parecía delatar además cada respiración; parecía traicionarme, pegándose a mi piel para que él pudiera leerla, medirla, disfrutarla sin que yo pudiera hacer nada más que aguantar el sofoco humillante de su atención.

Me temblaban los dedos.

Me temblaban las piernas.

Al desprenderme de la chaqueta, no supe exactamente dónde dejarla. Como si no quisiera posarla sobre sus abrigos. Me incliné más sobre el maletero y la seda de mi camisa cayó hacia delante, ligera, resbalando sobre mi piel, creando un escote enorme que, afortunadamente, él, detrás de mí, solo pudo imaginar. Y sentí el aire frío colarse por esa abertura que se creaba en la parte superior de mi pecho, y mi collar de perlas ondeó, agitándose por mi movimiento.

Mi falda se tensó, inevitablemente, y yo alargué los brazos, terminando de dejar la chaqueta bien colocada.

Y luego…

Me erguí.

Despacio.

Sintiendo —no oyendo: sintiendo— su presencia detrás. Ese calor suyo contenido. Ese espacio invadido por un cuerpo masculino que

no tocaba, pero que emitía una fuerza que no me permitía casi ni respirar.

Y entonces lo escuché.

A un palmo de mi nuca.

—Joder…

Pronunció eso: joder…

No fue un joder de impaciencia.

No fue de enfado.

Fue un "joder" bajo, desesperado, ardiente, contenido.

Un sonido casi arrancado del fondo de su pecho.

Un resoplido, casi un bufido… extrañamente rabioso…

… y… sobre todo…

… sexual.

Mi corazón explotó violentamente. Me quedé sin aire.

Miré hacia abajo, instintivamente.

Y lo vi.

Otra vez.

El encaje blanco, asomando por debajo de las medias. Tan mínimo. Pero tan evidente. La falda, subida un poco por mi inclinación anterior hacia el maletero.

El borde brillante, traidor, expuesto.

Sentí cómo la sangre se me helaba.

Cómo el suelo, de repente, parecía más frío.

Cómo mi cuerpo se quedaba rígido, petrificado.

Y su respiración…

Justo detrás.

Justo encima de mí.

Yo, bloqueada, no supe qué hacer.

Mis brazos caían muertos.

Zapatos, medias, falda, camisa: todo expuesto ante él.

Y, en medio del recorrido de sus ojos sobre mi cuerpo, aquella tira blanquísima, aquel encaje blanquísimo, asomando con nitidez obscena entre el nylon de las propias medias y el gris de la falda.

Quise reaccionar; mis manos fueron a mi falda, para bajarla.

—Shhh… Quieta-quieta-quieta… —escuché al instante, a toda velocidad, su aliento en mi nuca.

Como un resorte, mis manos soltaron mi falda.

Otra vez mis brazos muertos.

Otra vez mi corazón: "pum-pum, pum-pum, pum-pum".

Y otra vez:

—Joder… —jadeó, detrás de mí.

Cerca.

Muy cerca.

Y entonces sucedió:

Se pegó a mí.

Sentí su pecho, pesado, contra mi espalda; su abultada tripa atacando mi espalda; su olor rancio, denso, el olor de un hombre que había bebido, sudado.

Cerré los ojos, temblando.

Era demasiado.

Demasiado cerca.

Demasiado él.

Y mi cuerpo…

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza.

Un frío súbito en la piel.

Un calor agobiante por dentro.

Un mareo breve.

El vértigo de sentir su mentón casi rozando mi hombro desde atrás, asomándose por encima de mí como si fuera a atacar mi cuello.

Un temblor.

Otro.

Aguanté la respiración.

Sentí su rostro inclinarse.

Sentí su aliento en mi cuello.

—No… no… no —pensé, incapaz de moverme.

Y entonces…

Sus manos.

Otra vez.

En mi cintura.

En mi cadera.

Firmes.

Colocadas con seguridad, con ansia.

Me apretó apenas, como si quisiera probar el tamaño de mi cuerpo, mi forma, mi consistencia, entre sus dedos.

Mi corazón iba a reventar.

El olor de él se volvió un vapor caliente que me subía por la espalda.

Mi sudor frío empapaba mis axilas, mi canalillo, mis clavículas.

Y, por un instante terrorífico, creí que iba a besarme desde atrás: la nuca, la base del cuello, el lóbulo de mi oreja… cualquiera de esos puntos donde yo sabía que, si lo hacía, me derrumbaría.

Pero no.

Lo que vino quizás fue peor.

El tirón.

Un tirón brusco.

De mi falda.

Hacia arriba.

Un gesto rápido, decidido, brutal.

La tela subió de golpe.

—¡Ah…! —escapó de mi boca. Un quejido corto; no de dolor, sino de sorpresa, de angustia, de incomprensión.

Sentí el aire frío morder mi piel.

Sentí la desnudez real, completa.

Y, de inmediato, su aliento se alejó un poco.

Como si retrocediera un paso.

Miré hacia abajo.

Y ahí estaba.

El encaje totalmente expuesto.

Totalmente.

Y la falda tan arriba que yo veía incluso la piel —la carne— de mis muslos, desnuda, clara, allí donde el encaje ya no llegaba. Y, al ver eso, supe —lo sentí— que por detrás él debía estar viendo aún más. Mucho más. Quizá incluso parte de la curva de mis nalgas.

Mi falda ceñida, recogida arriba, de una forma indecente, imposible de justificar.

Me quedé helada.

Petrificada.

El silencio fue insoportable.

Y temblé.

Y me quise revolver.

Protestar.

Rebelarme.

Y empecé a voltear mi rostro… y a mover mis manos.

Y entonces escuché su voz, áspera, ahogada, detrás:

—¡Shh…! Quieta. No. No te gires… Joder… no te gires…

… Dios… quieta…

… No te gires.

…

…

Y entonces, sin saber por qué,

cumplí.

Obedecí.

No me moví.

No me giré.

Pero mi cuerpo temblaba en espasmos, en escalofríos, con una tiritona angustiante.

Muerta de frío, en aquel gélido garaje.

Expuesta.

Y entonces,

un sonido.

Atroz.

Horrible.

Espantoso.

Un sonido que anunciaba algo tan terrible que sentí un espasmo brutal, tan fuerte que creí que me haría desmayar.

Un sonido metálico.

Un tintineo.

Un cinturón.

Una hebilla.

Una cremallera bajándose…

… Un "ziiiiip…" largo, martilleante, aterrador.

Ruido de ropa moviéndose, siendo desplazada, bajada.

Temblé. Allí. De pie. Con mi falda subida. Con mis medias expuestas. Frente a aquel maletero abierto.

—No te gires… —me susurró.

Mis brazos caían muertos.

—Joder… Dios… —jadeó, de forma desesperada.

Y entonces, dos sonidos, como dos golpes de ropa.

Cerré los ojos.

Otra vez creí que me desmayaba…

Y, de repente,

un contacto.

Su mano en mi hombro. Sobre mi camisa.

No me apretaba.

No se apoyaba.

Me fijaba.

Me sometía.

Y otro sonido:

—Oh…

Suyo.

Corto.

Placer. Placer gutural, profundo. Placer físico.

Y un tintineo.

Y un temblor.

En él. En su cuerpo, detrás de mí. En su mano, que no me apretaba, pero que sujetaba mi hombro.

El temblor de su cuerpo. Su ropa desplazada. El tintineo de su cinturón colgante. Su "Oh…" de placer.

…

…

Se estaba masturbando.

Pajeando.

Detrás de mí.

No lo veía. No podía verlo. Pero lo oía. Y lo sentía.

Sentía su respiración rompiéndose, esa especie de gemido contenido que vibra en el pecho de un hombre cuando se abandona, cuando algo le desarma por completo. Sentía cómo el aire se cargaba de él, de su calor, de su necesidad. Sentía su mano en mi hombro, fija, clavada, como si necesitara ese punto de apoyo, o para sentirme, para sentir la causa, la causante de abandonarse así.

Y yo…

Yo temblaba.

Temblaba de una forma que no me había temblado nunca el cuerpo.

Frío y calor al mismo tiempo.

Pánico y turbación.

Humillación y algo que no quería nombrar… Otra vez aquel espasmo entre mis muslos.

Y un sonido, rítmico: el tintineo de su cinturón.

Y otro "Oh" suyo, placentero… atroz…

… horrendo.

Yo temblaba y me imaginaba, vistos así: aquel señor, con una mano posada sobre el hombro de una chica, masturbándose, con los pantalones a medio bajar; apuntando con su polla hacia adelante, hacia ella, hacia su falda, hacia sus medias, hacia la parte baja de sus nalgas…

Me arrugué por dentro.

Me encogí ante su respiración, ante sus jadeos.

Mi nuca ardía con el pulso de su aliento, que subía y bajaba, cercano, casi rozándome el cabello.

—Clic-clic-clic-clic-clic —se agitaba a toda velocidad la hebilla de su cinturón, que colgaba de su pantalón, indicándome la frecuencia rápida de su paja.

Mi corazón golpeaba mi pecho como si quisiera escaparse.

Y, aun así…

no me giraba.

No me defendía.

No lo detenía.

No decía nada.

Quizás porque lo sentía.

Quizás porque sentía que todo eso —esa exposición, esa vergüenza, ese temblor— no solo me destruía… me encendía.

Me convertía en alguien que no sabía que podía ser.

Y entonces, él se acercó más.

Mucho más.

Tanto que la presencia de su cuerpo se volvió un peso contra mi espalda, una sombra envolvente que me hizo cerrar los ojos de

golpe. La seda de mi camisa se tensó contra mi piel, marcándome por completo, delatando cada respiración.

—Dios… —me susurró él, excitadísimo.

Y yo entonces, sin querer, y sin entenderlo, solté un jadeo mínimo, ahogado, que me incendió de vergüenza y de algo más fuerte aún. Algo que me hizo apretar los muslos.

Sentí su rostro casi asomarse por mi hombro, su mentón muy cerca de mi mejilla.

Esa cercanía me partía en dos.

Mi cuerpo se inclinó hacia adelante un milímetro, involuntariamente, como huyendo… o como ofreciéndose.

Su mano en mi hombro tembló.

Tembló contra mi piel, sobre mi camisa.

Un temblor que no era de frío.

Y yo…

Yo no podía pensar.

No podía respirar.

No podía entender cómo algo tan sucio, tan devastador, tan repulsivo… podía estar haciéndome sentir así, allí, frente al maletero abierto, con mi falda subida, con mis medias expuestas, con su sombra fundiéndose con la mía.

Y entonces… otro jadeo.

Mío.

Éste más nítido.

Un “Ahhh” preciso, claro y, a la vez, equívoco.

Un “Ahhh” que supe él había escuchado.

Un “Ahhh” que no había sido de deseo, sino de desconcierto, de impacto, de tensión.

Y, al instante, se retiró un poco. Casi un paso atrás, y me susurró:

—Sí… joder… gime…

—Clic-clic-clic-clic-clic.

—Joder. Gime. Venga.

—Clic-clic-clic-clic-clic.

Y entonces yo…

Me abandoné.

No fingí.

No exageré.

Solo dejé salir el aire. La tensión.

—Ahhh…

—Dioosss… —exclamó él al escucharme, apretando ahora sí más mi hombro con su mano enorme.

—¡Ahhh…! —repetí, con los ojos cerrados, con los brazos cayendo muertos, con la falda subida.

—Clic-clic-clic-clic-clic —rebotaba aquella hebilla.

—Ahhh… —gimoteaba yo.

—Dioosss… —jadeaba él.

Y entonces lo sentí. En su voz. En su temblor. En el estrés al que llegaba aquel tintineo…

Sentí que estaba a punto de correrse…

Y, mientras le regalaba otro "Ahhh…"

Lo deseé.

Deseé su orgasmo.

Su explosión.

La imaginé.

Y mi sexo, mi coño, palpitó.

Mi coño palpitó y mis muslos se tensaron mientras él apretaba mi hombro, su cinturón tintineaba, él jadeaba y yo le regalaba unos "Ahhh" que no eran del todo sinceros ni del todo falsos.

Mi coño vibraba mientras me imaginaba que se corría… allí, de pie, detrás de mí. Y yo jadeaba otro "Ahhh…" mientras imaginaba que explotaba sobre mí, que me manchaba, que me rociaba con un semen blanquísimo sobre mi falda, sobre mis muslos, sobre mis medias… de puta… sobre la parte baja de mi camisa de seda. Y él jadeaba un "Diooos…" ardiente en mi nuca mientras yo imaginaba esos latigazos de calor sobre mi piel y sobre mi ropa… Y LO DESEÉ, lo deseé con todas mis fuerzas, con todo mi cuerpo… que se corriese sobre mí… Y en mi mente, tras un "¡Ahhh-ah-ah!" entrecortado y absolutamente sincero… y mientras sentía su olor corporal detrás de mí… quise sentir el tacto y la humedad sucia de su semen… marcándome… humillándome…

Y entonces…

Todo se detuvo.

Lo sentí primero en la tensión de su mano sobre mi hombro.

Supe… que no seguía. Que no seguiría.

El tintineo cesó.

Sus gemidos se apagaron…

El silencio se hizo absoluto.

Y entonces, detrás de mí, su voz, farfullada, atropellada, afligida:

—Joder… no puedo… Joder…

… Si eres…

… una niñita…

… Una niñita, joder.

Petrificada.

Hierática.

Escuchaba cómo daba un paso atrás.

Y, otra vez, el sonido de telas, de ropas recomponiéndose.

Y su frase aún rebotaba en mi cabeza, en todo mi cuerpo.

*Si eres una niñita, joder...*

Y entonces susurró:

—… Bájate la falda y entra en el coche.

Yo no entendía nada…

Pero un súbito sentimiento de vergüenza me atacó.

Me aniquiló.

Y entonces, antes de que me hubiera movido, él apareció por mi lado y cerró el maletero, creando un estruendo.

Y entonces sí… comencé a bajarme la falda…

… mientras él ya se alejaba, yendo hacia la puerta del conductor.

A pesar del frío gélido… me ardía todo: las piernas, el cuello, las mejillas… los muslos.

Y ya no sabía si era vergüenza… o bochorno… o vértigo por lo que casi había sucedido…

… o pánico por lo que había llegado a desear.

A duras penas pude bordear el coche hasta alcanzar una de las puertas traseras.

Mis tacones golpeando el suelo del garaje, reprochándome.

Los asientos de cuero me recibieron, acusándome.

Cerré la puerta.

Mi corazón seguía a punto de explotar.

Y entonces él arrancó el motor… y, esquivo, con un tono diferente, casi abatido, casi tierno, susurró:

—Ponte el cinturón, anda… que si no esto se va a poner a pitar como un loco.

Y comenzamos a avanzar, hacia la salida, hacia una Carolina que tenía que estar sospechando… ya que no era normal tardar tanto en ir a recoger el coche.

Me puse el cinturón y miré hacia el espejo retrovisor, donde se reflejaban sus ojos, tras sus gafas.

Ojos que me estaban mirando.

Y fue mirarlo yo a él… a través del espejo…

… y él desviar la mirada.

# 15. No pulsé el botón.

El coche avanzó despacio por el interior del parking. El hormigón húmedo devolvía el ruido del motor y de los neumáticos. Yo, sentada en el asiento trasero, con el cinturón cruzándome el pecho, sentía el temblor en los muslos, un residuo eléctrico que no se iba. La piel me ardía y, al mismo tiempo, tenía frío. Un frío incómodo, clavado en la espalda, en la nuca, en la parte baja del vientre. Me costaba respirar con normalidad; cada inhalación era demasiado corta, demasiado consciente.

No podía dejar de sentir su mano.

No la presión, sino el recuerdo exacto del peso, del punto concreto donde había reposado, como si mi cuerpo se negara a olvidarlo.

Y lo peor no era eso.

Lo peor era que, en algún lugar vergonzoso de mí, algo seguía despierto.

Me odié por ello.

Apreté las piernas sin darme cuenta. Luego las separé de golpe, como si me hubiera sorprendido a mí misma haciendo algo indecente.

Y me sentía desnuda, sin la chaqueta, y sin mi bolso y mi teléfono, que se habían quedado en el maletero. Sin nada a lo que agarrarme: una chaqueta que me cubriera y me diera calor, un mensaje de Jorge que me hiciera anclarme a mi mundo real, a mi vida normal.

Llegamos a la barrera de la salida. Ricardo bajó la ventanilla, estiró el brazo y murmuró entre dientes, incapaz de alcanzar la ranura donde debía introducir el ticket.

Yo no me podía creer que aquel hombre se hubiera masturbado detrás de mí.

Aún resonaba en mi mente el sonido de aquel "clic, clic, clic, clic" angustioso, febril, impúdico.

Aún vibraba en mi imaginación su gesto, aquel vaivén de su mano sobre un miembro que yo no había visto ni había querido ver…

… No me podía creer que hubiera deseado que eyaculase sobre mí.

Al final tuvo que soltar su cinturón de seguridad y abrir un poco la puerta para poder encajar el ticket dentro de la ranura. La máquina pitó, la barrera se levantó, él volvió a ponerse el cinturón y el coche emprendió la subida.

Él me miraba de vez en cuando a través del espejo retrovisor. Podía sentirlo, pero su mirada era distinta.

Ya no era intimidante, ni de control, ni de dominio. Era diferente. Una mirada que yo no entendía.

Arriba, casi en la boca del parking, esperaba Carolina. Seguía hablando por teléfono, de espaldas a nosotros. Llevaba la minifalda y la chaqueta, el bolso colgado del hombro. Al vernos aparecer, se giró apenas, se tocó el pelo y parecía despedirse antes de colgar.

Se acercó al coche mientras yo me preguntaba si sospecharía de nuestra tardanza. Sentía que el tiempo se había detenido. Miré mi reloj de muñeca mientras ella se subía al coche: las 23:04. No había pasado tanto tiempo. Quizás toda aquella sucia obscenidad con Ricardo no había abarcado más de tres o cuatro minutos.

Sentí su premura. La puerta se cerró y ella no dijo nada.

Y noté su olor. Lo noté porque me di cuenta de que todo el coche olía a él, a Ricardo, y solo durante un suspiro ella había conseguido solaparlo.

No hizo alusión a nuestra demora. Tampoco al frío que debió sentir a la intemperie y sin abrigo.

Todos sabíamos que había discutido con el marido. Era palpable en su silencio, en su rictus, en su contenida gestualidad.

Entonces, cambiando el semblante e intentando sonar dócil y amable, y girándose un poco, susurró:

—Tú… entonces… María… ¿por dónde habías dicho que vives?

A mí se me hizo extraña la pregunta, y me aclaré la voz y me incliné un poco hacia adelante para contestar.

Apenas había pronunciado media frase y ella me interrumpió:

—Eso está cerca de la entrada de la autopista, ¿no? —dijo, ya mirando hacia Ricardo.

—Mmm… sí —contestó.

Se hizo entonces un silencio, solo ligeramente enterrado por el zumbido del climatizador automático, que parecía elevar un grado por segundo la temperatura de aquel habitáculo.

Unos instantes más tarde, y detenidos ante un semáforo, la escuché murmurar:

—Ricardo, mira, Miguel está insoportable. Ya te imaginas… —le susurró ella.

Él no la miró, pero lo entendió. Se notaba que aquello no les era ajeno, que ya lo habían vivido antes, incluso como un frente común.

—¿Quieres volver esta noche? A mí me da igual —le dijo él.

—Pues me haces un favor, la verdad. Como pase la noche en el hotel lo voy a tener toda la semana mosqueado.

Se hizo otro silencio.

El coche arrancó.

—Yo lo tengo todo recogido, o casi. ¿Tú? —susurró ella.

—Mmm… —dudó Ricardo—. No… pero bueno, nada que no se pueda recoger en diez minutos —contestó serio.

El coche tomó un desvío tras el cual, Carolina, girándose otra vez un poco hacia atrás, hacia mí, dijo:

—Chica, María… tenemos un problema. ¿Te importa que pasemos por el hotel, hagamos *checkout*, después te dejemos en casa y ya cojamos la autopista? En… ¿qué…? En… —dudó, mirando su reloj de muñeca— en media hora estás en casa…

No supe qué responder. Ni si existía siquiera la posibilidad de negarme. Qué podía decir.

Sentí que todo se me ponía en contra, una vez más, como si incluso pedir llegar a casa fuera demasiado; como si ellos —ella también— se empeñaran en no soltarme, en retenerme allí cuando yo ya no podía más.

Acepté con un ronroneo sutil, y con un "vale" timorato.

Otra vez aquella cría que yo no era.

Acepté aunque no quería.

Acepté aunque solo quería irme a casa.

Acepté, sin nada a lo que agarrarme: sin mi teléfono, sin nada. Solo podía mirar por la ventanilla, en silencio, e intentar olvidar lo que había sucedido y lo que había sentido.

Fueron unos minutos de silencio en los que tomábamos desvíos, pasábamos cruces, nos deteníamos en semáforos y en los que el aroma de aquel coche —a antiguo, a rancio, a hombre, a señor en el peor sentido— me embriagaba y me afligía, llevándome una y otra y otra vez a sentir su mano en mi hombro, su aliento en mi nuca… y su masturbación detrás de mí…

Cruces, semáforos y desvíos que me mecían en unos recuerdos obscenos, en una vivencia sexual prohibida, en un deseo extraño,

desconocido, que me obligaban a volver a aquella frase suya, a aquel: *si eres una niñita, joder*…, que lo había detenido todo.

Y, de vez en cuando, sentía su mirada a través del espejo, y otra vez la encontraba; pero la encontraba esquiva y quizás culpable. Todo lo contrario a todas sus miradas anteriores.

El coche se internó en el parking subterráneo del hotel y Ricardo aparcó en una de las plazas más alejadas de la entrada. El motor se apagó y el silencio fue roto por el "clic" de tres cinturones de seguridad desabrochándose casi al unísono.

Necesitaba moverme. Salir de allí.

Era como si sentada, allí detrás, me sintiera aún más diminuta.

Al bajar del coche, el frío del parking me golpeó de lleno en los brazos como si no llevara la camisa, como si no llevara nada.

—Mi bolso… —dije, casi al instante—. Y el teléfono.

Ricardo cerró su puerta con un gesto seco.

Yo era consciente de que mi petición había sonado exageradamente alarmada; poco menos que como si estuviera o me sintiera secuestrada.

—Subimos y bajamos enseguida —respondió—. No hace falta.

Aquel *enseguida* me crispó. Sentí una urgencia irracional, una necesidad casi física de recuperar algo mío.

—Quiero coger el bolso —insistí.

Carolina, que ya había rodeado el coche, se detuvo y nos miró a los dos. Su tono fue práctico, sin dramatismo:

—Déjala coger el bolso, Ricardo. ¿Qué más te da?

Ella sabía llevarlo. Y yo no tenía muy claro quien mandaba. A veces parecía que él, a veces parecía que ella se dejaba hacer; a veces

parecía que era él quien permitía sus rebeliones.

Él pareció torcer el gesto, o quizás no, era como si fuera otro desde aquel "niñita". Un otro que quizás intimidaba aún más, como si pudiera culparme por lo sucedido… O lo que fuera. Pero era algo que me asfixiaba incluso más que sus miradas sucias y obscenas.

Fue hacia el maletero y lo abrió. Sacó mi bolso y me lo tendió sin decir nada.

Lo cogí al instante. Y saqué mi teléfono de su interior.

Me colgué el bolso al hombro; el peso conocido, el móvil en mi mano, frío, real. Un alivio tan absurdo como inmediato.

Y pensé que cogería también las chaquetas.

Pero no.

Cerró el maletero sin más y echó a andar, junto con Carolina, como si aquello ya estuviera resuelto.

Desbloqueé la pantalla, vi una nota de voz de Jorge de casi un minuto…

… y un dos por ciento de batería.

Guardé el teléfono sin escucharla todavía. Y comencé a andar detrás de ellos.

El parking estaba envuelto en un aire húmedo, pero no tenía el mismo abandono del otro. Era distinto: más limpio, más neutro.

Carolina caminaba delante, con la falda y la chaqueta, los tacones marcando un ritmo seco y regular sobre el cemento. Su porte era firme, casi impecable, pero no lograba disimular del todo la inquietud.

El motivo era evidente: su marido no quería que pasara la noche en el hotel con Ricardo.

Así. Así de crudo. Quizás una sospecha exagerada… Quizás verdad…

Y yo, caminando detrás de ellos, mientras veía el trasero ancho de don Ricardo, su camisa azul enorme, sus zapatos resonando con un peso grave, no podía creer que fuera cierto… que se la follaba… que aquel señor horrendo se follaba a aquella mujer impresionante…

No lo podía creer y a la vez casi lo sabía con certeza.

Y pensaba en eso, y lo visualizaba sin quererlo… siempre yendo detrás… sintiendo el aire casi helado chocando contra mis medias, contra mis muslos; sintiendo en mi piel, en mi carne, las medias… de zorrón… de… *puta…* como había susurrado Ricardo en mi oído.

Nadie hablaba. Nadie hablaba y el frío se me metía por el escote, fluía hacia mis pechos y me obligaba a cruzar los brazos, otra vez para protegerme de algo más que del frío.

Nadie decía nada.

Solo el eco de los pasos.

Llegamos al ascensor. Las puertas se abrieron al instante. Entramos los tres.

El ascensor arrancó desde el –1 hacia arriba y vi pasar el indicador luminoso sin que nadie lo detuviera en un salvador: lobby, recepción, planta 0…

… y no tuve los reflejos de hacerlo yo, de pulsar aquel botón.

… quizá porque me había imaginado, de forma inconsciente, esperándolos en recepción…

… quizá porque hacía horas que era incapaz de decidir nada.

Subía con ellos.

Planta 1.

Planta 2.

Planta 3.

Nadie hablaba.

Nadie se miraba en el espejo.

Carolina estaba más cerca de mí, pero todo olía a Ricardo.

Saqué el teléfono del bolso.

Batería: 1%.

Las puertas se abrieron en la sexta planta.

Carolina se adelantó, saliendo la primera. No apresurada, pero sí ágil, resuelta, como si se sintiera responsable del cambio de planes, de obligarme a llegar tarde a casa, de obligarle a él a conducir hasta tan entrada la noche.

Ella iba unos pasos por delante, internándose en un pasillo enmoquetado y larguísimo.

Ricardo rebuscaba en su cartera.

Yo, caminando al lado de él, ajustaba mi bolso al hombro y apretaba mi teléfono en mi mano.

Y entonces Carolina, pasando de largo de una puerta pero deteniéndose poco después —dejando claro, al pararse allí, que sabía que esa era la habitación de Ricardo— dijo:

—Recojo rápido, bajo y ya hago el *checkout* de los dos. ¿Qué tardas…, diez minutos…?

—Sí. O incluso menos —respondió Ricardo, y metió la tarjeta en la ranura…

… y Carolina reinició la marcha…

… dejándome, otra vez… a solas con él.

# 16. Sospecha de perversidad.

—Pase usted.

Lo dijo sin burla. Sin aquella media sonrisa. Con un tono plano que me desconcertó más que cualquier ironía anterior.

Sentí un cambio de temperatura al instante: bochorno, espesura, calor, tan pronto como comencé a caminar por delante de él. Unos pocos pasos y escuché cómo introducía la tarjeta en el pequeño dispositivo junto a la pared, y todo se iluminó. La habitación olía a cerrado. Y, por debajo, a él. A su colonia densa, a tela usada, a algo masculino y pesado que se había quedado flotando en el aire. Las cortinas estaban corridas. Cerró la puerta tras de mí.

—Joder, me dejé puesto el aire o qué —masculló al instante, percatándose también del calor.

Y yo me quedé de pie, a un lado, con el bolso colgado del hombro y el teléfono en la mano. Mi única intención era esa: no moverme, escuchar la nota de voz de Jorge —si la batería aguantaba— y marcharnos cuanto antes. Pensé en el retraso del tren. Pensé que seguramente aún no habría llegado. Que tal vez llegaríamos a casa casi a la vez. Aquella idea me sostuvo apenas un segundo.

—Vaya recogiendo usted, hágame el favor —dijo entonces, a mi espalda, mientras se dirigía al aseo.

Me quedé inmóvil, súbitamente acalorada, y sola, en mitad del dormitorio, sin entender nada. Frente a mí, una maleta abierta sobre un soporte metálico, con ropa doblada a medias. Camisas. Pantalones. No sabía por qué había tanta ropa y, sobre todo, no entendía —y me perturbaba— que él pretendiera que yo recogiera sus cosas.

Todo estaba a medio desordenar. Ni siquiera la cama estaba hecha ni deshecha. Parecía usada, pero no del todo. La colcha, ligeramente apartada; una sábana, apenas arrugada. La almohada, desplazada

unos centímetros, como si alguien se hubiera tumbado un rato, pero sin intención de dormir. El suelo, también enmoquetado, como el pasillo, había amortiguado nuestros pasos y volvía todo aún más cerrado, más hermético, más opresivo.

Suspiré. Miré al techo. Dejé el bolso sobre la mesa que había frente a la cama, debajo de una pantalla anclada a la pared.

Miré el teléfono.

Batería: 1 %.

Dudé. Me quedé con el dedo suspendido sobre la pantalla. Si no escuchaba la nota de voz en aquel momento… ya no la escucharía. Deslicé el cursor para desbloquear, entré en nuestra conversación y, justo cuando iba a activarla… toda la pantalla se tiñó de negro.

No pude escuchar absolutamente nada. Ni siquiera el primer tono de su voz.

Me tragué el enésimo drama, la enésima desgracia. Me pasé la mano por la cara; después, por el pelo, que aparté y coloqué tras mi oreja. Devolví el teléfono inútil al bolso. Acaricié de forma maniática perlas aleatorias de mi collar. Alcé la vista y vi, en la mesilla más alejada de las dos que custodiaban la cama, un cargador enchufado. Fui hacia allí y, tras comprobar que aquello no encajaría con mi teléfono dudé si utilizar el que tenía en el bolso; después alcé la vista y vi, al otro lado, un armario de puertas correderas con dos espejos enormes.

Me vi reflejada de golpe.

Y me pareció ver, otra vez, el encaje asomando bajo la falda. Aquel encaje burdo y blanquísimo que parecía obcecado con exhibirme, con delatarme, con recordarme que allí Ricardo me había acariciado, tocado, incluso arañado.

Bajé la tela de mi falda con dos movimientos rápidos, torpes, casi angustiosos, como si alguien estuviera mirándome.

No entendía qué hacía allí.

Desde el aseo me llegó el sonido de un chorro potente cayendo contra el agua quieta del retrete.

El asco.

El desagrado.

Casi me pareció escuchar el jadeo aliviado y grotesco de don Ricardo solapando el sonido del chorro.

Cerré los ojos un segundo.

Sobre la cama había una chaqueta de traje enorme, casi más ancha que larga, como era él. Dudé un instante y decidí cogerla y meterla en su maleta. Al menos, cuando volviera, vería que había hecho algo.

Fui hacia allí, rodeando otra vez la cama. Me coloqué entre el armario y aquella cama individual, pero amplia. Alargué la mano hacia la chaqueta; solo pensar en tocar algo suyo me daba bastante grima.

Y entonces lo vi.

Algo pequeño. Negro.

Asomando sutilmente bajo el blanco de la sábana.

Me quedé congelada.

Petrificada.

El aire se me quedó atrapado en el pecho. No di un paso atrás, pero tampoco fui capaz de avanzar.

El ruido de un grifo se escuchaba en la distancia y yo ni sabía si obedecía al aseo de Ricardo o a otro más lejano.

Tragué saliva.

No apartaba la mirada de aquella tela negra que refulgía… irradiando una sospecha de perversidad.

Tenía que averiguarlo.

Y, a la vez, sabía que no debía.

Cuando tomé la decisión de asumir el riesgo sentí un frío seco subir desde los tobillos, clavarse en mis rodillas, tensarme la nuca. Mis dedos se cerraron un instante en el aire, como si ensayaran el gesto antes de acometerlo. El corazón me golpeaba con un ritmo torpe, demasiado rápido, como si temiera llegar tarde a algo.

Me incliné turbada, confusa. Muy despacio. El blanco de la sábana rozó mis nudillos y sentí un escalofrío inmediato, absurdo, como si la cama misma fuera consciente de lo que estaba a punto de suceder.

Dejé escapar un resuello de tensión antes de atreverme del todo: la yema de mis dedos fue allí y acarició entonces una tela tan suave que cedió incluso antes de ser tocada, como si lo hubiera hecho por el suspiro del aire.

Negra. Sedosa. Desubicada. Extraña en aquel ambiente denso, en aquel todo varonil y rancio.

Demasiado delicada para estar allí.

Demasiado frágil para aquel entorno vulgar.

Volcada hacia la cama, la tocaba solo con la yema de los dedos, casi con miedo.

Aquello que tocaba, y que me impactaba, no era funcional. No había sido creada para cumplir un fin práctico.

Era otra cosa. Ligera. Resbaladiza. Viva. Se me quedaba pegada a la piel con una facilidad obscena, como si me reconociera, como si hubiera estado esperando que yo la descubriera.

Tiré más de ella, retirándola del entramado de sábanas blancas.

La tela se deslizó como si jadease.

Tragué saliva y volví a intentar acometer mi incursión, mi descubrimiento… Y esta vez la tomé entera, con cuidado, cerrando los dedos alrededor de aquella nada precisa, mínima. La levanté apenas unos centímetros, lo justo para verla mejor, y entonces sospeché que quizás no estaba allí por error. Que quizás no era un descuido. Que había sido colocada. O abandonada. O dejada a propósito.

Un recuerdo.

Un regalo.

Complicidad. Juego. Adrenalina. Pecado.

Me ardían las mejillas.

Me ardían las medias.

Me sofocaba la seda de mi camisa en una espalda rociada de sudor frío.

Sentí un hormigueo bajo el vientre, un nerviosismo extraño, impropio, que no tenía tanto que ver con el miedo como con la certeza de estar cruzando una línea invisible.

Sostuve aquella obscena fragilidad un segundo más.

Y otro.

Y otro.

Y en esos instantes supe que, ocurriera lo que ocurriera después, aquello ya me pertenecía de alguna manera. No por posesión. Sino por haberlo tocado. Por haber aceptado mirar donde no debía. Por haber sentido, con una claridad incómoda, que aquella prenda no era un objeto… sino una prueba.

Yo lo había descubierto.

Los había descubierto.

Mis dedos temblaban. Pesaba incluso menos de lo que esperaba.

Era suave. Indecentemente suave. La tela se plegaba entre mis dedos con una docilidad impúdica, revelándose por fin entera: mínima, delicada, casi insolente en su forma. Encaje negro, fino, lascivo.

De nuevo lo pensé: no algo funcional…

… Algo elegido.

Elegido para el momento concreto.

Elegido para él.

Las bragas de Carolina.

El corazón me latía desbocado.

Allí, de pie, en aquella habitación cerrada y tórrida, con las bragas de otra mujer en la mano.

Descubriendo la obscenidad de su aventura. Lo improcedente de su relación.

Descubriendo que apenas habían llegado al hotel… y habían follado…

… ansiosos, necesitados…

Antes de ir al despacho.

Antes de fingir normalidad, profesionalidad.

Y entonces… sucedió:

De golpe.

Sacándome de mi ensoñación.

Sin aviso.

Por sorpresa.

Él.

Detrás de mí.

Ricardo.

Don Ricardo.

Su voz.

Cerca.

Muy cerca.

—¿Qué coño está haciendo usted, María Begoña? —dijo, con voz grave, a mi espalda.

Creí morir.

Y temblé en un espasmo.

Tanto que creí que aquellas bragas se caerían de entre mis manos.

Pero no lo hicieron… no me soltaron…

No las solté.

Tragué saliva.

No me volteé.

No pude.

Inmóvil, solo podía esperar su reprimenda. Su desprecio.

Pero no se producía…

Uno. Dos. Tres. Cinco segundos del silencio más absoluto.

Un silencio angustiante.

Sentía su presencia.

Casi podía sentir el roce de su tripa abultada rasgando mi espalda.

Y más silencio.

Y entonces lo entendí: en ese silencio… él dudaba… Él dudaba si recriminarme —sin quitarme aquello que no soltaba— o si atacarme… si terminar de verdad lo que no había querido terminar en aquel parking…

Lo oí suspirar.

En mi nuca.

Y quise sentir…

Quise sentir sus manos en mi cintura. Como frente a su coche.

Me estaba volviendo loca…

Quise sentir su aliento más cerca. Aunque fuera desagradable… aunque fuera soez… y repulsivo.

Lo sentía dudar.

Sentía su "*si eres una niñita… joder".* Su tabú… su deseo y su conflicto.

Algo se había quebrado en él frente a aquel maletero abierto…

… Algo se había quebrado en aquel momento, también en mí.

Y entonces el silencio se rompió:

—Joder… —susurró.

Un resoplido casi abatido. Un quejido que sonó a claudicación.

No podía soportarlo.

Él… no podía controlarse.

Ya casi sentía sus manos en mi cintura.

Ya casi sentía su aliento en mi nuca.

Y entonces el silencio se volvió a romper.

Pero esta vez por un sonido ajeno, lejano.

Unos golpes en la puerta.

Y otra blasfemia suya.

Y otro temblor mío.

Y otros dos golpes en la puerta.

Y yo resoplé al sentir que él se alejaba de mí…

… y caminaba hacia la puerta.

# 17. La verdad.

Escuché su peso desplazándose por la moqueta, el roce de sus zapatos, ese modo suyo de caminar que siempre parecía pesado y arrastrado.

Yo, con el corazón en la garganta, me atreví a girarme. De soslayo sentía mi propia presencia reflejada en el espejo del armario, pero no quise mirar.

Tragué saliva.

Quise resoplar, pero no pude.

Ricardo llegó a la puerta.

Pude escuchar el sonido de su mano posándose con fuerza sobre la manilla.

Y durante una fracción de segundo tuve la certeza de que, al abrir, todo cambiaría. Que lo que había ocurrido, que lo que había sentido, quedaría sellado, enterrado, convertido en algo tan olvidado como imposible de explicar.

La habitación se tensó.

Yo también.

Escuché el saludo seco de Carolina.

El responder denso de Ricardo.

Me desplacé un poco para poder escucharlo, bordeando la cama, situándome, de pie, a los pies de ella.

No me reconocía a mí misma…

No entendía qué hacía…

Ni siquiera soltaba aquellas bragas… que seguían en mi mano, aquellas bragas que eran de la mujer que hablaba desde el pasillo

con un Ricardo que le contestaba bajo el marco de aquella puerta solo parcialmente abierta.

Él se sorprendía de la rapidez de ella. Yo, alejada pero bien ubicada, no la veía a ella; solo la espalda de Ricardo y una maleta de ruedas más allá, en el pasillo, que asomaba por entre las piernas de él.

Su pantalón gris ancho, su culo enorme, su espalda ancha, su camisa azul, su calva, su pelo corto a los lados, sobre las orejas; una mano en la puerta, la otra en el marco.

Di un par de pasos más, en diagonal, hacia ellos.

La seda de las bragas de Carolina parecía pegada a mis dedos.

—A ver… ¿entonces cuánto tardas? —le escuché susurrar a ella.

—No sé… pero me quiero dar un agua —respondió él.

—¿Aún? —protestó ella en voz baja—. Si ya no lo digo ni por mí ni por ti, lo digo por la chica.

"La chica". Tragué saliva. Culpable. Chismosa. La chica era yo.

—No tardo nada. Solo un poco el sobaco y cambiarme de camisa —contestó él, de manera desagradabilísima, y yo volví a tragar saliva.

Ella no respondió a eso. Y se hizo un silencio. Y entonces dijo algo que no entendí.

Y él también susurró algo que no pude escuchar.

Y di un paso más. Hacia ellos. Hacia esa espalda de Ricardo. Hacia esa puerta por entre la que él se asomaba hacia el pasillo.

—Sí, te las has dejado aquí, sí —dijo entonces él.

Y de golpe todo mi cuerpo tembló en un espasmo. Y la mano que sujetaba aquello de lo que hablaban se cerró un poco.

—Bueno, ya me las darás —susurró ella.

Sentí otro temblor.

No entendía qué me pasaba.

De alguna manera, culpable y excitante, me sentía partícipe de aquella obscenidad suya.

La adrenalina de estar sosteniéndolas era tan intensa que sentía que me fallaban las piernas, que mis tobillos flojeaban sobre mis zapatos.

—Bueno, eso. Hago yo el *checkout*. Os espero abajo.

Eso fue lo último que escuché antes de que él cerrara la puerta.

Y entonces quise huir. Volver a mi sitio. Allí, al otro lado de la cama, junto al armario. Fingiendo que hacía algo, que recogía algo.

Pero fui casi incapaz de moverme.

Si acaso apenas reculé otra vez un par de pasos; ubicándome de nuevo a los pies de la cama.

Él se giró hacia mí.

Y me miró, llevándose las manos a uno de los botones de su camisa.

Su mirada era neutra. No parecía querer reprocharme que me hubiera acercado a escuchar.

Se abrió ese botón y yo presentía que me iba a decir que se iba a dar una ducha rápida y que recogiera.

Pero entonces, habiendo desabotonado un segundo botón, permitiendo que un pectoral flácido, caído, y con vello blanco, asomase por entre la abertura azul, miró hacia mi brazo, hacia mi mano, hacia mis dedos, de los cuales aún colgaban las bragas negras de Carolina.

Se aclaró la voz.

Acercándose a mí.

—Déjalas en la maleta… y termina de recoger —susurró.

Frente a frente.

Mi garganta se había cerrado.

El calor era tan asfixiante que una gota de sudor recorrió mi columna vertebral.

Se desabrochó otro botón. Y otro.

Su tripa ya asomaba.

—Me voy a la ducha. En tres minutos nos vamos.

Su voz ronca.

Y un último botón.

Me miraba fijamente. Pero, a la vez, parecía no querer hacerlo.

Y entonces sentí su olor. Me llegó como una bocanada caliente.

Y él terminó por abrir su camisa; desvergonzado de mostrar un torso velludo, abultado pero marchito, y una tripa tensa y voluminosa que rebosaba sobre la cintura del pantalón. Me impactaba lo despreocupado que se mostraba a pesar de presentar un torso grotesco.

Y me miró.

Más abajo.

Otra vez, a la zona de mis muslos, de mis medias.

Dudé si asomaba aquel encaje blanco. Supe que él quería y, a la vez, no quería verlo.

Y entonces…

… Tragué saliva y hablé.

Hablé sin decidirlo.

Como si alguien hablase por mí.

—Vale… las guardo y recojo…

Y alcé un poco esa mano de la que colgaba la seda negra de Carolina.

—Aunque… ya se las pudiste haber dado tú…

Mis ojos lagrimeraron de tensión.

Yo no entendía por qué lo había dicho…

Y cómo había sido capaz de atreverme.

Resoplé al instante, sin saber si él había oído mi desbordado resuello.

Él sintió mi rebelión y me miró.

Esta vez con otra mirada, otra diferente: ni dominio ni mirada esquiva; una mirada de sorpresa, pero una sorpresa aceptada, asumiendo mi reto con extrañeza y, a la vez… —y eso me tensó aún más— con agresiva irritación.

Dio un paso más. Con la camisa abierta. Con la tripa volcada sobre su pantalón de traje gris.

Creí que me quitaría las bragas de la mano.

Cerca, muy cerca, susurró:

—Niñita… deja de jugar… y recoge.

Me lo sopló en los labios. Con su aliento espeso.

Se tocó las gafas, empujándolas hacia arriba, hacia su entrecejo.

Y entonces… su mano, en mi mano.

Sí, me las cogía.

Sí, recuperaba aquellas bragas.

Lo hacía en silencio. Mirándome.

Lo hacía con sequedad, sin valorar su tacto, sin admirar nada.

Se las metió en el bolsillo.

Y entonces lo repitió:

—Niñita… deja de jugar… y recoge.

Y ya estaba. Era el final.

Iba a obedecer. Iba a abandonar aquella chica que no sabía quién era ni de dónde había salido.

Iba a enterrar aquella mujer que se había visto embriagada y necesitada de sentir aquella locura.

Ya presentía que se marchaba…

Ya presentía que se marchaba… cuando entonces su mirada se hizo más aguda, más punzante, absolutamente gélida.

—Deja de jugar… —susurró, aún más cerca…

… y su mano fue a mí, el dorso de sus dedos… hacia mi torso… hacia uno de mis pechos.

Mi cuerpo se tensó.

Cerré los ojos un instante.

Creí morir de la tensión. De la angustia.

—¿Qué coño quieres, eh…? —susurró mientras el dorso de sus dedos inició un vaivén lento, obstinado, como si no buscara provocar, sino comprobar, y yo lo sentía a través de la tela, de la seda de la camisa, de esa prenda mínima que apenas servía de frontera.

Era un contacto torpe y, a la vez, devastador.

Sus dedos eran grandes. Demasiado. Pesados incluso cuando apenas rozaban. No se detenían en un punto concreto; subían y bajaban, insistentes, como si tantearan un terreno que sabían frágil. Cada pasada me atravesaba con una descarga breve, sucia, que se me acumulaba en el vientre.

El tejido cedía. Todo cedía. Mi camisa no era barrera, mi sujetador no era coraza; un sujetador fino, sensible, sin copas opacas que pudieran luchar contra la tosquedad de aquellos rudos dedos; un sujetador de nylon y encaje que ni paraba lo suyo ni contenía lo mío.

Y sentía cómo algo en mí reaccionaba pese a que mi interior gritaba que no, que aquello no debía estar pasando. Algo reaccionaba: arriba, en un pecho que se erizaba, en un pezón que se alteraba, y abajo, en aquella pulsión entre mis muslos.

Algo se alteraba por aquel aliento, por aquel calor, por aquella caricia que no era cuidadosa sino arrogante; consciente de su poder y agresiva en su desdén.

Mi respiración era irregular, desacompasada. Yo temía que esa alteración derivase en un jadeo que él pudiera interpretar.

Mi cuerpo me traicionaba en silencio, respondiendo a algo que no quería nombrar. A algo que no quería pedir… y que, sin embargo, estaba ocurriendo.

—¿Qué quieres…? —repitió, aún más bajo.

Y no supe qué responder.

Porque en ese instante no quería huir.

Y tampoco quería quedarme.

Quería que parara.

Quería que siguiera.

Sentía sus dedos sobre mi camisa.

Aquella caricia sucia, desganada, retadora.

Sentía mi pecho, mi teta. Mi pezón.

Casi estaba convencida de que él… lo sabía, que lo había despertado, que lo sentía con cada pasada…

Un pezón que atravesaba sujetador y camisa… Vendiéndome. Descubriéndome. Avergonzándome.

—¿Qué quieres, eh? Dime… Sé lo que quieres, cabrona… —susurró.

Sus labios finos contra los míos gruesos.

Tragué saliva.

Su mano me abandonó.

—Quieres… calentarme para después pararme… Eh.

Volví a tragar saliva.

Cerré los ojos.

Él no me tocaba.

Yo temía que intentara besarme.

—¿Qué quieres…? Dime.

Y entonces algo se despertó en mí.

La verdad.

Sentí la verdad y quise decirla.

Abrí los ojos.

Él se retiró medio paso.

Él sabía que yo iba a hablar.

—Quiero…

—Dime… Dime, joder.

—Quiero… que termines lo de antes…

Se hizo un silencio.

Un silencio atroz.

De nuevo no sabía cómo había sido capaz de decirlo.

Temblé al imaginar que él aceptaba.

Y supe que él lo había entendido.

Lo de antes. Lo del parking: él detrás de mí, yo sintiendo su deseo, su angustia, su culpa, su desesperación.

Yo sintiéndome culpable por provocar su deseo.

Él sintiéndose culpable por no poder contenerse.

Me miraba.

Una mirada imposible de descifrar.

Temí el rechazo. El desplante.

No podía entender que él tuviera ahora en su mano la posibilidad de rechazarlo… de rechazarme…

Qué había sucedido. Cómo era posible.

—Está bien —dijo entonces, serio, e hizo un gesto con la mano.

Mi pecho retumbó.

Mi nuca tembló.

—Date la vuelta. Ponte ahí. A ver si nos da tiempo.

# 18. El tabú más obsceno.

*Ahí,* era la cama.

*Ahí*, era girarme hacia la cama, darle la espalda, ofrecerme sin hacerlo. Mostrarme sin mostrarme.

*Ahí* era apoyar las manos sobre la colcha revuelta.

*Ahí* era inclinarme como lo había hecho ante aquel maletero abierto.

Y la forma, el fetiche, la tentación, era evidente.

No tuvo que pedírmelo. No tuvo que ordenármelo.

Mis manos a mi falda, hacia arriba. Las medias… el encaje blanco. El origen de todo.

Me giré, le di la espalda… y lo hice.

La prisa, el ahora o nunca…

La adrenalina… todo me llevaba.

…

…

Alcé mi falda con mis manos; la tela crujió, tensa, ceñida.

Sentí el fulgor del encaje blanco sin necesidad de mirarlo.

Sentí su mirada obscena sin necesidad de voltearme.

Sentí el aire denso y caliente atacar la carne de mis muslos.

Y no supe cuánto había subido la falda, si más o menos que la primera vez. No sabía si él atisbaba parte de mis nalgas, si fruncía la mirada y bajaba el gesto para encontrar el centelleo de mis bragas.

Detrás de mí… carraspeaba.

Su desesperación me consolaba. Su tentación me encendía.

Yo casi me sentía vista desde fuera. Una mujer inclinada hacia una cama, apoyando los dedos —ni siquiera las palmas, solo los dedos—, con las piernas ligeramente separadas, con la falda subida, con la espalda de la camisa sudada, con la melena cayendo por un lado del cuello, con los tacones anclados a la moqueta.

Dándole la espalda a un hombre mayor.

Él, con su camisa de traje azul abierta.

Con su enorme tripa asomando.

Con su mirada sucia.

Aunque no la viera. La sentía. Pesada. Clavada en mi nuca… y en todas partes.

Las prisas.

No solo como urgencia, sino como amenaza.

Lo prohibido.

La diferencia de cuerpos.

La diferencia de edad.

La diferencia de poder.

Yo, casada.

Él, un jefe repugnante.

El amante inconcebible de la otra jefa…

Y todo eso confluyendo en un solo punto: el tabú más obsceno.

Y esta vez —a pesar del impacto, a pesar del estupor, que era similar — no me perdí nada.

Pude reconocer los sonidos.

Uno a uno.

Casi medirlos.

La hebilla.

El botón.

El "ziiiippp" lento, alargado, de la cremallera de su pantalón.

Y su "joder…".

No dicho para mí. Dicho contra sí mismo. Angustiado. Necesitado.

Cada sonido caía sobre mí como una confirmación.

Como una cuenta atrás.

Deseé su mano en mi hombro.

No como caricia, sino como peso. Como aviso.

Como antes.

Deseé el tintineo de su cinturón.

Ese sonido inútil y vulgar que me erizaba la piel.

Su agitación.

Su respiración desordenada.

Su culpa.

Y deseé —con una claridad que me asustó— volver a sentir aquel latigazo entre mis muslos.

Aquel espasmo desconocido hasta aquel día.

Aquella sacudida seca, inmediata, que no pedía permiso.

Aquella convulsión que llegaba sin avisar… y que ya sabía reconocer.

—Eso es… ponte así… —escuché en mi nuca, y temblé, y deseé, de forma irracional, culpable, deshonrosa, que hubiera acompañado aquella orden de aquella asquerosa palabra… de aquel… "niñita".

Pero eso no lo pronunció.

Inclinada hacia la cama, más inclinada que contra el maletero, más encorvada, más expuesta, ofreciéndole la visión clara de mis piernas, de mis medias, de aquel encaje… y sintiendo el silencio, imaginé: imaginé que se agarraba su miembro… su polla… imaginé que me miraba allí con lascivia… imaginé su mirada torcida, sus gafas resbalando un poco por su nariz; me imaginé a aquel señor con los pantalones bajados hasta las rodillas… detrás de mí…

Y deseé su mano en mi hombro.

Pero llegó algo peor, o mejor.

Llegó el tintineo, su bufido… y la sorpresa.

El *clin-clin* de la hebilla de su cinturón rebotando, libre y colgante, que revelaba movimiento.

Su jadeo marchito y encendido.

Y el tacto… que no fue en mi hombro, sino sobre mi falda.

Sobre mi falda, sobre mi culo.

Sentí su mano allí.

Y entonces, otra vez, el espanto y el espasmo.

El temblor de mis muslos.

El latigazo.

La convulsión en mi sexo.

Y su resoplido entrecortado:

—Jo-deerr…

Repugnante. Obsceno. Desesperado.

Mi corazón retumbaba con tanta fuerza que creía que se me salía del pecho.

Y yo miraba al frente… hacia el cabecero de la cama de aquella cargada y casi claustrofóbica habitación de hotel. Alzando el culo… culo que él sujetaba, sin acariciar, sin adorar, solo para fijarme allí.

Y escuchaba el tintineo. El *clin-clin-clin-clin* agitado y morboso.

El tintineo que me anunciaba que ya empezaba…

Ya empezaba con su sucia sacudida, con su deseo incontenible.

Y sentía mis medias apretando mis muslos.

Y sentía mis pechos colmando mi sujetador, como si quisieran escapar.

Y sentía mi camisa pegada a mi espalda. Y un calor inasumible. Mi nuca empapada. Alguna gota, quizás, en mi frente.

Y un deseo: que él terminase cuanto antes.

Y otro deseo: que aquella guarrada atroz no terminase nunca.

—Ohh… —jadeó él al minuto de tenerme así.

Yo cerré los ojos.

Quise sentirlo.

Su descarga…

Sobre mí.

—Clin-clin-clin-clin.

—Oh… joder…

—Clin-clin-clin-clin.

—Ohhh…

Todos los sonidos obscenos eran suyos. Como un bucle incesante.

El vaivén no se rompía; insistía, volvía, se repetía una y otra vez, hasta hacerse espeso, como si el tiempo se hubiera quedado atrapado en ese mismo gesto: su paja, sus bufidos, su hebilla repicando.

Yo, quieta. Solo era usada. Fijada por aquella mano. Mostrada: mis muslos, mis medias, quizás parte de mis nalgas.

Yo, quieta, sentía su desesperación, su ansia por derramarse, por explotar.

Su agitación, su prisa, su deseo, su presión.

—Clin-clin-clin-clin.

—Oh… joder… —volvió a jadear, pero esta vez en un tono aún más agobiado.

—Clin-clin-clin-clin.

Con los ojos cerrados… me imaginaba su polla agitada, exprimida, exigida.

Su mano derecha a toda velocidad sobre ella.

Su mano izquierda apretando mi falda, mi nalga.

Y más *clin-clin-clin-clin*, y yo, contagiada por su desesperación, deseando sentir el calor en alguna parte, el calor de sus chorros en alguna parte aleatoria: en mi falda, en mis muslos, en mis medias; donde fuera, donde él quisiera, donde él lograra alcanzarme… Iba a susurrar un "vamos…", pues yo ansiaba, como él, su explosión… pero entonces fue él quien habló:

—Joder… No puedo. Date la vuelta.

Abrí los ojos.

Mi pecho estalló de tensión.

—Date la vuelta, joder, que así no puedo —dijo con rapidez.

El tintineo cesó.

La mano que me sujetaba me abandonó.

La respiración se me quedó atrapada un segundo.

El pulso me martilleaba las costillas.

—Vamos, date la vuelta —volvió a insistir.

Enderecé un poco la espalda, despacio, como si cada músculo dudara y no todos obedecieran a la vez. Antes de moverme retiré los dedos de la colcha, uno a uno, y el vacío inmediato me hizo vacilar; el cuerpo recordó la inclinación, la pidió, y estuve a punto de volver a quedarme donde estaba, suspendida. Me incorporé entonces con torpeza, sintiendo a mi espalda su presencia demasiado cercana, su aliento, su desnudez, como una presión que empujaba sin tocar. El giro no fue limpio: primero rotaron los hombros, después el torso, y solo al final las piernas; la cabeza se negó, permaneció baja, evitando su mirada como si mirarlo fuera una forma de consentirlo todo.

Tardé aún un poco más en colocarme, como si el borde de la cama no fuera un apoyo sino una frontera. Cuando al fin me senté frente a él, rígida, con las rodillas casi juntas, miraba hacia abajo y veía mi falda subida hacia mi cintura, y aquel encaje flagrante, y la piel de mis muslos erizada… erizada como no la había visto nunca, erizada a pesar del calor…

Y sentí el miedo a subir la mirada, la vergüenza.

Y la tentación de pararlo todo con una palabra…

… con una palabra que no salía.

O con un gesto que tampoco me nacía.

El silencio me pesaba en los oídos.

Un silencio que él rompió:

—Joder, Carolina me dejó seco a mediodía… Tengo que motivarme con algo más.

Sentí un nudo subir a mi garganta. El latido de mi pecho se volvió consciente.

Y yo, sin atreverme a mirar al frente, sin atreverme a enfrentar lo que sabía iba a ser la mayor obscenidad, —la visión más atroz que jamás hubiera visto—, no sabía qué requería de mí, no sabía qué era ese *algo más* que él necesitaba para terminar, hasta que entonces sentí algo en mi mentón…

… Sentí su dedo en mi barbilla.

Y su frase, profunda, dura:

—Levanta la carita…

Y entonces ya no pude más.

La excusa de la orden amparaba mi necesidad de saber.

Ya no podía, ni quería, imaginar más.

El dormitorio se cerró sobre mí, sobre aquella visión. El calor se hizo angustia. El olor rancio, pesado y sexual. El sudor especialmente tangible y húmedo cuando mi mirada se alzó y vi, de manera cruda, frontal, a Ricardo, a don Ricardo.

Lo vi de pie, frente a mí, ocupando el espacio sin moverse. La camisa abierta, cayendo a ambos lados de un torso que no buscaba agradar. Su cuerpo expuesto sin pudor. Su barriga mostrada, curva, grotesca. Y más abajo…

Sus pantalones bajados hasta las rodillas.

Sus testículos oscurísimos, colgantes en una bolsa arrugada y grande.

Y su polla, envuelta por su mano…

Una polla ancha… pero corta… escondida en su propia mano, de la que solo asomaba una punta rosada. Con una cabeza áspera, marchita, casi seca.

Sentí el impacto como un golpe abrupto en el pecho. No era solo lo que veía; era cómo lo veía. Sin filtros. Sin distancia.

Era atroz.

Era una fealdad…

… algo horrible… pero extrañamente hipnótico.

Quise apartar los ojos.

No pude.

Mi respiración se volvió torpe, ruidosa, traidora. El aire me entraba a trompicones mientras mi cuerpo reaccionaba antes que mi voluntad. El asco y la fascinación mezclados en una náusea caliente.

Él no dijo nada.

No hizo falta.

Su silencio pesaba más que cualquier orden. Me observaba con una calma casi sádica, como si supiera exactamente qué estaba pasando dentro de mí. Como si no fuera la primera vez que una mujer se debatía en un dilema deshonroso que no entendía.

Sentí vergüenza. Y sentí que mi repulsión me obligaba a seguir mirando.

El encaje me quemaba la piel.

El peso de mi collar casi me marcaba la carne.

Una gota de sudor recorrió mi escote.

Y entonces… de golpe…

El olor.

Un hedor…

Él.

Pero él y sexo. Su olor… y su olor a polla…

Algo desagradable, repugnante… pero a la vez… tan tan sexual… tan masculino, tan sucio… tan denso…

… que suspiré…

Suspiré y mis muslos se tensaron… y se juntaron.

Rebotaron, otra vez, en aquel espasmo.

Pero esta vez…

… en un espasmo húmedo.

En una pulsión acuosa.

Esta sí, absolutamente jamás sentida.

Mi garganta se cerró.

No sabía dónde colocar las manos.

Mis brazos caían sin vida.

—Mírame… —dijo al fin, bajo, sin elevar la voz.

Y entendí que ya no se trataba de excitarlo a él.

Se trataba de ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar yo.

Y lo hice. Alcé la mirada.

Sus ojos negros me fulminaban. Sus gafas un poco bajadas. Su mirada retorcida.

Lo sentí tragar saliva.

Me enorgullecí de hacerle sentir.

Y escuché otra vez el "*clin, clin, clin, clin"* antes de advertir que reiniciaba el movimiento.

Se pajeaba. Frente a mí.

Él de pie. Yo sentada.

Nos mirábamos.

Era la cosa más atroz y horrible posible… la más angustiosa culpable y obscena…

… y yo no podía dejar de mirarle.

No desviaba la mirada.

Ni a otra parte, ni más abajo: a su polla sacudida, que yo solo veía de soslayo.

Él apretaba sus labios. Yo entreabría la boca.

Él sacudía su polla con una mano. Yo temblaba en espasmos quizás imperceptibles para él.

Él me acusaba con su mirada. Yo casi lagrimeaba de tensión e incomprensión con la mía.

Y el "*clin, clin, clin, clin"* otra vez, rítmico, soez, intimidante, cogiendo otra vez velocidad.

Y entonces se detuvo el tiempo.

Con ese sonido…

Con aquel olor…

Con mi sudor empapando mi camisa, mis axilas, mi espalda, mi cuello, mi nuca.

Yo miraba su ceño fruncido, su mirada encendida que me recorría: los ojos, los labios, mi escote, mis pechos, mis muslos, mis medias.

Y me sentí extrañamente poderosa, deseada, sucia…

Más y más a medida que sentía su urgencia.

Y es que, al enésimo tintineo, con su enésimo bufido… miré… por fin… más abajo…

… a su polla, envuelta en su mano gruesa.

Una polla que no crecía, que no se endurecía.

Flácida. Incapaz.

Y entonces lo hice.

Lo hice sin que me lo pidiera.

Lo hice y él susurró un "joder…" desesperado.

Lo hice para ayudarle a terminar.

Lo hice a pesar de que mis nervios colapsaban mi torso, mi respiración, mi pulso, y hacían temblar mis manos y mis dedos.

Lo hice mirándole a los ojos, no a su polla mediocre, y él miraba cada centímetro de piel y carne que le dejaba ver.

Con los ojos clavados en los suyos, llevé los dedos al primer botón de mi camisa y tardé demasiado en deshacerlo; el pulgar me temblaba, la uña resbalaba, y sentí cómo se me humedecían. El segundo botón fue peor: la respiración se me rompió y tuve que detenerme un segundo, sosteniendo la tela abierta apenas un centímetro, como si aún pudiera echarme atrás. Pero seguí. Uno a uno. Cada botón caía con un pequeño chasquido que me atravesaba el cuerpo, y a cada gesto sentía la vergüenza crecer, mezclada con

una obstinación que ya no entendía. La camisa empezó a separarse, a descubrirme despacio, y noté el aire caliente del dormitorio colarse entre la piel y la seda. Me ardían los ojos. Me ardía el pecho. No desvié la mirada de la suya mientras terminaba de abrir mi camisa del todo, apartándola hacia los lados, expuesta, vulnerable, temblando.

A él se le tensó la mandíbula y la respiración se le volvió audible, irregular. Sus ojos se oscurecieron, clavados en mí, y por un segundo dejó de moverse, suspendido en una quietud tan lasciva que me erizaba todo el vello de mi piel.

Y entonces tragó saliva, lento, consciente, observando mi sujetador, observando cómo mis pechos lo llenaban y lo exigían.

Y echó entonces la piel de su polla hacia atrás, y la sujetó por la base.

Como si me la ofreciera.

Corta. Ancha.

Olorosa.

Y de repente…

… húmeda.

Un glande que ya brillaba.

—Quítatela… Quítate la blusita… joder… —bufó, encendido, y volvió el tintineo.

Volvía él.

Soez.

Don Ricardo.

No me apresuré. Deslicé la camisa hacia atrás, primero por un hombro y luego por el otro, sintiendo el contraste entre la tela tibia y

el aire caliente del dormitorio rasgándome la piel. Me temblaban las manos, los dedos torpes, pero no bajé la mirada; sostuve la suya mientras la prenda descendía, lenta, deliberada, como un gesto aprendido en ese mismo segundo. El corazón me golpeaba alto, incómodo, y aun así me sorprendí erguida, consciente del ardor que me nacía en el pecho, de la sensibilidad viva bajo la seda. La camisa rozaba mi cuerpo, desnudando mis brazos, hasta que cayó al fin sobre la cama en un recorrido suave y sensual que contrastaba con la atrocidad hostil y áspera de lo que tenía enfrente.

—Joder… —bramó él, mirando a mis pechos que colmaban con exuberancia mi sujetador.

Y entonces sentí en su mirada obscena que pronunciaría algo aún más vulgar.

Y al instante masculló:

—Joder… cómo venís de cargadas las nuevas…

Yo, que sentía su mirada en mis pechos, temblé en otro espasmo, y él tragó saliva, y volvió a sacudir aquella polla que ya se alzaba con más vigor gracias a lo que veía, enorgulleciéndome y haciéndome sentir la mujer más sucia…

Y después susurró:

—Quítatelo… Quítate el sostén ese… joder…

Su frase horrenda.

Su orden atroz.

Su voz desgarrada.

La fealdad y, a la vez, la adrenalina más inexplicable e intensa.

El cuerpo se me quedó suspendido, atrapado entre el calor del aire y el sudor que recorría mi piel. Dudé. Pensé en detenerlo todo, en cubrirme, en levantarme y salir, y ninguna de esas ideas llegó a

convertirse en movimiento. Sentí la mirada clavada en mí, pesada, inquieta, y al mismo tiempo una suavidad íntima que me recorría el pecho, como si algo reclamara seguir; como una sensualidad que me guiaba y me hacía superarlo todo. Respiré hondo, notando el pulso desordenado, y solo entonces llevé las manos hacia atrás, torpes, buscando a ciegas el broche, con los dedos temblando y los ojos húmedos, consciente de que, al tocarlo, ya no habría marcha atrás.

Cerré los ojos.

Bajé el rostro.

Sumisa, pero también de mí misma.

Mis dedos encontraron el punto exacto…

… y el clic fue pequeño, casi ridículo, pero sonó dentro de mí como un disparo. Sentí cómo la tensión se soltaba de golpe en la espalda. Deslicé las tiras por los hombros despacio, dejando que el tejido avanzara por mis brazos, y lo saqué por delante con un gesto torpe, inseguro, como si el cuerpo no supiera aún cómo sostenerse sin esa mínima protección. Entonces ocurrió: el peso cayó, libre, natural, y mis pechos se acomodaron por sí solos, vivos, sensibles, fluyendo sin resistencia.

Su exabrupto. Su reproche por aquel tamaño. Mi vergüenza y mi sensación extraña: potencia y liviandad a la vez. Mis pechos fluyeron, pesados, hacia adelante y hacia los lados, mientras yo me giraba un poco, sin mirarle, y posaba el sujetador a mi lado, sobre la cama, mientras el tintineo no solo no cesaba, sino que recobraba cadencia.

Todo había cambiado. Lo había hecho al instante. El cambio, no solo en la exposición y en la piel, sino en algo más hondo: una mezcla de vergüenza y alivio, de exposición y poder, como si al soltar aquella prenda hubiera soltado también la última excusa para seguir fingiendo que no deseaba lo que estaba ocurriendo.

—Joder… qué putos tetones… —masculló Ricardo, y yo seguía sin atreverme del todo a alzar la vista.

—Joder… niñita… ¿a dónde coño vas con eso…? —se envenenaba Ricardo, ultrajándome… mientras el "*clin, clin, clin, clin"* se hacía feroz.

Y yo ya temí que me pidiera algo más…

… cuando me atreví a alzar la vista:

Compungido. Enrojecido. Casi encolerizado… masturbaba aquella polla corta, pero dura… con un glande enrojecido, húmedo… listo… preparado para venirse, para explotar…

—Ohhh… Ohh… MMh… —gimoteaba él, desvergonzado… Un Ricardo para el que mi rostro ya no existía; ni mis muslos, ni mis medias… Solo lo que fluía de mi torso con potencia y sensualidad. Solo la carne viva de mis pechos agitados y sudados, la extensión rosada y joven de mis areolas y el erizamiento culpable y sexual de mis pezones.

Pero yo sí miraba a más lugares: su mirada encendida, sus gafas que a veces resbalaban un poco y que él a veces ajustaba con su mano libre, su tripa abultada, su camisa sudada y apartada, su mandíbula apretada, su paja angustiosa, su polla brillante, triste, olorosa y, a la vez, intimidante, sus huevos colgantes, sus pantalones bajados, su gesto encorvado, tenso y feo…

—¿Dónde lo quieres, eh-h, jo-der…? —jadeó, fuera de sí…

… y yo temblé, temiendo su orgasmo inminente, con mi torso erguido y mis manos apoyadas un poco atrás.

—Joder… acércate… —masculló, mientras el tintineo se hacía frenético… mientras su polla asomaba por debajo de su barriga… y mientras sus dedos agitaban aquella rugosidad corta y repugnante.

Y yo entonces…

Cedí…

Accedí…

Mi culo resbaló un poco por la colcha, hacia adelante… hacia él…

Y él dio medio paso…

Hacia mí.

Y yo no sabía si cerrar los ojos para no ver o si mirar más que nunca.

No sabía si ofrecerle mis pechos con mis manos o si no moverme más.

No sabía si censuraba aquel baño caliente e inaplazable o si lo ansiaba.

No sabía si él alcanzaría incluso mi rostro o apenas se derramaría de forma ineficaz, sin apenas salpicar.

—¡Ohh…Mmh… Joder…! —jadeó.

*Clin, clin, clin, clin*.

Su hebilla tintineando.

Mi pecho retumbando.

—¡Ohhhh…!

Su orgasmo inminente.

Su polla cerca de mis pechos.

Y entonces…

Me tocó…

Su mano libre.

Mi teta.

Una.

Una que alzó…

La elegida.

La que sería castigada.

Yo temblé.

Me descompuse.

Quise cerrar los ojos.

Pero solo pude mirar.

Su mano áspera; su tacto que me arañaba por el mero contacto en mi teta.

—¡¡Ohhh…!!

Su jadeo.

Y entonces… mi pulsión, más húmeda, más espasmódica; todo mi coño vibró e hizo vibrar el resto de mi cuerpo.

—Ahhh… —jadeé… sin poder contenerme…

—Ahhh… —me obligó a gemir mi coño mientras sentía una teta libre y la otra alzada y estrujada por él.

—¡¡Ohhh…!! —se abandonaba él.

Y aquella polla ya casi se derramaba, casi explotaba; podía ver aquella cabeza hinchada a punto de estallar…

… cuando un sonido nos sobresaltó.

Un sonido agudo, metálico.

Una melodía que nos atacaba, nos envolvía… una llamada, insistente, que partía de nosotros.

—¡Joder, hostia…! —blasfemó él.

Y soltó mi teta.

Y detuvo su paja.

Y reculó medio paso.

Y yo no entendía nada.

No asumía del todo la existencia de aquel sonido que descubría que partía de él, de algún bolsillo de sus pantalones bajados.

—Joder, hostia —volvió a repetir, soltando su polla, que quedó libre, corta, mucho menos dura de lo que yo pensaba, cayendo un poco hacia abajo, por encima de unos huevos que colgaban más bajos que ella.

Yo, sobrepasada, entrecerré los ojos. Con las manos atrás, con las piernas juntas, con la falda subida hacia mi cintura, con los pechos expuestos.

Mientras él daba otro paso atrás y empezaba a rebuscar, torpe, en los bolsillos de sus pantalones caídos, su teléfono móvil.

Y soltó, tiránico y déspota, mientras dudaba si subirse los pantalones o sacar el teléfono antes de hacerlo:

—Vístete, joder… Me cago en la puta.

# 19. Ya casi estás.

Me puse en pie. Me giré. Le di la espalda. No sabía ni lo que hacía.

El corazón me atronaba en el pecho, desbocado, como si hubiera empezado a correr sin moverme del sitio. El pulso me temblaba en las muñecas y en las piernas.

Casi tiritaba en espasmos. Veía borroso. No entendía aquella realidad. No la aceptaba.

Miré a la cama; vi el blanco de mi camisa.

Lo escuché a él descolgar la llamada.

Serio. Abrupto. Jerárquico.

—Sí. Dime. Carolina.

Cogí mi camisa. Empecé a ponérmela.

Mis manos temblaban.

Mi torso sudaba, irradiaba calor.

Hablaba conmigo misma.

*¡Qué te pasa! ¡Qué haces! ¡Qué estás haciendo! ¡Estás loca!*

—Que sí, coño. Que bajamos ya.

Su tono.

Su voz.

Lo más desagradable del mundo.

Él colgó la llamada.

Yo, dándole la espalda, iba a empezar a abotonarme la camisa.

Y entonces, algo en mi muñeca…

Su mano, que me agarraba.

Me agarraba y me hacía girarme.

Me hacía girarme hacia él…

Sentí su olor, su presencia, de frente…

… su miembro descabezado, rosado y brillante asomando por encima de sus pantalones y calzoncillos a medio subir; su camisa abierta; su tripa enorme, que rozaba mi vientre…

… y sus labios frente a los míos…

—Niñita… no nos dan más tiempo… Tenemos que irnos.

Yo lo miraba a los ojos y sentía que los míos me lloraban.

Y él entonces soltó mi muñeca y puso sus manos en mi camisa, casi a la altura del cuello.

Encendido. Más que nunca. Y, a la vez, frustrado, me susurró, labio con labio:

—Niñita, ¿qué coño haces…? Vístete bien…

Mi corazón retumbaba. Sentía que casi me desmayaba.

Sentía que no controlaba nada. Ni a mí misma.

Bloqueada. No sabía ni a qué se refería.

Ni era capaz de decir nada.

—Vístete bien… No me calientes… Ponte el sostén enorme ese… —me espetó.

Y yo resoplé. De angustia. De turbación. De no saber qué querer.

De no entender.

De no entenderme.

—¿Qué te pasa… niñita…? —me susurró, sin darme respiro, sin darme tiempo a entender que, en mi colapso, me había puesto la camisa sin el sujetador; y su tono no era cariñoso, sino soez, lascivo, autoritario…

… y sus manos fueron de repente a mi cuello. Las dos.

—¿Qué te pasa…? Eh… —susurró en mis labios…

… y me rozó con ellos.

Su aliento. Su olor. Su calor.

Lo sentía tan cerca que no sabía siquiera si mantenía mis ojos abiertos o si los había cerrado.

Temí que fuera a besarme.

Yo no sabía qué quería.

Y entonces sentí algo extraño: con una mano me sujetaba por el cuello de la camisa; su otra mano jugueteaba con las perlas de mi collar.

Yo era un guiñapo a punto de desmayarme…

Mis muslos temblaban.

Sentía mis pechos duros… como están cuando algo en mí se desboca.

Y entonces su boca fue a mi oído, apartando un poco mi melena con una mano:

—No tenemos tiempo… —me susurró.

Yo tragué saliva…

… y lo toqué.

Lo toqué aunque solo fuera para sostenerme.

Puse mis manos en su cadera, sobre su camisa sudada, sobre su cintura casi obesa.

—No tenemos tiempo… pero me durarías un minuto…

Mi corazón retumbaba de tal forma que pensaba que no podía resistirlo.

—Un minuto… Bueno, un minuto sí lo tenemos… —casi jadeó en mi oído… y sentí entonces sus labios y, después, sus dientes en el lóbulo de mi oreja.

Era demasiado.

No podía más.

Sentí que un jadeo se escapaba de mis labios.

Un jadeo de algo que era una mezcla de todo.

Su olor era tan intenso: tan masculino, tan revenido, tan penetrante…

—Un minuto sí lo tenemos… —me sopló en los labios.

Y entonces sus manos soltaron el cuello de mi camisa, soltaron mi collar, soltaron la piel de mi cuello…

Y fueron abajo.

—En un minuto te me deshaces…

Amenaza. Provocación. Autoridad.

Eso fue lo último que escuché antes de sentir el ajetreo, el exceso, el asalto.

Sus manos pesadas, acuciantes…

Mi falda hacia arriba…

La tela aceptándolo, obedeciéndole.

Angustia.

Incomprensión.

Espasmos.

Y entonces sentí el aire, el aire caliente… acariciando mis nalgas.

No podía mirar abajo.

Solo podía sentir.

Y, a veces, veía; a veces, no. A veces entrecerraba los ojos. A veces los cerraba del todo.

Y entonces, su aliento en mis labios y una mano fugaz arriba, a él mismo, a acomodarse las gafas.

—Un minuto me duras… —provocó, o amenazó, y entonces lo sentí:

Sus manos en mis caderas, en las tiras de mis bragas.

El horror.

El espanto.

Pero también la adrenalina.

También algo en mi interior que se extasiaba por sentir su ansia y por sentir que no habría nada más obsceno.

Sí, cerré los ojos.

Sí, tragué saliva.

Sí, dejé que bajaran… que las bajara.

No se resistieron.

No me culparon.

Sentí la tibieza del aire…

Y la exposición… de mi sexo.

Su descubrimiento.

Su descubrimiento con su frase acusadora y ultrajante.

—Joder… depiladito… Muy bien…

Me lo bufó en los labios y yo me estremecí, me estremecí y me traicioné; mis manos me traicionaron… yendo a sus hombros, posándose allí, sobre su camisa de traje.

No era yo… o lo era como no lo había sido nunca.

Mi cuerpo tembló en otro espasmo y, otra vez, como instantes antes, me veía desde fuera: de pie, cara a cara frente a aquel señor, con mi camisa blanca abierta, mi collar de perlas, con mis pechos fluyendo libres, sintiendo su tripa enorme rozando mi abdomen… con mi falda subida… con mis bragas bajadas hasta los muslos… detenidas sobre mis medias… Sobre aquellas medias que acariciaban mi piel haciéndome sentir… desde hacía horas… otra… otra chica, otra chica que no había sido nunca.

Mis zapatos de tacón se clavaban en la moqueta mientras sentía el tacto de don Ricardo, su ansia, su urgencia, su prisa… con sus pantalones subidos pero abiertos… con su miembro asomando medio duro… medio flácido…

Y entonces todo se precipitó. El ataque fue triple. Primero, su voz, su voz y su mano; mano que me sujetó por el cuello, por la mandíbula, que me guió… que me obligó, aunque yo ya quería… y su voz, su voz en mis labios, posesiva, segura: *ven, ven aquí, niñita*… Y tras su voz, la caída, mi caída, mi pavor, mi deshonra… y sus labios ásperos, finos… atacando los míos, besándome… Me besaba en unos besos extraños, secos, rígidos… desagradables y, a la vez, tan prohibidos que sentí mis dedos apretar sus hombros… No sabía por qué, no me entendía… pero mis muslos temblaron y mi rostro se ladeó, se ladeó para que don Ricardo me siguiera besando, para que me besara mejor. Su aliento, su masculinidad, su densidad; me sujetaba por el cuello de mi camisa y me besuqueaba con ansia y culpa y con un

deseo tan irreprimible que fui… quizás yo… quien abrió la boca… Fui quizás yo quien separó ligeramente los labios… quien le pidió entrar… quien le pidió que metiera su lengua en mi boca, que jugara con la mía, que me humillara con mi claudicación…

… Y entonces todo explotó: su aliento me derrumbó, me paralizó… me desagradó y me encendió; don Ricardo me besaba, con lengua, metía su lengua en mi boca y apretaba mi cuello, haciéndome ronronear en un beso que era horrendo y desagradable, pero, a la vez, tan morboso que otra vez sentía que me desmayaba; y su lengua golpeaba la mía, dentro de mi boca, en un movimiento que no era un baile sentido, sino un ataque desalmado, necesitado, como si bebiera de mí, como si no buscara en absoluto un placer recíproco, sino su mera descarga de deseo, su mera ansia de conquista. Y el tercer ataque: abajo, con su otra mano, mientras su lengua seguía fundiéndome, mientras nuestras bocas fluctuaban. Abajo, sus dedos en mi coño, sin preámbulo, sin ternura, las yemas de dos o tres de sus dedos ásperos palpándome, sometiéndome, dominándome…

Y entonces, mi vergüenza. Mi vergüenza más horrenda cuando él, cortando el beso, susurró en mis labios:

—Joder… cómo lo tienes… empapadito…

Y otra vez mi corazón explotando, y sus labios a mis labios, y nuestras bocas abriéndose; nuestras lenguas chocando, nuestra saliva fluyendo… y mi sexo… atacado… atacado por su aspereza… por unas maneras extrañas, por unas formas desconocidas… hasta que entonces… lo sentí.

Algo. Allí.

No una caricia.

No un toque.

Una presión, un roce, un frotamiento; con una intensidad fuerte… pero justa… justo… en el sitio… con la intensidad precisa…

—Ahhh… —tuve que apartar mi boca para jadear.

No entendía qué me había hecho… cómo me había tocado.

—Ahhhh… —temblé súbitamente sin entender cómo aquellos dedos ásperos habían cercado y raspado mi clítoris.

—Ahhh… ¡queé…! —protesté, con mis piernas temblando y enterrando mi boca en su mejilla caliente, olorosa y húmeda.

No entendía nada.

No entendía mi cuerpo.

Nadie me había tocado así.

No entendía ni las señales de mi propio sexo.

Me cobijaba en él, juntos, pegados, y sentía mi cuerpo palpitar, abrirse, y sus dedos, firmes, rígidos, que me hacían sentir un placer distinto, desconocido, desconcertante… y aquello no se detenía, no cedía, seguía ahí, insistente. No me entendía, no me comprendía; y todo envuelto en su olor, y en aquel morbo… por lo soez, por lo prohibido, por lo desagradable… Y no sabía si lo que hacía era porque él lo mandaba o porque mi cuerpo actuaba por sí mismo… y me encontré jadeando unos "ahhh…", "ahhh…", cerca de su cuello, o de su pecho, pues mi cuerpo descendía un poco, pues mis piernas me fallaban, mis rodillas se flexionaban…

—¡Ahhh…! ¡Ahhh…!

Mi cuerpo respondía con movimientos rápidos, automáticos, siempre iguales, repetidos, sin pausa ni variación, y esa insistencia, lejos de aliviarme, me llevaba a un punto extraño, excesivo, como si algo dentro de mí se saturara y empezara a desbordarse…

—¡Aaahhh! ¡Aahhh! —gimoteaba… sin entender nada, sin entender mi cuerpo, como si fuera la primera vez que alguien me tocaba allí…

Y es que me frotaba, me raspaba la cúspide de mi sexo a toda velocidad, pero restregaba con fuerza, con más de la que nadie hubiera ejercido jamás —ni yo misma—, y sentía que me deshacía, que me fundía…

—Eso es… Eso es *niñita*… —susurró él, sin dejar de romperme, de destrozarme.

—¡Ahh…! ¡Ahh…! —me retorcía yo, y separaba un poco las piernas, y flexionaba un poco más las rodillas, y me aferraba a sus hombros…

… Entregada, superada… sintiendo con cada espasmo que me desvanecía.

—Un minuto… un minuto más me duras… —me jadeó, y mordió mi labio inferior, mientras yo me retorcía.

—¡Ahh…! ¡Ahhh…! ¡Aahhh…!

Las piernas me fallaban. Mi corazón explotaba. Mi melena se pegaba a mi nuca, sudando, jadeante… Y mi coño… mi coño se deshacía… vibraba, palpitaba como no lo había hecho nunca; sentía que aquel brote que él frotaba se me salía del cuerpo…

Y entonces…

Todo cambió.

Su mano me abandonó. Su cuerpo se retiró. Se colocó a mi lado. Y no supe si por orden suya o para sostenerme, reculé medio paso, mareada, sobrepasada, y me senté sobre la cama.

Y entonces, de soslayo, vi como él desabrochaba un puño de su camisa.

Yo intentaba recuperar el aliento, sentada frente a él, mientras veía cómo se remangaba la manga hasta el codo.

Yo trataba de entender qué me había sucedido, cómo había tocado mi cuerpo, cuando él se inclinó hacia mí.

A mi lado, inclinado, sin llegar a sentarse del todo.

Su miembro asomando sobre sus pantalones abiertos, su barriga enorme hinchada por entre su camisa, un brazo remangado.

Yo, sentada, con la camisa abierta, con el collar de perlas, con chorros de sudor haciendo brillar mi torso, mis pechos, con mi falda subida, con mis bragas atando mis muslos.

—Trae… Trae y ya acabamos —dijo serio, pero rápido, con prisa, y sus manos fueron a mis bragas.

Yo, que ya no era yo. Yo, que seguía extasiada por lo que acababa de ocurrir, levanté un poco mis piernas y facilité que mis bragas discurrieran por mis muslos y salieran por mis pies.

Todo iba muy rápido.

Yo no podía pararlo.

No era capaz.

O no quería…

—Abre. Abre más las piernas —ordenó.

Y yo cumplí.

Sentada junto a él.

Y lo miraba.

Lo miraba y lo temía.

Lo temía… por lo que acababa de hacerme.

Lo temía, con mis manos apoyadas un poco atrás, con mis codos ligeramente flexionados, con mis pechos manteniendo mi camisa

abierta, con mi falda en la cintura… y con mi sexo abierto sobre la cama.

Una de sus manos fue a mi muslo.

La otra, sus dedos, a uno de mis pechos.

—Abre. Separa —pronunció, serio, y me dio dos golpes secos en aquel muslo.

Yo entrecerré los ojos y obedecí.

Abrí más las piernas.

Sentí mi sexo brotar, casi salírseme del cuerpo.

Y se arremangó otra vez aquella manga, la de aquel brazo, la de aquella mano que iba a atacarme.

Y su otra mano cambió su caricia sobre mi pecho, para hacerlo de la manera más dura, más bruta, con su palma y sus dedos tocándome aquella teta que sentí vergonzosamente grande.

Y así, sentado, girado hacia mí, con su mano más cercana tocando mi teta y con la más alejada cruzando y girándose hacia mi cuerpo, hacia mi entrepierna… volvió a ir hacia mí… aquella mano, de aquel brazo arremangado… atacándome.

Como si él ya lo supiera, como si aquellos primeros instantes, cuando estábamos de pie, le hubieran servido para conocerme, para conocer mi cuerpo, para conocer mi coño, apenas rozó mi clítoris con las yemas de sus dedos y los hizo friccionar en un contacto rapidísimo y pulsante, y todo aquel placer desconocido e inasumible me subió como un torrente por todo mi cuerpo, desde los pies a la nuca, desde mis muslos a mis pechos, desde mis tobillos a la garganta…

—¡Aaahhh…! —jadeé… jadeé a los pocos segundos de que hubiera vuelto a tocarme y dejé caer mi cabeza hacia atrás.

—Shhh… —me quiso contener, autoritario, pero mi corazón retumbaba y aquellos dedos no se detenían.

—¡Aaahhhh…! —gimoteé y sentí mis piernas, mis muslos alzarse, y sentía cómo él apretaba mi teta con su otra mano como si fuera otro resorte para dominarme.

—Shhh… Quieta…

—¡Ahhh…! ¡Ahhh…! ¡Ahhh…! —gemía…

… me retorcía, me deshacía, y sentía mi sexo vibrar, cada terminación nerviosa, cada pliegue, cada recoveco, latir, humedecerse… por aquellos dedos gruesos, por aquellos movimientos rapidísimos, sobre la cúspide de mi clítoris, cúspide que apretaba, que parecía rasguñar, pellizcar entre sus dedos, apretarlo y sujetarlo, apretarlo y arañarlo…

—¡Ahhh…! ¡Ahhhh…! ¡¡Aaaahhh…!!

Chillaba yo…

Y sí, ya casi sentía que me corría… en apenas medio minuto desde que había vuelto a tocarme… pero lo que sentía no era como el preámbulo de un orgasmo, sino como el de una explosión diferente, pues sentía una humedad en mi interior, una sobredilatación, una sobreexcitación… desconocidas.

—¡¡Ahhh!! ¡¡¡Aaahhh…!!! —chillé y me sorprendí alzando las piernas, temblando.

—¡Shhh…! ¡Quieta! —me reprimía él, arremangado, concentrado, apretando mi teta con fuerza, ultrajándome, humillándome.

Y yo no entendía cómo podía darme tanto placer, cómo me hacía mojarme así, cómo me hacía abrirme así…

—¡¡Aaahh…!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh…!! —intentaba yo alzar el rostro, pero éste volvía a caer hacia atrás por el gusto inhumano que sentía.

Y yo estaba a punto.

Y él lo sabía.

Y quizás, por eso, hizo lo que hizo:

Su mano se movió. Mi clítoris fue abandonado. Y de golpe. En la abertura. Entre mis labios separados… Sin aviso. Sin caricia. Sin preámbulo… La sensación. La impresión. Lo evidente. Lo inevitable. Un dedo. O dos. El tacto. La invasión. Yo, abierta para él, para esos dedos enormes. Impactada. Afectada. Miré hacia abajo. Me penetraba. Me incrustaba sus dedos corazón y anular en el interior, en mi sexo, en mi coño. Lo hacía con fuerza. Con decisión. De una metida.

—Ah… ¡Di-os…! —balbuceé, sin saber si sentía más placer, impacto o vergüenza.

—¡Ahh…! ¿qué…? Dios… No… —casi lloriqueé, mirando hacia abajo, viendo sus dedos dentro de mí.

—Quieta. Ya va… —susurró él, cortante, serio, con sus dedos metidos en mi cuerpo.

Y entonces se empezó a mover, pero no desde los dedos, sino desde el brazo entero, duro e implacable, bajando desde el hombro para terminar su movimiento dentro de mí, sí, en sus dedos; me masturbaba, pero lo hacía casi con todo su cuerpo… con todo su brazo.

—¡Aaahhh…!

—¡Ahh…! ¡¡Mmmm!! —gemía, sintiendo, otra vez, un placer desconocido.

—¡¡Ahh…!! ¡¡Aahh!! —volví a gimotear al sentir aquellos dedos que empezaron a agitarse en mi interior, rápidos, brutos, duros, de abajo arriba, golpeando la pared interna de mi pelvis, raspándome allí en un doble movimiento: me invadía para después recrearse y rozarme dentro; y otra vez, se retraían para volver a invadirme, y volver a

rasgarme allí, con aquellos dos dedos… que parecían llegar y frotar… cada vez más dentro…

—¡¡Aaahhh!! ¡¡Aaaahhh!! ¡¡Aahhh!! —me deshacía yo ante aquel movimiento brutal, incesante, duro… Al sentir cómo taladraba mi sexo con aquellos dos dedos gordos, ásperos, enormes.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Aahhhh!! ¡¡Aahhhh…!! —chillaba yo, sentada en aquella cama, y volvía a alzar las piernas en espasmos.

—¡¡Aaaahhh!! ¡¡Aahhh!! ¡¡Ahhh…!! —gritaba, y a veces miraba hacia abajo, y veía cómo me invadía, y otras veces me veía obligada a dejar caer mi cabeza hacia atrás, y allí ronroneaba unos llorosos "MMM" "MMM" "MMHHM", y después volvía a mirar abajo, a mi coño ultrajado, a mi teta apretada, a aquel hombre, a aquel señor arremangado que me metía aquellos dos dedos y me empujaba, casi levantando mi cadera…

… hasta que vino lo más ultrajante, lo que más me hizo avergonzarme…

…. un sonido grotesco, líquido…

… un fssch, fssch, fssch, fssch, rítmico, acuoso, bochornoso… que partía de mi sexo.

Un grito empapado que cubría mis jadeos y gemidos.

Un clamor húmedo que me anunciaba que no podía más…

Un estallido viscoso, desconocido, que plasmaba que algo se había detonado en mí… que mi sexo iba a explotar en un orgasmo que yo no sabía cómo iba a poder gestionar, cómo iba a poder disfrutar sin colapsar.

Sentía algo parecido a la angustia por lo que sabía y a la vez no sabía que me venía.

—Fssch, fssch, fssch, fssch —me humillaba mi sexo empapado.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Aahhh…!! ¡¡Aahh!! —gemía yo sobrepasada y llorosa, temblando en espasmos.

—Ya estás… ya casi estás *niñita*… —me jadeaba él, implacable, susurrándomelo al oído, babeándomelo, estrujando mi teta… y destrozando mi coño con sus dedos, con su mano, con todo su brazo.

—¡Fssch, fssch, fssch, fssch…!

—¡¡Ahhh!! ¡Aaaahhh! ¡¡Aahhh!! ¡¡Ssíii!! —me vencía yo… ridícula, volviendo a alzar mis piernas.

—¡¡Mhhh!! ¡¡Mhhhhh!! —ronroneaba, con mi cabeza hacia atrás.

—¡Fssch, fssch, fssch, fssch! —chapoteaba mi sexo por cómo me avasallaba él.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhhhh!! ¡¡AAAaaaahhh!! —gritaba yo, temblando en espasmos, sintiendo una humedad enorme, una dilatación inmensa…

y entonces…

… su voz en mi oído:

—*Niñita*… có-rre-te…

… …

Exploté.

Fue escucharlo y me deshice.

Fue escucharlo y sentir que algo se detonaba en mí.

Él detuvo su mano, sus dedos, y mi cadera tembló, y lo buscó.

Mi coño se rozó, vibró hacia adelante, hacia él, para restregarse… contra aquellos dedos que tenía dentro…

Sentí lágrimas en los ojos, sentí su mano apretando mi teta, sentí mi coño estallar.

—¡¡¡¡Aahhhhhh!!!!

—¡¡¡¡Ahhhhhh!!!!

—¡¡¡¡¡AAAAAHHHHHHHH!!!!!

Y la explosión.

Húmeda.

Lo sentí. Lo sentí salir de mí.

Me retorcía.

Temblaba.

Tiritaba.

No sabía qué me pasaba.

Me temblaba la mandíbula, el cuello, la nuca, el torso, la cadera…

Sentía… como que me meaba…

Sentía que me meaba…

… que mojaba su mano.

—¡¡¡¡AAAAHhhhh!!!!

—¡¡¡¡¡AAAH-AAHHHHH!!!!!

No era capaz de soportar aquel placer.

No era capaz de entender qué hacía mi cuerpo, mi sexo, mi coño… del que brotaba aquello con presión… con fuerza… manchando su mano de algo interno, acuoso…

—¡¡¡¡AAAAHhhhh!!!!

—¡¡¡¡¡AAAH-AAHHHHH!!!!!

Me meaba.

O eso creía sentir.

Y su mano seguía, fundiéndome, castigándome.

Y mis piernas alzadas.

Mis piernas envueltas en aquellas medias.

Mis pies tensos. Mis zapatos de tacón vibrando.

—¡¡Aaaaaahhhh!! —me abandoné, dejando caer mi torso hacia atrás, avergonzada en aquel momento porque sentía y pensaba que me había meado, que había meado en su mano.

Tumbada, boca arriba… sentí sus dedos abandonarme.

Sentí la oquedad enorme de mi sexo quedando expuesto.

Podía sentir mis labios apartados…

Podía imaginar mis labios rosados, mojados…

… la visión clara que tendría él.

Mis piernas bajaron.

Mis tacones tocaron el suelo.

Y de repente, su voz, allí, sentado:

—Vaya corrida se ha pegado usted… María Begoña…

Tragué saliva.

Mi corazón seguía palpitando como nunca.

Un *pum-pum, pum-pum*, que era angustia pura.

Angustia y turbación.

No entendía qué me había hecho.

No entendía si me había meado, si solo me había corrido. Si habían sucedido las dos cosas.

Sentí vergüenza. De mí misma. De lo que él pensaría de mí.

De lo que él había hecho conmigo.

Y entonces sentí movimiento.

Él se ponía en pie.

Y yo escuchaba sonido de ropa moverse.

Y yo, otra vez, no sabía qué quería.

Mi sexo, mi coño, palpitaba, indeciso. Conforme e inconforme a la vez.

Colmado y necesitado.

Avergonzado y deseoso de descubrir más…

… Más placer.

Más culpa.

Más obscenidad.

Y entonces él —que yo sentía y veía de soslayo que se quitaba la camisa y se bajaba más los pantalones— se aclaró la voz.

Se aclaró la voz… para hablar… y yo no sabía si me anunciaría que se iría a la ducha o si…

…

Y entonces, tras escuchar el sonido de un zapato caer al suelo…

… escuché:

—Joder… *niñita*… Lo siento pero no me voy a poder contener.

Lo dijo y escuché otro zapato resonar contra la moqueta.

Lo dijo y de reojo vi cómo su camisa azul desaparecía.

…

…

…

# 20. Entre dos caídas.

…

…

…

Peso, calor, densidad, oscuridad…

Tacto, asfixia, opresión…

Su cuerpo…

… sobre el mío…

Su cuerpo ya desnudo… reptando… cubriéndome.

Su sudor, el mío.

Un olor horrible. Un olor penetrante… Un olor que… quizás y precisamente, por ser así… así de desagradable… me excitaba.

Por culpable.

Por inexplicable…

Mis manos fueron a sus nalgas mientras él enterraba su boca en mi cuello…

Sentí su saliva allí, su aliento denso.

Me estremecí.

Temblé.

Él lo sintió.

Y entonces retiró un poco su rostro… y se quitaba las gafas, que soltaba sobre la cama… para volver a besarme allí… debajo de mi oreja.

El tacto de su culo enorme era… blando… pegajoso… atroz… y morboso a la vez… como todo él.

Yo, boca arriba.

Él… sobre mí.

Su peso. Su vello corporal. Su barriga. Su aliento… Su olor…

Su miembro… rozando mi pelvis, rozando mi falda recogida en mi cintura.

Horrendo. Prohibido…

Mi corazón explotaba de culpa, de adrenalina… de sentirme tan mal… y, a la vez, de no entenderme… y, a la vez, de querer que todo siguiese.

Y, a la vez, de recordar lo que había hecho con sus dedos…

Una náusea subió por mi cuerpo al acariciar su culo flácido… una náusea que quise retener… como un masoquismo sexual… inexplicable.

Sentenciada.

Me sentía sentenciada mientras él reptaba, se frotaba sobre mi cuerpo… apartaba el cuello de mi camisa para morder mi piel, más arriba de mi collar, más abajo de mi mandíbula.

Cerraba los ojos…

Sentenciada.

Cerraba los ojos y acariciaba sus nalgas enormes y velludas, con mi pelo apelmazado por el calor.

Lo tocaba con miedo, con asco, y, a la vez, mi corazón retumbaba por una adrenalina electrizante.

Su cuerpo, enorme, pesado, sobre el mío… me obligaba a abrir las piernas, a acogerlo…

Sentía su barriga, extrañamente dura, y, más abajo… creía sentir su miembro… frotándose… queriendo invadirme.

Cerré los ojos con fuerza.

Cerré los ojos con fuerza mientras él fijó mi cabeza con las dos manos y me besó.

Su lengua en mi boca.

Asco. Excitación. Náusea. Morbo.

Nuestras bocas se fundían de saliva. Él emitía pequeños quejidos y su cuerpo iba arriba y abajo, sobre mí, en movimientos rítmicos… como si ya me penetrara, como si lo pretendiera, como si pretendiera llenarme, de forma consecuente, natural… por el mero roce, aprovechando la abertura extrema de mi sexo…

Sentenciada…

A punto de ser follada… por don Ricardo, mientras nos besábamos, pues lo besaba yo también, y me atrevía a apretar más sus nalgas, casi a arañarle; mis dedos se hundían en aquella blandura húmeda…

Sentenciada…

El movimiento de sus caderas… de su pelvis… de su miembro… cada vez más cerca, cada vez más cerca de ser certero…

… cuando un sonido nos sobresaltó.

Él se detuvo.

Yo dejé de acariciar sus nalgas, pero no aparté las manos.

Descubrí entonces el motivo del sonido. Otra vez, aquella melodía. Un sonido electrónico, frío, acusador, que tardé unos segundos en reconocer. No venía de nosotros. No venía de la cama. Era un pitido insistente, lejano, que parecía colarse desde algún rincón de la habitación, amortiguado por la moqueta, por la ropa tirada. El teléfono de Ricardo. Otra vez. Sonando. Seguramente en un bolsillo

de los pantalones que ahora estaban en el suelo, arrugados, abandonados.

—Joder… —se quejó él debajo de mi cuello.

Pero su protesta fue diferente.

Era molestia, sí, pero ya no exactamente frustración.

Se apartó apenas lo justo. Sentí cómo su peso me liberaba, cómo su cuerpo dejaba de presionarme del todo. Esbozó un quejido desagradable con su movimiento y yo aproveché para respirar hondo, para llenar los pulmones, para hinchar el pecho como si acabara de salir a la superficie después de mucho tiempo sumergida.

Él se hacía a un lado, pero estaba cerca. Muy cerca.

Su barriga enorme seguía en contacto conmigo. Caliente. Presente.

La melodía no cesaba.

No parecía que él fuera a contestar.

Y entonces me incorporé un poco, apenas apoyando un codo atrás, y miré abajo, quizás para no mirarlo a él: mi camisa abierta, la falda arrugada, subida hasta la cintura, mi sexo expuesto, las medias tensas enfundando mis piernas, mis muslos, los zapatos aún puestos…

Y él.

Aunque no quisiera mirarlo.

Él.

Desnudo.

Salvo por unos calcetines negros, finos, bastante subidos, casi hasta las rodillas.

La imagen me golpeó con una extrañeza casi irreal, grotesca.

Él seguía allí, respirando con pesadez, sin prisa, sin moverse para buscar su teléfono.

Y entonces habló, con una media sonrisa que no miré, pero que supe que estaba allí:

—Ésta se lo huele, eh…

La melodía seguía sonando.

—Nos vamos a tener que atrincherar aquí, eh…

Repitió aquel "eh" desagradable, amenazante, y dejó la frase caer en el aire, sin añadir nada más, mientras el teléfono insistía, implacable, desde algún lugar de la habitación.

Y yo entonces cerré los ojos. Sin entenderme. Sin entender qué hacía allí. Sabiendo que mi teléfono… sin batería… también estaría recibiendo llamadas…

De Jorge.

De mi marido.

Temblé.

De rabia.

De incomprensión.

De odio a mí misma.

Cuando, de golpe, sentí una mano en mi costado.

Ricardo, pesado, quejoso, tumbado de lado, apoyando su cabeza en su mano, con el codo flexionado, apartaba mi camisa… despejando mis pechos… y comenzó a acariciarme.

Y yo suspiraba.

Suspiraba sabiendo que era el momento. El momento de la cordura.

El momento de volver en mí.

De huir.

Sus dedos ásperos casi arañaban mi piel, mi teta… mi pezón.

La melodía no cesaba.

Quizás nunca había parado, quizás se había reiniciado en una segunda llamada casi instantánea.

*Vete… márchate… si tienes una pizca de voluntad…* me decía, mientras sentía cómo él disfrutaba de amasar mis pechos.

*Páralo. Vete…*

Me decía yo a mí misma, y tragaba saliva, y él me acariciaba también el vientre, con torpeza, con falsa calma, con impostada ternura.

La melodía seguía sonando.

—¿Te gustó? ¿Disfrutaste? —escuché entonces en mi oído, su susurro, su bocanada ardiente.

Sabía a qué se refería.

Hablaba de mi orgasmo.

Sentí asco.

Repugnancia.

Pero no me movía.

Y la melodía seguía.

—¿Eh? Dime… —insistió, y volvía a amasar mi teta, que bailaba sobre mis costillas, bajo su mano abrasiva.

Tragué saliva.

—Sí… —contesté, traicionándome, casi recostándome del todo, dejando que me tocara con su mano torpe y que se regocijara con aquellas preguntas.

—Y tanto que sí… —susurró para sí, en tono aún más bajo, satisfecho.

Mi corazón latía otra vez con fuerza.

El calor era insoportable.

La camisa estaba completamente pegada a mi espalda; la seda era una masa húmeda, mis medias me agobiaban, mis pechos sudaban.

—Y tanto que sí… vaya chorrito echaste, eh… —dijo…

… y mi garganta se cerró.

Un torrente de rabia me estremeció.

La melodía cesó.

—¿Los sueles echar así? —preguntó, muy cerca otra vez de mi oído.

—No… —casi jadeé al instante… expuesta, boca arriba, acariciada… sin entenderme.

—¿No… pocas veces… o no… nunca? —me susurró, excitado, inquieto.

—No… pocas veces… —mentí.

Y en ese silencio repentino, sin la melodía sosteniéndolo todo, me sentí desnuda de otra forma. No solo por el cuerpo, sino por dentro. Sabía que debía apartarme, irme, huir, y, sin embargo, una parte de mí quería seguir allí, quieta, expectante, atrapada entre el miedo y un deseo que no quería reconocer. Me dolía no entenderme. Me angustiaba comprobar que, aun sabiendo de la gravedad, de mi traición, de la obscenidad… y del asco que despertaba en mí… no era capaz de moverme.

—Tienes un chochito muy… fácil… —volcó su aliento en mi oído…

… diciendo aquello…

… y yo tirité… por su lascivia, por mi vergüenza, por aquella palabra horrible… y me abandoné… otra vez… y cerré los ojos…

Y lo sentí.

Casi enseguida.

Su caricia.

Abajo…

Entre mis piernas.

Otra vez…

Me palpaba. Me comprobaba. Se regocijaba en su destrozo.

Sentía las yemas de sus dedos acariciar mis pliegues, mis labios rosados… marchitos.

Yo no respiraba. Contenía el aliento. Con los ojos cerrados.

Recordando lo que me había hecho…

Y entonces lo sentí, mientras me acariciaba, mientras jugueteaba con mis labios salientes: sentí una gota abandonarme… una gota que salía de allí, de mi interior… y discurría hacia abajo, hacia mi ano…

Temblé en un espasmo que él tuvo que sentir.

Las yemas de sus dedos sobrevolaban sobre mi coño.

Otra vez… Sentenciada.

Él no iba a renunciar.

Y, como si me leyera la mente, como si supiera que, en aquel preciso instante, yo intentaba asumirlo…

… se volvió a volcar sobre mí y me susurró:

—Ahora… te voy a follar.

Mi pecho se contrajo.

Una lágrima quiso brotar de uno de mis ojos cerrados.

—Ahora te voy a follar… pero esto no lo vas a disfrutar, eh…

Sentí su mueca. Y me estremecí. Y supuse que pretendía ser irónico, una forma de presumir… pero también había sonado a amenaza.

—Ahora no lo vas a disfrutar… —repitió, de forma exacta…

… y su mano me abandonó.

Y, aunque apenas había hecho más que rozarme… mi sexo, sin él, sin su presencia, sin sus dedos amenazantes… respiró.

Entreabrí los ojos, al tiempo que le escuché murmurar:

—Vamos a poner durito esto, eh.

Y otra vez, un gesto atroz, una visión espantosa… y, a la vez, atrayente… tanto que llevé mi mirada allí cuando presentí el movimiento, tanto que no la desvié cuando vi lo que hacía:

De lado, volcado hacia mí, con su barriga enorme tocando mi costado… comenzó a masturbarse.

Pajeaba una polla blanda, casi mínima, mientras sentía su mirada en mi cuerpo.

Se masturbaba, tranquilo, paciente, en movimientos lentos, pretendiendo endurecer una blandidez lastimosa y mustia.

Yo, otra vez, lagrimeaba, tumbada boca arriba, sin entender por qué aquel magnetismo.

Temblaba, pero no me movía, y no sabía dónde poner mis manos; no me movía mientras escuchaba un sonido mínimo, líquido, de

masturbación, de su piel cubriendo y descubriendo su glande… y mientras sentía un olor potente, sexual, impactante; un olor a sexo como nunca, el olor de su polla, que quizás —o seguramente— no había sido lavada después de penetrar, de follar, a Carolina.

Tragué saliva.

Mi garganta estaba cerrada.

Mi espalda era todo sudor. Escurrida sobre la cama, un cuello de mi camisa casi se me pegaba a la mandíbula.

Se aclaró la voz con un "Hmh" desagradable y empezó a susurrar, en golpes de voz horribles:

—Vamos a ponerla durita… eh…

… Ya verás qué bien va a entrar…

… No es muy grande, pero es cabezona…

… La vas a notar bien…

Al escucharlo sentí como un golpe en el vientre. La vulgaridad, el anuncio, la amenaza dicha con calma. Me atravesó una turbación fría, un espanto que me dejó aún más quieta, comprendiendo que se regodeaba en prometerme lo que venía, en decirlo antes de hacerlo, en obligarme a oírlo.

Cerré entonces los ojos, no quería ver, ni de reojo, cómo se masturbaba, cómo hacía crecer aquello.

Y entonces llegó algo extraño, igualmente atroz, unos sonidos, roncos, desacompasados. Unos esbozos de placer profundos.

Yo había visto a chicos masturbarse junto a mí, pero nunca habían gemido al hacerlo. Y sobre todo nunca así.

Gutural. Grotesco. Desvergonzado.

Amenazante.

Unos “ooohh” roncos y profundos.

Unos “mmhh” que le nacían de los pulmones, ronroneados, mientras me miraba, mientras sentía que me miraba.

Unos instantes así, con aquella melodía sucia y obscena, a mi lado, hacia mí, endureciendo aquello, jadeando así… de aquella forma horrible.

Mi cuerpo se agitaba.

Toda la cama temblaba un poco, de forma rítmica.

Y entonces un “¡ooh!” se hizo más grave, más alto, más vociferado, y yo, sin quererlo, abrí los ojos. Abrí los ojos y vi su barriga, su sudor, su pelo por su torso y su polla ya sobresaliendo un poco por entre la mano que la agitaba. Veía aquella cabeza rosada y brillante al tiempo que él susurró:

—Ya casi… Ya voy…

Y comenzó a moverse.

Mi corazón retumbó.

Mis muslos temblaron en un espasmo brutal, incontenible.

Y entonces, mi voz, sin saber con qué fuerza…

… salió:

—No…

…

—No… mejor… córrete… así…

Tragué saliva.

Él dejó de jadear, pero no de tocarse.

—Mejor… córrete así… encima de mí… si quieres… —susurré, con un hilo de voz.

Él farfulló entonces algo, o más bien emitió un quejido mientras se movía.

Y yo sentía que no lo convencía.

—Córrete… si quieres… ahora… así… en mis medias…

Lo dije.

Me atreví.

Me liberé.

Pero mi liberación duró una fracción de segundo.

Duró lo que tardé en volver a sentir su peso.

El espanto.

La densidad.

El calor.

La oscuridad.

Su cuerpo… sobre el mío.

Su desnudez… sobre mi piel, sobre mi carne…

Sus codos a ambos lados de mi cabeza.

Su tripa enorme sobre mi vientre.

Sentía otra vez su olor, más cerca.

Su sudor, mojándome.

Y… sobre todo… ahora así… su polla… dura… rozando mi falda… rozando mi entrepierna.

—¡Hmmh —gruñó tras acomodarse, tras completar su movimiento.

…

Y yo lo cobijé… sin quererlo.

O queriéndolo.

# 21. La anulación.

Me cubría. Otra vez.

Pero esta vez era diferente.

Había otra decisión.

Otro ansia.

Sus labios rozaron los míos, y sin saber por qué, esta vez, yo aparté ligeramente el rostro. Él, entonces, al instante, me sujetó el mentón, me giró y posó sus labios secos y finos en los míos.

Su lengua empujó… deliberadamente, no de manera natural.

Obligando a mi boca a abrirse.

Y mi boca se abrió.

Nuestras lenguas contactaron, yo sentí la descarga del toque, y enseguida cortó el beso. Como si hubiera querido decirme que no quería mi lengua por deseo, sino por dominio.

Yo coloqué mis manos en sus costados, sin querer tocar esta vez sus nalgas blandas… el tacto allí era algo más terso, pero igualmente sudado.

Mi corazón explotaba. Chocaba contra su pecho.

El peso de su cuerpo, su olor, me mareaba…

Encima. Contactándome con todo su cuerpo.

No sabía si cerraba los ojos o si los abría…

Cuando de repente sentí el peso de él moverse a un lado; se retiraba un poco y una de sus manos bajaba a su miembro…

No iba a dejar aquello al azar. Al azar del roce casual. No. Esta vez no.

—Separa. Separa un poco —dijo al instante, seco, déspota, refiriéndose a mis piernas.

Y yo, que agradecía que ya no me estuviera aplastando… obedecí.

Él apuntaba.

Torpe. Ansioso.

Yo entrecerraba los ojos. Casi lagrimeaba. Mi corazón explotaba en un "*pum, pum*", "*pum, pum*" que solapaba y confundía mi respiración.

Entregada. Confusa.

Y sentía mi sexo palpitar… como si esa parte de mí no dudase.

—Hoy es tu cumpleaños… eh —me susurró, de pronto, sádico, en el oído, mientras sentía la punta dura de su miembro percutir, rozar, los labios que custodiaban mi sexo.

—Hoy es tu cumpleaños, eh… María Begoña… Qué bien nos hemos entendido tú y yo, eh… —me jadeaba en el oído, provocándome, humillándome, mientras mi cuerpo temblaba en espasmos, mientras una gota de sudor recorría mi cuello, mientras mis muslos separados temblequeaban, mientras mi coño era atacado, rozado, por aquella dureza ancha y corta que pretendía hundirse en mí.

Yo no respondía.

No era capaz.

Solo temblaba.

Él sí hablaba, y siguió hablando.

Mientras intentaba penetrarme:

—Joder… Espera… Aparta… A ver… —susurró, ofuscado, torpe, y miró hacia abajo, hacia allí donde resbalaba su miembro sin

conseguir entrar. Su propia barriga le impedía ver bien lo que sucedía más abajo.

Yo resoplé.

Suspiré.

Angustiada.

—Joder… con el tremendo… coño… que tiene usted… María Begoña… y no acierto —dijo, y sonrió en una mueca cruel y espantosa.

Yo sentía el tacto allí. Sus intentos.

Y entonces algo me subió por el cuerpo.

No era placer… O sí lo era… placer culpable y un ansia inexplicable.

Resoplé, otra vez. Jadeé de puro desconcierto y angustia…

Y una de mis manos bajó.

Todo sucedió muy rápido.

Mi mano bajaba por un lateral de mi cuerpo, a tientas, pero certera… y toqué algo, allí, en el sitio exacto, toqué una mano áspera, y una dureza ancha, una rigidez corta… y ligeramente curva.

Y entonces de mi boca salió una frase, al tiempo que mi cintura se ajustaba, al tiempo que su mano me dejaba dirigir a mí, al tiempo que mi coño se enfilaba, al tiempo que yo sujetaba con mi mano aquella rigidez escasa, al tiempo que apartaba con su punta rosada uno de mis labios, salidos y rebeldes…

Y jadeé:

—Así… ¡Mh…! Ahí.

…

…

…

—Mhhh… —sollocé.

—¡Ohhhhh…! —bufó él en mi cara.

El deslizamiento. La penetración. Su polla entraba. Entraba en mí.

La vergüenza. Lo más obsceno.

Su jadeo. Su resoplido.

El calor. La angustia.

Y el placer… Un placer intenso… pero a la vez incompleto… Un placer por lo humillante, pero no por lo físico. Él, su polla, no me colmaba; no de la manera que debía. Pero sí me colmaba el hecho, el hecho de ser invadida, follada por don Ricardo: era eso lo que despertaba mi placer. Otro tipo de placer. Uno que no sabía que existía.

—¡Ohhh…! —bufó él, sobre mí, babeando mi cuello.

Todo su cuerpo sobre mí. Todo su peso.

Y su polla dentro.

Hasta el fondo.

Yo misma había agarrado su polla para que acertase, para que me invadiese.

Quietos. Completamente quietos. Compartiendo la misma respiración…

… hasta que mis manos fueron otra vez a sus nalgas. Sudadas, trémulas, empapadas…

… y entonces lo sentí:

La contracción, la fluctuación, el movimiento de su culo enorme y blandísimo, hacia abajo, hacia mí, hundiéndose.

—¡Mhhmmm! —gruñó, echando el aire por la nariz contra mi cuello, mientras sentía su primera embestida, la primera metida realmente suya.

Me la metía hasta el fondo. Todo lo lejos que su polla lograba llegar dentro de mí. Todo lo profundo que su miembro conseguía humillar. Todo lo lejos que su dureza alcanzaba a profanar.

Yo flexioné las piernas. Los tacones de mis zapatos se clavaron en la cama. La abertura de mis piernas, para que su cuerpo ancho pudiera hundirse en mí, era extrema; casi todo lo que podía dar.

Y entonces comenzó el vaivén. Lo sentía desde el inicio del movimiento, como en cuatro momentos: primero la constricción de sus nalgas que sentía bajo mis dedos, después su empuje —todo su cuerpo hundiéndose en mí—, después lo sentía dentro; su polla asaltándome, invadiéndome, y después su bufido, su "¡Mhh!", corto, ronco, aplastado dentro de su boca pero soltado, áspero, por los agujeros de su nariz, erizando la piel de mi cuello.

Pronto la habitación comenzó a retumbar con el eco de aquellos "¡Mhh!", "¡Mhh!", "¡Mhh!", "¡Mhh!" incesantes y desgarradores… que combinaba a veces con unos "¡Ohh…!" jadeados por su boca… repugnantes… cuando vivía la penetración de manera especialmente sentida y placentera.

Y yo, que acogía su polla con solvencia, me dejaba aplastar, me dejaba babear y me dejaba follar… Yo, con mis veintisiete años… dejaba que aquel señor de más de sesenta, hosco, desagradable… me penetrase, me follase, metiese su repulsivo y oloroso miembro dentro de mí… Permitía aquel vaivén, aquellas metidas desacompasadas y torpes, que no buscaban en absoluto mi placer, sino únicamente el suyo, haciendo cierta su amenaza —que no había sido irónica— de que él me follaría, me follaba, solo para sentir él. Y fue ahí cuando entendí que mi rendición no pedía placer, sino anulación, y que lo que me sostenía no era el cuerpo, sino la certeza de haber cruzado un umbral del que ya no quería volver. Y que, al hacerlo así, era como si me follase la mente, porque yo, a pesar de

no sentir placer, no quería que él parase, no quería huir; quería que me siguiera follando, pues el morbo, para mí, en aquel momento, era no sentir placer y, aun así, querer que no parara de follarme…

—¡Mhh ¡Mhh! ¡Mhh! ¡Mhh! —se enrabietaba él, embistiéndome con más velocidad, casi con saña, disfrutando de mi cuerpo, de mi coño… pero a la vez sintiendo que su miembro nadaba en una oquedad superior… en una extensión dilatada que le impedía conseguir el roce intenso que él querría.

Y él entonces se incorporó un poco, sin dejar de penetrarme, colocó sus manos a ambos lados de mi cuerpo, de mi cabeza, posó las palmas sobre la cama, y extendió los brazos.

Su barriga caía enorme.

—¡¡Ohh-oh…!! —jadeó, entrecortado, llenándome… mientras desde allí, me miraba a los ojos.

Y entonces, cuatro golpes, se hundía en mí en cuatro metidas secas, rabiosas.

—¡Mhh

… ¡Mhh!

… ¡Mhh!

… ¡Mhh!

Y mi cuerpo era agitado por sus metidas duras y crueles…, y mi espalda sudada, pegajosa bajo la camisa de seda arrugada, se desplazaba unos centímetros por la cama.

Y yo miraba sus ojos negros, su mirada torcida, su boca entreabierta, babeante…

Y mi pecho retumbaba de la tensión, y mi cuerpo temblaba por la deshonra…

… pero no gemía.

Apenas respiraba de manera un poco agitada.

Y entonces, otra vez:

—¡Mhh

… ¡Mhh!

… ¡Mhh!

… ¡Mhh!

Volvió a penetrarme, en cuatro metidas abruptas, saliendo casi por completo de mí para volver a invadirme, mientras nos mirábamos y yo posaba mis manos con cuidado en su cintura sudada…

… y yo no gemía.

Tan solo respiraba turbada, sobrepasada, por la boca.

Y yo sabía que él disfrutaba… precisamente por eso. Porque mi cuerpo no pedía nada… solo ser usado… y mi silencio, mi ausencia de placer físico, lo delataba.

Y entonces me vi obligada a desviar la mirada, por lo excesivo, por lo grotesco de su rostro, al tiempo que él bramó un "¡¡Ooohhh!!" animal, larguísimo, y volvió a invadirme, empujando mi cuerpo con su miembro, con todo su cuerpo…

Y yo… mirando hacia la nada… mientras volvía a escuchar sus "¡Mhh!", "¡Mhh!", "¡Mhh!", "¡Mhh!" desacompasados, déspotas y torpes… mientras sentía su polla dentro… deslizándose, frotándose, mojándome… pero sin darme realmente placer físico… mientras sentía cómo mi espalda friccionaba por la superficie de la cama por sus rudas embestidas… lo rodeé con mis brazos… Lo rodeé al tiempo que él volvía a bajar su cuerpo, su torso… y yo lo acogía… y lo envolvía con mis piernas…

Y entonces cerré los ojos, agarrada a él, abrazada a él… empapando las mangas de mi camisa de su sudor, del sudor brutal de su

espalda… y sentí más su olor, su hedor… horrible y, a la vez… extrañamente morboso.

Y me vi. Nos vi. Desde fuera. Con los ojos cerrados.

Vi a aquella chica, con su melena castaña desparramada por la sábana, con su camisa blanca abierta, su collar de perlas, su falda en la cintura, sus zapatos de tacón y unas medias… de guarra… envolviendo con sus piernas el cuerpo rollizo y flácido de un señor que, desnudo salvo por sus calcetines, hundía su cuerpo, su polla, en ella. Un señor, su jefe… más de treinta años mayor, calvo y desagradable… que la follaba de manera incesante y gemía unos dantescos "¡Ohhh!", "¡Ohhh!", "¡Mhhh!", "¡Mhhh!"… y ella no solo no lo impedía, sino que lo rodeaba con sus piernas y casi lo atraía hacia sí para que se hundiera aún más en ella… y casi arañaba su espalda… de rabia… de exceso, de turbación… por un placer que no era físico… sino mental.

—¡¡Ohhh…!!

—¡¡Mmm…!!

Seguía gimiéndome, follándome… cuando entonces se retiró un poco y movió mis piernas, colocándolas frente a él. Me usaba. Me movía y conseguía penetrarme ahora, estando él de rodillas, sin dejar de llenarme… yo tumbada boca arriba, con las piernas alzadas hacia su cuerpo.

Y yo, abajo, veía cómo terminaba de acomodar mis piernas hacia arriba, sobre su torso, sobre su pecho… y veía mis pies, en lo alto… a ambos lados de su cabeza…

—¡Mmm…! Así… Así te la meto mejor… —masculló él, satisfecho con la nueva postura, y yo lo veía allí, erguido, pletórico, con el torso recto, los pectorales flácidos descansando blandos hacia abajo, y la barriga hinchada avanzando… casi cayendo sobre mí, abrazando mis muslos, arrodillado frente a mi coño… Y frente a él estaba yo, delicada, frágil, envuelta aún por mi camisa de seda abierta y

empapada, con las medias tensas en las piernas, el collar de perlas reposado sobre mis clavículas y mis zapatos de tacón, allí arriba, absurdos, ridículos…

Y sentía, en esa nueva postura que él había decidido, cómo me la metía, buscando un roce mayor… un roce que a él le satisfacía más, pero que a mí no me llegaba más que para jadear, un poco agitada, pues seguía sin sentir… apenas… nada… Y algo en mí me hizo pensar que él sí sabría hacérmelo sentir, pues había demostrado su maña con sus dedos, pero no quería. Quería que sus penetraciones fueran rectas, ásperas, egoístas… buscando solo su placer.

—¡Ohhh…!

—¡¡Ohhh…!! —gemía él, complacido, con la nueva postura, con mi cuerpo… con la chica que se follaba… con el nuevo coño que conquistaba, y a veces me miraba, y a veces cerraba los ojos, y me embestía, agitando mi cuerpo, y mis pechos comenzaron a bailar sobre mi torso a cada acometida, como dos masas agitadas… tanto que terminé por llevar mis manos allí, para contener aquel vaivén humillante, aquel rebotar ridículo y excéntrico de mis tetas.

—¡¡Mmhh…!!

—¡MhHhh…!

—¡Ohhh!

—¡¡Ohhh-oh!!…

Gruñía él, follándome… Y así estuvo unos instantes, unos minutos, dos o tres, tres o cuatro, y yo a veces lo miraba y a veces desviaba la mirada, y no soltaba las manos de mis tetas para que no rebotasen, y sentía su polla entrar, con ansia, deslizarse… y escuchaba sus bufidos… y cuando lo miraba sentía rabia… y morbo… y cuando veía mis piernas allí arriba me sentía ridícula, y cuando veía mis medias me sentía sucia… guarra… y eso era lo que me mantenía allí, lo que me daba el verdadero placer.

—Jo-der… ¡¡Ohhh…!! —bufó entonces, y soltó mis piernas, y estas se abrieron, se separaron un poco, casi estiradas, allí alzadas, absurdas…

—¡Mmmm…! ¡¡Ooohhh…!! ¡¡OOH-ohh!! —se encendía él, pletórico y, a la vez, agitado, casi cansado, sudoroso, chorreante, compungido al tenerme así, y yo lo miraba, boca arriba, con las piernas en lo alto, con mi coño siempre asaltado por aquellas metidas que no paraban nunca, como si, una vez que me tenía, no pudiera desaprovecharme.

—¡¡Ooohh…!! —jadeó después, resoplando, casi extasiado… y detuvo aquellas implacables embestidas…

Aquellas embestidas casi violentas, pero que no me habían hecho gemir.

Y entonces se retiró.

Y masculló:

—Súbete… Súbete encima.

Lo dijo y su cuerpo se apartó, buscando tierra firme, buscando tumbarse.

Lo hacía a mi lado.

—Venga, coño… —dijo, seco, autoritario… al ver que yo aún no me movía.

…

…

Y me moví, sudando, mareada, con su cuerpo a mi lado y el mío mancillado, entumecido; las medias ardiéndome en las piernas, en los muslos, la melena empapada y la camisa chorreándome por la espalda. Me incorporaba y me alejaba de aquel cuerpo que se tumbaba boca arriba…

… Me alejaba… pero para volver a él.

Para volver de una forma que a él… le desagradó… pero aceptó.

—Cabrona… —susurró.

Susurró mientras veía cómo yo, después de quitarme los zapatos, que se desperdigaron por las sábanas, me colocaba, para montarlo, pero dándole la espalda.

Y es que quise escapar de su rostro, de su tripa, de su cuerpo rollizo y peludo… pero me encontré con otro castigo:

El espejo.

Alzaba una pierna y lo montaba, de rodillas, a horcajadas, dándole la espalda, mientras veía reflejado en el espejo aquel cuerpo casi mórbido que sujetaba con su mano una polla enrojecida, descabezada… para que yo la montara, la absorbiera… me enterrara.

Y entonces. Un sonido. Otra vez.

Otra vez, su teléfono.

Yo me detuve. Detuve mi movimiento.

—Shh… Sigue. Sigue —me ordenó él, solapando el sonido de su móvil—. Sigue. Que le jodan. Solo quiere tocar los huevos—susurró, de forma especialmente grosera y desagradable.

Y entonces sentí una mano en mi cintura, sobre mi camisa.

Él hacía porque bajase. Porque me enterrase.

Y entonces agité mi cuello. Mi melena ondeó. Sentí una gota de sudor bajar por entre mis pechos.

Y quizás para hacerme la chula, o para sobrevivir, a él, a aquello, a mí misma, dije:

—Trae.

Dije "trae" y bajé mi mano, y me hice con su polla… Polla que él soltó.

Dije “trae” para decirle, para decirme, que podía con aquello y con mucho más.

Dije “trae” y la agarré, por la base: dura, ancha, pero corta… con aquella cabeza rosada, más ancha que el resto del tronco; y con aquella leve curvatura, hacia arriba, que la hacía aún más repulsiva.

La agarraba, aquella dureza, aquella curvatura… aquella temperatura.

Me sentaba. Me enterraba…

… Al tiempo que alzaba la mirada, hacia el espejo…

—¡Ooohhh…! —bramó él y me sujetó la cadera con sus dos manos… mientras la melodía no dejaba de sonar.

Lo montaba. De espaldas. Hasta el fondo… Y sentí, en mi coño, un regusto de calor, casi de placer…

Y resoplé un “uuf…” tan sutil que supe que él no lo había escuchado, ni lo habría querido escuchar.

—¡Ommhh…! —gimió él y yo me miré, nos miré, en el espejo… y comencé a moverme, a montarlo, atrás y adelante… y sentí el roce.

Sentí el roce mientras me miraba en el espejo, con la camisa abierta, con mis pechos fluyendo con potencia, con mi collar de perlas casi brillante, con mis medias adornando de manera obscena mis muslos; sentí el roce mientras de él veía apenas solo sus enormes manos sujetando mis caderas y sus piernas estiradas… con aquellos calcetines puestos.

—Uuuff… —resoplé al sentir el roce.

Y entonces sentí que algo apretó mi cadera; un pellizco de su mano, de sus dedos, que se habían colado entre la piel de mi cintura y mi camisa.

Y su voz:

—No, no, no… Arriba y abajo. Muévete arriba y abajo.

Su voz había sonado con peso. Con estruendo. Tapando el silencio, pues su teléfono ya no sonaba.

Y yo iba a cumplir. A obedecer…

Cuando se escucharon unos golpes.

Unos golpes en la puerta.

Unos golpes claros, fuertes.

Primero dos.

Después tres.

—Hija de puta… —susurró Ricardo… allí atrás, abajo, debajo de mi cuerpo… con su polla metida dentro de mí.

# 22. Proyectado en la distancia.

Yo, quieta, petrificada. Viéndome reflejada en el espejo.

Después de aquellos golpes, el silencio más absoluto.

La presencia de Carolina, de mi otra jefa, latente, evidente, al otro lado de la puerta.

Yo me quería morir.

Y ya no sabía si la vergüenza que me asaltaba era bochorno porque se supiera… o de mí misma.

—No, no. Tú sigue —me ordenó entonces él—. Sigue, o empieza —matizó, mordaz, dominante.

Y mi cuerpo, aunque lento, obedeció: subió… y bajó… centímetro a centímetro… Y en el enorme espejo que revestía el armario veía cómo su miembro era engullido por mi sexo, no solo con una humedad salvaje…, sino con más que presteza, con una holgura tan exagerada que no sabía si me enorgullecía o me humillaba.

—Sigue… Eso es… ¡Humm…! —jadeó él, que exclamó un gemido de placer que pareció llegarle de manera repentina.

—Sigue… Vamos… —me pedía, y yo subía y bajaba, no mucho, lo justo… para no salirme, para que su polla no se saliera de mí.

—Mmm… Vamos… Sigue… —gemía él, que me sujetaba por la cintura, guiándome en las subidas y bajadas—. Sigue… Mmm. ¡Sigue, coño…! —se desesperó de repente, sobresaltándome, tiránico, pidiéndome más intensidad—. ¿Te crees que no sabe ya lo qué está pasando?

—… Mhh…

—¡Ohh…!

—¡Oh-oohh…!

Sus gemidos ásperos.

Desagradables.

Y sus frases… humillándola a ella. Y humillándome a mí.

Pero yo cooperaba.

Obedecía.

Me aliaba con él.

Mi cuerpo arriba y abajo.

De nuevo, nada de placer, no placer físico, pero sí un regusto culpable y excitante por lo grotesco, por la fealdad que montaba, por el olor que me llegaba, por enterrarme y desenterrarme en aquella polla insuficiente de aquel cuerpo repulsivo.

Y entonces, dos golpes secos en la puerta. Más fuertes.

Mi pecho retumbó como si fuera la propia puerta.

Y me detuve otra vez.

Y otra vez el pellizco en mi cintura.

—Sigue… ¡Sigue, joder…! Y gime. Chilla, coño. Finge… Que se joda… —masculló entre susurros, entre dientes, allí detrás.

Me estremecí.

Me estremecí, pero mi cuerpo volvió a subir… y volvió a bajar… En el espejo veía cómo los labios de mi sexo caían grandes, pesados, rosados, y se desplegaban de una manera impactante… abrazando y mojando su tronco, toda la anchura de su miembro curvo y oscurísimo.

—Ahhh… —jadeé entonces, exagerada.

—Mmm… Eso es… —escuché, gutural, bronco, allí detrás.

—Ahhh… Mmm… —gimoteé… fingiendo, pero a la vez sintiendo más, como si mi autoengaño me llevara a sentir.

—¡Ahhh…! —jadeé, sintiendo su polla ancha, sintiendo la oquedad de mi coño llenarse… y sintiendo a Carolina al otro lado de la puerta.

—¡Ahhhh…! —exageré, intentando gritar, falsa, quizás patética… mirándome en el espejo, apartando un poco mi camisa y sujetándome un pecho.

—Mmh… ¡Oh! Eso es… —bufó él.

Y entonces comencé una cadencia un poco más rápida, sucia, constante; mi cuerpo arriba y abajo, mi sexo cubriendo y descubriendo su miembro; la fricción húmeda, el deslizamiento nítido.

—Ahhh… Ahhh… Ahhh —acompasaba yo con mis gemidos cada metida y solapaba sus gruñidos.

—Ahhh… Aaahh… Aaahhh —exageraba, ridícula, pero a la vez sí sentía algo, y veía los labios de mi sexo, tiernos y rosados, que contrastaban con la rudeza oscura de su miembro áspero.

—Aaahh… AAAhhh… Mmm… —vibraba, me retorcía, me lo follaba… me follaba a aquel señor… y soltaba mi teta para que ambas se agitasen, vibrasen, rebotasen pletóricas por mi torso, apartando con potencia mi camisa.

—¡Aaahhh…! ¡Ahhh…! ¡Mmmm…! —gimoteaba yo, excesiva, enterrándome en la polla de don Ricardo, viendo cómo sus huevos reposaban sobre la cama, entre sus piernas, ardientes, sudorosos, enormes… y anunciándole, diciéndole, confesándole a Carolina… que me estaba follando, que su amante también me follaba a mí…

—Chilla, chilla más, joder… —escuché su gruñido, y después sentí un golpe, un golpe que resonó, una palmada en mi nalga.

Un “plas” humillante.

Un “plas” que resonó con eco.

Y entonces sí exageré, sí cumplí:

—¡Aaahhh…! ¡Ahhh…! ¡Dameee! —exageré, y sentí, montándolo, subiendo y bajando.

—Chilla, joder, hasta que se vaya la cabrona ésta… —me ordenó, déspota, apretando mis caderas.

—¡Ahhh…! ¡Aaahh! —quise gritar, pero mis gemidos, aunque exagerados, no salían limpios; aún algo cohibidos, no salían del todo chillados.

Y entonces noté movimiento, un impulso; él, disconforme, se movía, se apartaba, me empujaba.

—Salte. Salte, joder —dijo, abrupto.

—Ponte. Ponte ahí… —me espetó, urgente, torpe, pero agitado, arrodillándose sobre la cama, detrás de mí.

—Inclínate… Ponte ahí y baja los codos… —me ordenó, y sentí su mano en mi espalda.

—Así… mirando hacia el armario… Separa las piernas —dijo apresurado, en tono más bajo.

Y no supe en qué segundo exacto obedecí sin pensar, ni cuándo mi cuerpo dejó de decidir por sí mismo y pasó a colocarse solo; lo supe después, de golpe, al sentir la tibieza de las sábanas en las palmas de mis manos y el peso extraño de mi postura, cuando alcé la mirada y me vi en el espejo, de frente, a cuatro patas, desordenada, agobiada, con la respiración detenida. Detrás, Ricardo, de rodillas, con la mirada torcida, ajustándome aún un poco más las piernas, separándolas con una mano mientras con la otra sujetaba su miembro, y yo comprendí —sin comprender— que ya estaba allí, que ya había llegado a ese lugar, y que mi cuerpo seguía obedeciendo antes incluso de que mi cabeza alcanzara a formular una sola pregunta.

—Ahora sí vas a chillar.

Dijo.

Amenazante.

Dominante.

Bajé la mirada.

Hundí la cabeza entre mis codos.

Sentía su presencia detrás.

Sentía a Carolina al otro lado de la puerta.

Y entonces,

su empuje,

su saña…

… como si yo no valiera nada…

… como si supiera que yo ya lo toleraba todo…

—¡Ooohh! ¡Mm! —su gemido llegó antes incluso de que yo lo sintiera invadirme.

—¡¡Ooohhh!! ¡¡Jo-der…!! —su nuevo bufido se mezclaba ya sí con mi sensación de volver a ser penetrada.

—¡Dioos…! ¡Joder…! ¡Cómo entra…! —su frase soez se solapó con un temblor de todo mi cuerpo.

Su embestida. Firme. Hasta el fondo… me meció, me empujó.

Yo jadeé… Solté un "Ah" hacia adelante, corto, afectado, humillado.

Yo resoplé, embestida, penetrada, y sentí mis pechos oscilar por su ruin y traicionero empuje.

—Vamos… anímese… María Begoña… —susurró, mordaz, denigrándome, con su polla dentro de mí, de mi coño, hasta el fondo.

Y entonces me atreví a alzar la mirada, y me vi reflejada en el espejo, ensartada… sometida… y él tomó impulso, apretando mis caderas, y me la volvió a meter, buscando en mí el grito, el alarido que deseaba, y su peso, su ansia, aquella metida sí la sentí más…

—¡Aaaahhh! —gemí, y ya no sabía si lo hacía de forma del todo falsa o por aquel placer, aquel placer sobretodo mental, psicológico, de estar dejándome follar por aquel hombre que despreciaba.

Y entonces todo se precipitó. Su intensidad. Los sonidos. El calor. La desvergüenza…

El uso que él hacía de mi cuerpo…

—¡Mmh! ¡Mmm!! ¡MmUmm!! ¡¡MmUmm!! —gruñía él, encendido, casi encolerizado y volvía a penetrarme, a follarme de manera brutal.

—¡¡Aaahh…!! ¡¡Ahh!! ¡¡¡Aaaahh!!! —chillaba yo, súbitamente desbordada, y me veía en el espejo: mis mejillas enrojecidas, mi melena sudada, pegada a mi frente y mi rostro, mi collar yendo y viniendo por sus embestidas, mis tetas oscilando por aquella follada que se hacía implacable, mi mirada llorosa, el cuello de mi camisa —escurrida hacia adelante— pegada casi a mi mandíbula, mis tetas colgando, hinchadas, rebotando, brillantes por una capa de sudor pegajosa, mis pezones endurecidos, excitados… casi arañando las sábanas… y detrás, don Ricardo, follándome, con su barriga enorme y peluda, con sus brazos velludos, sujetándome por la cadera, follándome, humillándome, sudando, acalorado, enrojecido, encolerizado… me follaba… se follaba a aquella *niñita*… que había conocido aquella misma tarde y a la que ya penetraba, ya embestía… ya follaba… y yo me deshacía en unos "¡¡Ahhh!! "¡¡Aaaah!!" "¡¡Aaaahhh!!", que de nuevo eran de placer, pero de un placer mental… por estar dejándome follar, por estar dejándome

humillar así, por haberme dejado manipular, por permitir que aquel señor asqueroso me estuviera follando… con su polla mediocre, con una polla que no me daba placer por lo que me hacía, sino porque yo permitía que me lo hiciera…

—¡Mmh! ¡Mmm!! ¡¡MmUmm!! ¡¡MmUmm!! —se enrabietaba él, pletórico, y yo sentía su tripa sudada, en mis nalgas, mojándolas con su sudor.

Y aquello, aquello tan grotesco… me encendía más.

—¡¡Aaaahhh…!! ¡¡Aaahhh!! ¡¡Diooos…!! —chillaba yo, y mi voz, aguda, pueril, atronaba, rebotando, diciéndole a Carolina que también me follaba a mí… que don Ricardo también me follaba a mí…

—¡Mmh! ¡¡Mmm!! ¡¡MmUmm!! ¡¡MmUmm!! —me humillaba él, embistiéndome, con su polla mediocre, casi goteando sudor desde su rostro desagradable, con sus labios finos, con su gesto torcido.

—¡¡Aaaahhh!! ¡¡Ah-ah!! ¡¡Aaaahhh!! ¡¡Dameee!! —chillaba yo, completamente entregada, ridícula, asumiendo mi castigo, y miraba en el espejo cómo mis tetas no dejaban de rebotar, cómo mi collar de perlas no paraba de agitarse, cómo mi camisa se me pegaba a la piel… cómo aquel señor me humillaba, me la clavaba sin parar y jadeaba entonces unos "¡¡Oh!!" "¡¡Mh!!" "¡¡Agh!!" "¡¡Ooh-hh!!" incesantes, ultrajantes, acompasando cada metida con un gruñido.

—¡¡Aaahh!! ¡¡Aaahh!! ¡¡Aaahh!! ¡¡¡Siiii-síííí!!! —me retorcía yo… y sentía que mi coño era solo un charco, una oquedad burda y exagerada para lo que él me metía, una desigualdad desmesurada, una desigualdad entre mi coño, extenso, dilatadísimo, pletórico, y su polla exigua y pequeña; una desigualdad entre mi cuerpo, joven, agraciado, y la fealdad ultrajante de su marchito cuerpo.

—¡¡Ohh…!! ¡¡Mmm…!! ¡¡Jo-der…!! —bufaba él, y arañaba mis nalgas, y las separaba, y a veces miraba hacia abajo, mientras me follaba, para intentar ver cómo su polla entraba y salía de mi coño.

—¡¡¡Aaahhh!!! ¡¡¡Aahhhh!!! ¡¡¡Síí-siii-siii-síííííí!! —chillaba yo, ridícula, desvergonzada, empujada hacia adelante, y sentía que me corría, que me corría en un orgasmo que partía de mi mente, no de mi cuerpo, de mi mente por dejarme follar, y lo miraba, a través del espejo, y cuánto más repulsivo me parecía, cuanto más me miraba con su mirada torcida… más me deshacía… más me fundía…

—¡¡¡Aaahhh!!! ¡¡¡Aahhhh!!! ¡¡¡MMM!!! ¡¡¡Síí-siii-siii-síííííí!!! ¡¡Aahhh-Aaahhh…!! —gritaba y sentía que me corría, y no sabía si Carolina seguía allí… tras la puerta, pero, si mis chillidos no eran suficientes, si no dejaban claro que me estaban follando… a aquellos sonidos se unieron entonces los más humillantes… los que provenían del choque de nuestros cuerpos —de su pelvis contra mis nalgas—; un *plof plof plof plof* vejatorio, incesante, atronador… y él jadeaba unos "¡¡Ohhh!!" "¡¡Agg!!" "¡¡Mmm!!" que se unían al *plof plof plof* grotesco, y a mis "¡¡Aahh!!" "¡¡Aahh!!" "¡¡Síí-íí!!", y entonces me imaginé lo que él veía cuando miraba hacia abajo: mi coño joven, abierto, encharcado, goteante; su polla entrando, sus huevos enormes, colgando… atrás y adelante, atrás y adelante; aquella bolsa enorme… colgante… horrible… y entonces supe que me corría… que me corría por la humillación de ver eso… de imaginarlo… de imaginar aquel vaivén de sus huevos detrás de mí… follándome… degradándome con aquella rabia.

—¡¡¡¡AAAA-HHH!!!! ¡¡¡Mhhh!!! ¡¡¡AAAHH-AH!!! … ¡¡SÍÍÍÍ!! ¡¡Síii!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡Síííí!!!! —chillé en cuatro síes ridículos, desamparados, extravagantes.

—¡¡DI-OS!! … ¡qué puta eres…! ¡Jo-h-der… ! —soltó él entonces, a toda velocidad, y cuando creí que yo ya explotaba, que ya me fundía en un orgasmo, de repente, por sorpresa, sentí el vacío, el vacío en mi cuerpo… y es que él me abandonaba, retiraba su polla de mí… de mi sexo… y yo lo veía a través del espejo… y él de pronto se masturbaba y explotaba… ya… ¡YA…! sobre mí… Entrecerró los ojos… bufó… bramó… y yo colaba una mano hacia abajo, rápida… para no perder mi orgasmo, la colaba por mi cuerpo, mi mano entre mis piernas, mirándolo a través del espejo… Y él ya se corría… ya

eyaculaba… sobre mí… lo veía reflejado, pajeándose, a toda velocidad, intentando mantener los ojos abiertos, intentando mirarme; su codo a toda velocidad, su barriga enorme agitándose, su cuerpo marchito temblando, su cabeza enorme enrojecida… Él estallaba… sobre mí, jadeando unos "¡Ohh!" "¡Ohhh! "¡Oo-oh!" horribles… y yo toqué mi clítoris al tiempo que un "¡¡¡¡OOOOohhhhh!!!!" grotesco resonó con estruendo atroz en la habitación, y sentí al instante un latigazo, un calor ardiente, un líquido denso… en mi piel, en mis nalgas, y apenas froté mi clítoris y estallé.

Estallé en un "¡¡¡Aaaahhhhh…!!! ¡¡¡Ahhhhhh!!! ¡¡¡Dios!!! ¡¡SÍÍÍ!!" que encubrió el "¡¡Oohh!!" gutural, sentido, más bajo, más bronco que gimió él… Y yo sentí entonces otro latigazo espeso y ardiente… en mis muslos… en mis medias… en mis medias *de puta*… en mis medias de guarra, en aquel encaje blanco… blanquísimo… burdo… obsceno… culpable de todo.

—¡¡¡Ahhhh!!! ¡¡¡¡Ahhhh!!!! ¡¡¡¡Ahhh!!!! ¡¡Ahhh!! ¡¡¡MMM!!! ¡¡¡Síí-siii-siii-síííííí!! —chillaba yo, corriéndome, fundiéndome, e intentaba mantener la mirada en el espejo, pues él me miraba, me miraba y se derramaba, se corría sobre mí, y comencé a sentir los ríos de su semen discurrir por mis nalgas y mis medias, hacia abajo, y cuando pensé que el tercer chorro me mancharía con menos potencia… lo vi… lo vi salir, brotar, en el reflejo del espejo, hacia arriba, blanco, proyectado en la distancia, denso, compacto, anunciado con un "¡¡OOOO-HHH-oooh!!" grotesco e interminable, y sentí al instante la espesura humillante, la viscosidad ultrajante, el calor denigrante de su líquido caliente rociando mi espalda, bañando mi camisa de seda con desprecio… calando la tela, quemando mi piel, y empapando también mi falda… y rociando otra vez mis nalgas… en un latigazo enorme.

—¡¡Ammh…!! ¡¡Síí…!! ¡¡Diooos…!! —agonizaba mi orgasmo desvergonzado, mientras las yemas de dos de mis dedos seguían frotando aquella cúspide que sí era placer físico… mientras el placer mental venía de la obscenidad, de la fealdad de aquel hombre, de

aquel cuerpo horrible y de la vejación de aquel cuarto y de aquel quinto chorro que yo sentí primero en mis nalgas desnudas… y después en mis muslos enfundados por mis medias de puta.

…

…

…

…

Aparté la mano de mi sexo… y caí desplomada, exhausta, hacia adelante.

Sudada. Empapada.

Empapada de sudor.

Empapada de su semen…

—Ohhh… Jo-der… Mmm…

Escuché entonces, a mi espalda.

Ricardo. Don Ricardo.

Bufando.

Resoplando.

Echándose a un lado.

Y entonces pronunció, desgarrándome:

—Oh… qué bueno… *niñita...*

Lo dijo así…

Con su polla mediocre embadurnada.

Embadurnada de mí.

Y con esa frase, con esa palabra…

*Niñita…*

Tan ultrajante.

Tan humillante…

Con aquella palabra que a mí, desde el primer instante, me había repugnado…

Pero a la vez…

… y ya lo reconocía…

… tanto me había encendido…

… tan cachonda me ponía.

# 23. Entre dos noches.

Boca abajo.

Pegada a la cama.

Con la mejilla hundida en la sábana húmeda, respirando despacio.

Entonces la cama se movió.

No fue un vaivén. Fue un desplazamiento brusco, pesado, como si algo muy grande se recolocara de golpe.

Después, un resoplido.

Un suspiro largo, cansado.

Lo escuché detrás.

Luego, un roce extraño en mi pierna. No una caricia. Un contacto torpe, accidental; quizá una parte de su cuerpo que aún no obedecía del todo. Un muslo, una rodilla, algo que pasó y se retiró.

Otro jadeo.

Casi un bufido. También fatigado.

Más alto. Igual de desvergonzado. Como si nunca se oyese a sí mismo.

Sentí el peso desaparecer de la cama.

El colchón recuperando su forma lentamente, como si también él necesitara tiempo para volver a encontrarse.

Oí pasos.

Pasos arrastrados.

Descalzos.

Lentos.

Ricardo caminaba por la habitación sin prisa, con ese andar pesado que no buscaba imponerse ni molestar, pero que conseguía las dos cosas. Yo no me moví. No levanté la cabeza. No quise verlo.

Escuché cómo entraba en el aseo.

El sonido seco de la puerta al cerrarse.

Y, muy poco después, el zumbido de la ducha.

Un sonido continuo, opaco, que se extendió por la habitación.

Pero, por abajo, no escuché nada.

Solo silencio.

Un silencio extraño.

El primer silencio real en mucho tiempo.

Tardé unos segundos en darme cuenta de por qué era extraño. Hasta que lo entendí: aquel silencio no venía de fuera. Venía de mí.

El "pum-pum, pum-pum" de mi pecho —ese golpe insistente, esa inquietud que llevaba dentro desde hacía horas— había desaparecido.

No latía con violencia.

No empujaba.

No reclamaba.

Estaba ahí, sí… pero en calma.

Y entonces lo noté.

No estaba sintiendo lo que debería sentir.

No había una ola inmediata de vergüenza.

No había asco subiéndome por la garganta.

No había ese impulso urgente de incorporarme, de taparme, de huir, incluso de llorar.

Seguía boca abajo.

Con el cuerpo caliente.

Con ríos de semen surcando mis nalgas, mis muslos, mis medias, y muriendo en la cama.

Sintiendo una espesura viscosa que se enfriaba en la parte baja de mi camisa, calando mi espalda; su marca más cruda y concreta.

Con mi sexo abierto, palpitando, respirando, pringando la sábana.

Y pensé, sin dramatizarlo siquiera, que debería levantarme… pero no ahora, no aún.

Me quedé así, escuchando el agua caer al otro lado de la pared, preguntándome sin palabras por qué no estaba rota, por qué no me sentía devastada.

No entendía nada.

Y lo que más me inquietaba no era lo que había pasado, sino esa calma rara, impropia, como si algo en mí hubiera cedido sin hacer ruido.

Como si, sin saber cuándo, hubiera dejado de resistirme por dentro.

Y aún no sabía qué significaba eso.

Pasaron unos instantes así, en aquel limbo tranquilo, hasta que me vi obligada a volver a la realidad. Pero no por culpa, no porque me desagradase sentir su semen en mi piel, sino porque el entumecimiento de mi cuerpo me obligó a girarme, a moverme.

Las piernas me dolían. El cuello también.

Miré el reloj de mi muñeca: las 00:18.

Tenía que volver a la vida, a mi vida, aunque ya no fuera yo.

Y me encontré pensando en Jorge, pero, otra vez, no con culpa, sino casi… por fría practicidad.

En qué iba a decir. En cuánto tiempo tenía. En si el olor, mi semblante o mi ropa me delatarían.

Me limpiaba las nalgas con la colcha y no me sentía infiel.

Me limpiaba el sexo con la sábana y no sentía que aquello —aunque evidentemente sí lo era— fuera una infidelidad. Quizá porque no había habido un deseo, un deseo real… Porque mi cuerpo no había explotado por Ricardo como cuerpo, sino por mí como mente.

Sentía como si aquello hubiera ocurrido, pero no con un hombre, sino casi con un ente… desagradable… pero impersonal. Casi sin nombre. Casi sin cara. No por ser él, y por eso no me sentía infiel.

Yo no me entendía, pero me entendía.

No había más un *Meri, te has vuelto loca*, sino una aceptación, un descubrimiento que, aunque me esforzara, no me repugnaba.

Mis zapatos.

Mi sujetador.

Restos de una batalla imposible sobre la cama.

Recogía todo aquello, escuchando el zumbido de la ducha.

Y lo hacía sin culpa.

Lo hacía sin el corazón atronando.

Mis manos habían dejado de temblar.

Mi cuerpo seguía sudando, pero por mero calor. Una reacción natural y tranquila.

Me movía con calma.

Bajé de la cama.

Miré al suelo.

Más restos: los zapatos y la camisa de Ricardo. También sus pantalones; dentro de ellos, sus calzoncillos y, asomando por un bolsillo…, aquello negro y ajeno que él me había arrebatado de la mano.

Ver aquella seda negra me turbó y me hizo pensar en Carolina. Me hizo intentar adivinar cuánto habría escuchado. Cuándo se habría marchado.

Pero no me molesté en temer qué pensaría de mí.

Desvié la mirada de aquellas bragas, pero no lo hice como si me despidiera de aquello de forma definitiva.

Me llevé las manos a mi camisa, pegajosa de sudor por delante, de otra cosa por detrás. Al despegarla un poco de la piel entró aire tibio y sentí un escalofrío breve. La bajé por los hombros, hacia atrás, y me la quité.

La sostuve un instante frente a mí.

La tela, manchada.

El olor.

Intenso. Reconocible. Mezclado con mi propio sudor. La puse a contraluz y vi la marca extendida en la espalda, irregular, apelmazada.

No sentí rechazo.

Tampoco urgencia.

Usé la sábana para limpiarla un poco. También la usé para limpiar mi piel.

Me quité la falda después.

La bajé con un gesto automático y la extendí sobre la cama. No estaba tan manchada como la camisa. También el olor parecía menor.

Al incorporarme volví a ver el suelo.

Los pantalones de Ricardo; al lado, mis bragas.

Aparté los pantalones y, al hacerlo, el bolsillo se abrió un poco y aquella seda negra asomó otra vez.

Otra vez.

Sentí algo breve, una atención innecesaria, una idea, una locura que se formaba.

Miré mis bragas.

E hice lo que quizás no debía, pero ya no era yo. O era otra yo.

La sensación me impactó. Me estremeció.

Me giré y me puse el sujetador.

Después volví a meter los brazos en la camisa. Humedad y delicadeza. Olor y adrenalina.

Me pregunté si se notaría. Por delante, seguramente no. Me la abotoné como si no hubiera sucedido absolutamente nada.

Me puse la falda.

Me alisé la ropa con las palmas, respiré hondo y me quedé quieta un segundo, escuchando el agua detrás de la pared, sintiendo mi cuerpo agarrotado pero estable.

No había nervios.

No había prisa.

Solo una calma extraña, como si algo se hubiera colocado dentro de mí y ahora funcionara sin ruido.

De pie, me miré en el espejo, por primera vez, sin temer verme.

Me arreglé el pelo con las manos. Me coloqué bien el collar. Tenía el escote enrojecido, incluso más que las mejillas. Mis pechos empujaban una camisa que parecía casi decente. Bajo el borde de mi falda asomaba mínimamente el resplandor del obsceno encaje blanco. No lo cubrí. Me puse los zapatos.

Dejé de escuchar entonces el sonido del agua y, entonces sí, quise marcharme. No quería encontrarme con él.

Me hice con mi bolso y salí al pasillo. El ruido de la puerta contra el marco resonó más de lo que hubiera querido.

Me fui.

Me fui de allí.

Pero mi sensación no fue la de estar huyendo.

En el pasillo no hacía tanto calor. Me di cuenta en ese instante de que mi chaqueta seguía en el coche de Ricardo.

Sentí que no era lo más importante que había perdido aquella noche.

Caminé por el pasillo desandando aquel camino que había andado una hora antes.

Sin chaqueta, con el encaje asomando, con mi camisa oliendo, con mi sexo sintiendo una abertura que no se recomponía y con aquella custodia suave y extraña.

Me sentía una prostituta.

…

Llamé al ascensor.

Saqué el móvil muerto de mi bolso, como si pudiera revivir por sí solo…

Miré hacia atrás, de forma instintiva, como si Ricardo fuera a perseguirme…

En el espejo del ascensor volví a revisarme. No sentí rechazo por lo que vi.

Descendí.

Las puertas se abrieron.

En recepción sí hacía más frío.

Un hombre de unos treinta y cinco años, de pie tras el mostrador, accedió a hacerme dos favores: cargar un poco mi móvil y llamar a un taxi.

Di unos pasos atrás. Observé mi entorno. Apenas había gente.

El tiempo pasaba y a la vez parecía detenido.

De pie, en aquel amplio vestíbulo, cruzada de brazos, terminé por llevar de nuevo mis ojos hacia el mostrador: aquel hombre me estaba mirando; desvió entonces la mirada, de mí, y, sobre todo, de mis medias.

No me cubrí.

No me bajé un poco la falda para que aquel encaje blanquísimo dejara de verse.

No me sentí atacada.

No lo culpé.

Esperaba al taxi, miraba la hora, me tocaba el pelo, me tocaba el collar.

Sentía que olía a sexo.

Terminé por impacientarme. Volví al hombre y le pedí mi teléfono y mi cargador casi al tiempo que él, llevando la mirada más allá, me decía que el taxi había llegado.

Mis tacones resonando por el vestíbulo. Fuera, un súbito frío, casi gélido. El coche blanco. Me subí y le indiqué mi dirección al tiempo que metía el lioso cable del cargador en el bolso e intentaba revivir el teléfono.

Batería: 6 %.

Hora: 00:34.

El teléfono se iniciaba; yo me revisaba.

Sudada. Bañada. A veces me parecía que eran alucinaciones mías cuando me miraban fijamente; ya fuera el taxista a través del espejo retrovisor o el recepcionista directamente, me parecía que todos lo sabían. Que sabían exactamente qué había sucedido.

Dos notas de voz y dos llamadas de Jorge. Pensé que podría haber sido peor.

El primero de los audios, aquel que había intentado escuchar antes de que la batería dijera basta.

El taxi se detuvo en un semáforo. La noche era oscurísima y gélida, pero yo tenía un fuego interno que me impedía tener frío.

Aparté un poco el cinturón de seguridad, que me oprimía el pecho, me llevé el teléfono a la oreja y escuché la primera nota de voz.

Disculpas por no haberme preguntado por mi entrevista. Petición de que se lo contara. Falsa certeza de que todo había ido bien. Perdones fuera de plazo.

En su segundo mensaje de voz se percibió al instante un cambio en su tono, jaleo a su alrededor: el percance era por avería. Los cambiaban de tren. Yo, sintiéndome entonces sí culpable, me alegré mientras lo escuchaba. Al final me hablaba de una hora de llegada aproximada, o mínima, optimista: la una y media. Agité de nuevo la malla de mi reloj de muñeca, miré la hora: 00:38.

Batería: 4 %.

Las llamadas eran posteriores a esa última nota de voz.

Pero, conociéndolo, supuse que no habría en aquellas llamadas más intención que la de descargar su ira por el retraso. Frío, como era él muchas veces, pero, por una vez, una frialdad que me beneficiaba. Sin intención de preguntarme a mí nada. Y, si no había preguntas, no había sospechas.

El taxi tomaba un desvío mientras yo me decía que no era el momento de analizar por qué seguía sin sentir culpa, y por qué me alegraba de que él fuera a llegar tan tarde.

Me recoloqué en el asiento. Otra vez aquel tacto extraño, agradable.

De forma suave, aséptica, sin pasarme de cariñosa —eso sí que sería demasiado—, le escribí que me había liado en mi cena con las chicas, que me había quedado sin batería, pero que ya estaba en casa y que ya me acostaba.

Tras enviarlo bajé la mirada, vi mis medias —aquel sucio regalo— y temí que él quisiera hacerlo, por tarde que fuera, y temí que él pretendiera llamarme.

Fui consciente de mi error.

Falta de experiencia.

Alcé la vista. El taxista me estaba mirando a través del espejo retrovisor. Desvió la mirada al instante. Otra mirada esquiva.

Y recordé entonces aquellas miradas de Ricardo tras lo sucedido en el parking. Aquellas miradas de culpa, de haberse excedido, de querer contenerse y apenas poder. Aquellas miradas que me hicieron a mí… no ir a por él…, pero sí justificarlo…, sí sentirme deseada de una manera diferente…

Sospeché que aquello pudiera haber sido mera estrategia, una manera de manipularme.

El coche se detuvo enfrente de mi edificio al tiempo que mi teléfono se iluminaba. El taxista me preguntaba si *en efectivo o con tarjeta* mientras leía, aliviada —contenta—, que Jorge me respondía en un mensaje que no lo esperase, que me acostase.

Portal, ascensor, rellano, entrada.

Mi piso, mi vestíbulo, mi pasillo, mi dormitorio.

Cada paso más cerca.

Cada paso, una caricia suave, diferente, excitante, entre mis piernas.

Un trayecto en el que fui ordenando en mi mente lo que iba a hacer en esa media hora que se me había regalado.

# 24. SIN QUERER VOLVER.

Elegí lo que se quedaba conmigo: la camisa, el sujetador, las bragas, las medias.

Elegí lo que no: los zapatos y la falda.

No era la postura más elegante ni la más erótica, pero era la mía, era la mía cuando hacía eso.

El colchón de mi cama de matrimonio apenas sintió mi peso. Mi pecho quedó aplastado contra la sábana, una mejilla hundida en la almohada, el cuello girado lo justo para poder respirar. Las piernas, estiradas, quietas.

La penumbra se había creado sola: el destello de la luz que partía del baño y regaba de forma íntima el dormitorio.

Cuarto de baño en el que había hecho obligada escala; allí había orinado y había comprobado el destrozo; aquella abertura marchita que se negaba a cerrarse, aquellos labios que seguían desflorados, apartados, negándose a volver a su estado natural.

Resoplé sobre la almohada.

Cerré los ojos.

Los hombros se relajaron primero. Después la espalda. La respiración se fue haciendo más lenta, más profunda.

Mis brazos se acomodaron a ambos lados del torso. Mis manos descendieron, hasta encontrarme, sin prisa, sin urgencia visible.

Alcé un poco la cadera para darle espacio a mis propias manos: las dos; siempre usaba las dos, aunque realmente solo me tocaba con una.

Sentía mi cuerpo con una intensidad que no recordaba, cada nervio, cada fibra, pero, a la vez, a veces, me venían imágenes dispersas,

de nuevo como si me viera a mí misma desde fuera, o ni siquiera a mí misma, sino a una mujer que no era yo: veía a una chica, tumbada boca abajo en su cama, con medias… con aquel encaje… medias… *de zorra*… y con una camisa blanca… con aquella mancha de semen en la espalda… y en bragas… alzando el culo para dejar espacio a sus propias manos… para darse placer, o para aliviarse, o para pensar, o para no hacerlo, o para revivir algo, o para imaginar lo que también podría haber sucedido.

Mis dedos se colaron entre la piel de mi vientre y la tensión de las bragas.

Y entonces lo noté; no mi cuerpo, no mi sexo, no aquella zona depilada que raspaba mínimamente, sino la suavidad de la seda, la delicadeza de aquellas bragas negras, de aquellas bragas que no eran mías.

Con mi rostro aplastado contra la almohada… jadeé… jadeé de puro morbo al sentir… en el dorso de mis dedos que ya se colaban… y en la parte baja de mi coño… la sedosidad elegante y obscena de las bragas de Carolina.

No había más "estás loca, Meri". Solo una mujer que también tomaba sus decisiones.

Mi cuerpo seguía inmóvil. No había balanceo, no había exhibición. Solo presión contra el colchón, contra la cama, contra mí misma.

Una mano empujando a la otra; la de abajo empezando a palpar. Y el morbo era doble: el dorso de mi mano sentía la suavidad de lo que había robado; en la parte frontal, en la de mis dedos…, la excitación de tocar y acariciar el estropicio, el desorden que había creado en mi sexo, en mis labios, en mi entrada, la polla corta, ancha, curva y olorosa de don Ricardo.

Hundí un poco más la cara en la almohada, como si necesitara aislarme del mundo. Jadeé al recordarme en el taxi, sentada, sintiendo la suavidad de las bragas de mi jefa en mi coño. Después

fui más atrás en el tiempo y resoplé al recordar cuando me las había puesto en la habitación de Ricardo; resoplé al recordar ese primer impacto, esa primera sensación de sentir en mi sexo mojado el tacto suave de las bragas de Carolina.

El colchón crujió apenas bajo un movimiento involuntario de mis hombros. Todo lo demás seguía fijo, anclado, sostenido por la cama.

La presión de mis dedos se volvió consciente. No un movimiento, no todavía, sino la certeza de ese peso buscado, de ese contacto mantenido como si fuera una promesa.

Y entonces empecé a imaginar.

No como recuerdo exacto, no como una repetición fiel, sino como una deriva combinada: posturas que no habían ocurrido tal cual, gestos que sí, palabras que nadie había dicho, sentimientos que sí había sentido.

Lo vi detrás de mí.

No su rostro, no aún; solo la presencia. El volumen. La cercanía. El peso. El olor.

Recordé su mano en mi sexo… Nadie me había tocado así.

Lo intenté, pulsé.

Rocé allí donde me había rozado y la respiración se me escapó en un sonido breve, ahogado contra la almohada.

Seguía sin entender cómo me había hecho correrme así. Seguía sin entender qué era aquello…, tan líquido, tan abundante, que había salido de mi sexo al unísono de mi estallido.

Y entonces sí comencé a tocarme, mezclando recuerdos con imaginación, y sabiendo que no era deseo sino repugnancia, que no era excitación por un cuerpo sino morbo por lo obsceno. Supe que me deshacía del gusto, babeando sobre la almohada, no por placer

limpio, sino por sentirme sucia, por haberme dejado follar por aquel hombre tan mayor y desagradable.

Lo imaginé y lo recordé: torpe, pesado, seguro de sí mismo de una forma que me daba asco. Y, aun así, en esa seguridad había algo que me anulaba.

Imaginé que me ordenaba que le hiciera una felación y se la hacía. No porque quisiera, sino porque en la imaginación no me defendía, no negociaba. Solo obedecía, y eso me revolvía por dentro.

Imaginé el tacto de su polla en mi boca, su olor horrendo, y yo, aun así, me atrevía a mirarlo a los ojos, y un quejido casi infantil salió de entre mis labios.

Imaginé que lo montaba de frente, mirándole a sus ojos oscuros… y babeaba la almohada. No por placer, sino por vergüenza.

Imaginé que él lo intentaba por detrás…, que intentaba someterme de la manera más humillante, y ronroneé en quejidos bochornosos.

Entonces dejé de imaginar lo que hacía, lo que podría haber sucedido, y empecé a pensar en lo que quizás era.

Una mujer que se dejaba usar. Una mujer que no decía que no. Una mujer que aceptaba lo desagradable porque ya había cruzado la línea y no tenía sentido fingir otra cosa.

Recordé sus besos sucios y mis muslos temblaron. No por el beso, sino por haberlo permitido sin apartar la cara.

Recordé la primera vez que había tocado su polla y mi cadera se alzó y descendió. No fue el recuerdo exacto; fue la sensación de haberlo hecho sin apenas dudarlo.

Recordé su azote en mi nalga para que lo montara chillando y mi espalda tembló. No por el recuerdo del golpe, sino por la obediencia inmediata que había venido después.

Recordé cuando lo miraba a través del espejo, mientras me follaba a cuatro patas, y comencé a sentir que mi orgasmo era inminente.

No me corría por él.

Me corría por mí.

Por haber elegido quedarme. Por no haber huido. Por aceptar aquella versión de mí.

Solo un recuerdo más para explotar: el tacto de sus chorros calientes en mis nalgas, en mis medias de puta, en mi espalda, en mi falda, en mi camisa; y mis dedos frotaban mi clítoris, y mis piernas se juntaban, y sentía más que nunca la tensión de mis medias en mis muslos…, cuando, a la vez que recordaba, imaginé; imaginé que me giraba, que aceptaba aquel baño, pero de frente…, que me daba tiempo a revolverme, a girarme y recibir su descarga en los pechos, en la cara, en la boca… Me imaginaba alzando los ojos y mirándolo: su mirada sucia, su gesto torcido, su barriga enorme, su polla exprimida, salpicándome…

Me corrí entre espasmos, convulsa, con la cara hundida en la almohada, pero apartando apenas el rostro lo justo para poder chillar unos "¡¡Aaahh!!", "¡¡Ahhh!!" ridículos, en la soledad de mi casa; jadeos babeantes sobre la almohada, quejidos avergonzados de placer mientras mi coño se contraía y se fundía, y aún me daba tiempo a recordar, y a no poder entender, cómo era posible que la polla de don Ricardo hubiera estado dentro de mí, dentro del coño que seguía frotando, alargando el orgasmo más sucio y culpable que me habían regalado mis dedos en toda mi vida, con la certeza amarga de que aquello me avergonzaba tanto como me excitaba.

Otra vez, el sudor en mi espalda.

Otra vez, los ecos de mis gemidos.

Otra vez, mi deseo de permanecer allí, quieta, sin moverme, aún sintiendo, aún recordando.

Y otra vez, sin querer volver a mi mundo real…

… sin querer volver a ser la Meri que siempre había sido.

…

…

…

Metí la camisa y la falda en el cesto de la ropa sucia.

Escondí las bragas de Carolina.

Escondí las medias manchadas del semen de Ricardo. Pensé que, al día siguiente, compraría otras, pero que seguramente no tiraría las manchadas.

Me fui a la ducha.

Lavé mi cuerpo, pero solo por fuera; no quería dejar de sentir.

Me metí en la cama.

Y fingí dormir.

Lo fingí mientras Jorge entraba en casa, mientras se desvestía, mientras se metía en la cama y me daba un beso.

Fingí dormir, sabiendo que eso era lo fácil.

Lo difícil sería fingir que no había nacido otra mujer en mí.

FIN.

¡Gracias por acompañarme en estas páginas! Si te ha gustado, una reseña positiva en Amazon me ayuda a continuar escribiendo y a

llegar a más lectores.

Tanatos12